

DON ZACARÍAS

Comedia a la antigua para mayores sin reparos

José María Cuadro Pina

eldu



PRESENTACIÓN

“Don Zacarías” y “Don José María”, curiosos protagonistas que nos sumergen en Villavieja, un pintoresco y tranquilo pueblo, lleno de historias que nos llevan a la reflexión y nos hacen empatizar con sus mundanos y celestiales habitantes, inmersos en días llenos de dudas de fe y de existencia. Todos sus personajes, con sus vidas cotidianas, sus luchas, sus intimidades y sus secretos, entrelazan una historia divertida en cuyo centro se encuentra el entrañable cura “Don Zacarías”.

*Sr. Presidente, Don Emilio, ¿era Don Zacarías o Don José María?
¿El cura?, Don Zacarías, Don Zacarías, por favor. Don José María es
el autor de esta historia, pero seguro que también viene de Villavieja,
aunque él no lo recuerda.*

Jose María Cuadro Pina nos invita a cuestionar nuestras creencias y nuestra propia existencia. La narrativa entrelaza lo espiritual y lo mundano, las luces y las sombras, la certeza y la duda, la realidad y la fantasía, lo ordinario y lo extraordinario, un sinfín de dicotomías que nos conducen a reflexionar sobre nosotros mismos y a imaginarnos cual sería nuestro personaje en Villavieja.

*Don Emilio, ¿debo resaltar que las reflexiones aquí pueden ir acom-
pañadas de la risa?
Claro que sí. Así es José María. Filosofía y comedia pueden ir de la
mano.*

Os invito a que os adentréis en Villavieja, que conozcáis sus habitantes, que cuestionéis lo establecido, y que pacientemente desgra-

6 néis el misterio que os espera. Y por supuesto, que disfrutéis de esta comedia. Este año 2023, la Asociación de Ingenieros Industriales de Madrid ha otorgado el premio “Libro del Año”, a Jose María Cuadro Pina, con el que comparto profesión como Ingeniero Industrial, pero no fue tanta mi suerte a la hora de compartir sus artes literarias. Enhorabuena, gracias por tu regalo literario, por tus regalos literarios, ya que éste no es el primero.

Don Jose María, igual si le pido a Dios, me ayuda a mejorar mis artes literarias.

*Ignacio, empieza por una oración a San Tigrido. Es muy agradecido.
Ignacio Agüera de Pablo-Blanco*

Ignacio Agüera de Pablo-Blanco
Director General Eldu Electroaplicaciones

PRESENTACIÓN

De nuevo, nuestra Asociación de Ingenieros Industriales de Madrid cumple con la misión de otorgar el galardón de “Libro del año” en este 2023.

Y lo hace en un momento difícil para la humanidad. Una vez más somos espectadores de inimaginables sufrimientos por causa de los enfrentamientos que la asolan. Los viejos conflictos renacen bajo renovados disfraces, aunque en el fondo estén alimentados por las mismas ambiciones de siempre. Vemos nuevos rostros, pero parecidas mentiras, todos hablan, pero nadie escucha, la trascendental batalla del relato lleva a la cerrazón porque todos aducen sus razones aunque nadie la tenga al completo. Mientras tanto caen inocentes y la miseria, el dolor y la muerte campan cómodamente con descaro.

Sobrevolando todo ello el todo vale, el terrorismo, la socialización del mal por el mal. Esa lacra que acabó con la vida de nuestro compañero, Rodolfo Benito Samaniego, segada en el vil atentado terrorista de marzo de 2004 que causó la muerte de casi doscientas personas en la Comunidad de Madrid e hirió a casi dos mil más.

Este premio lleva su nombre y con él tratamos de impulsar las inquietudes literarias de nuestros asociados. Hoy galardonamos por vez primera a una novela, pura ficción, complementando así la trayectoria precedente de obras que estuvieron centradas en temas ligados a la gestión empresarial, científica y técnica propias de nuestra profesión y a aspectos singulares de la historia, el arte y los viajes. Con ello damos fe de las inquietudes humanísticas de nuestra carrera.

8 Su autor, José María Cuadro Pina, reincide en el premio tras haber obtenido anteriormente similar galardón con dos libros acerca del Camino de Santiago. Y en esta ocasión nos transporta a Villavieja, un pueblo igual al de todos, donde un ángel pregonero anuncia a sus estupefactos habitantes que el Juicio Final llama a sus puertas...

Finalmente, solo me resta agradecer una año más el patrocinio que ELDU presta a este premio porque su colaboración desinteresada resulta vital para su permanencia en el tiempo.

Emilio Mínguez Torres

Presidente AIIM

Madrid, diciembre 2023

CAPÍTULO I

PRIMER DÍA, RESURRECCIÓN DE LA CARNE

Rarra había trepado a lo más alto del pináculo de la fuente de la Plaza Mayor, se había asido a su remate –un amorcillo de semblante travieso y grandes mofletes– y no paraba de tocar un abollado cornetín de órdenes sacado de solo Dios sabe donde. Y en respuesta a sus agudos y desafinados clarinazos, que más bien parecían maullidos de gato famélico que otra cosa, la gente del pueblo se había ido agavillando a su alrededor mientras lo animaba a seguir soplando entre risas y puyas.

-¡Bajadlo de una puñetera vez! -ordenó el sargento de la policía municipal, Indalecio Periañez, a sus hombres.

El cabo Carranque y el agente García se miraron dubitativos y rebulleron como si fuesen a obedecer, pero todo quedó en un amago porque el reto era importante y ellos ya no andaban para grandes trotes ni equilibrios.

Rarra, el tipo de la fuente, había aparecido de improviso en el pueblo tiempo atrás sin que nadie llegara a saber jamás ni de dónde ni por qué vino. De edad indefinible, mostraba un cuerpo espigado, fibroso y gallardo propio de quien aún no ha dejado atrás la juventud. Pero, al tiempo, su florida barba y sus cabellos largos y enmarañados eclipsaban y avejentaban su rostro confiriéndole un cierto aire desaliñado y rufianesco que produjo más de un resquemor entre las gentes de Villavieja al verlo por primera vez. A esto último contribuyó el que vestía por entonces un remedo de túnica bajo la que iba semidesnudo, incluso en invierno, lo que llamó poderosamente

la atención de todos por ser prenda inusual y anticuada. Y también porque mostró en aquellos inicios una particular y extraña querencia: la de anunciar tres veces al día -justo cada seis horas y comenzando a las nueve de la mañana- la llegada del fin del mundo con una corta homilía pronunciada a voz en cuello allá donde le pillaba.

- *En resumen, que semejaba un trasnochado profeta.*
- *Exactamente.*
- *¡Pues menuda pejiquera la de los sermones!, ¿no le parece?*
- *No crea. Pasadas unas semanas, ya nadie le hacía caso y se le oía como quien oye llover porque a todo se acostumbra uno en la vida. Además, variaba de continuo el lugar de sus proclamas y podían pasar varios días antes de que te lo tropezaras de nuevo perorando en alguna esquina.*

Al principio, Rarra vagó sin rumbo por las calles indagando todo con gran afán y ojos sorprendidos, remedando a un perro callejero curioso y entrometido, como si la tarea más vulgar fuera para él una novedad digna del mayor interés y aplauso. Y llevado de esa curiosidad, y armado con una mirada franca y profunda y una plácida sonrisa que recordaban a las de un rapaz, siempre anduvo presto y gozoso para echar una mano a todo aquel que se lo solicitase en lo que fuera necesario. En consecuencia, la gente del pueblo terminó acordando que no era un mal bicho a pesar de sus rarezas, se acostumbró a su presencia y lo acabó aceptando como uno más de la villa. Incluso le dieron de comer y le proporcionaron abrigo cuando el mal tiempo apretaba dado que él jamás parecía preocuparse por sus evidentes carencias.

Sin embargo llegó un día en que Rarra se puso muy pesado cuando, con ocasión del solsticio de invierno, se observó una excepcional lluvia de meteoritos en los cielos de Villavieja. Dijeron los expertos que se debía a unas abundantes Gemínidas, o como se llamen porque para el caso nos da igual. Y ante el incomparable espectáculo nocturno de un cielo llorando centellas, Rarra se transfiguró, se le encendió la mirada, perdió la sonrisa y no paró de anunciar el fin del mundo a cualquier hora, incluso de madrugada, rompiendo así los horarios que previamente él mismo se había fijado.

Los del pueblo aguantaron pacientemente su tabarra durante algún tiempo pero acabaron cansándose y pidiendo ayuda al señor alcalde, don Arcadio Cifuentes, a fin de que pusiese remedio a aquel dislate porque no conseguían descansar ni de noche ni de día con

sus amenazas, admoniciones y gritos acerca de la pronta llegada del cataclismo final. Como resultado, los municipales tuvieron que tomar medidas extremas por orden de la máxima autoridad municipal, y Rarra acabó enchironado en el cuartelillo durante un par de semanas al objeto de sosegarle sus encendidos furores mediante la tranquilidad y el silencio de tan particular cenobio. En el transcurso de aquella estancia lo lavaron a conciencia -falta le hacía-, lo afeitaron y le cortaron el pelo porque por tenerlo muy largo remedaba ya al Cristo de Medinaceli que recibía culto en la parroquia y se consideró inadecuado ver mezclada una imagen divina con la de nuestro orate.

Aquella aseada friega fue como mano de santo para nuestro hombre, y a partir de entonces se mantuvo limpio y tranquilo durante una temporada muy larga. Pero no curó del todo y cuando más tarde -en un par de ocasiones- amagó con salirse de madre y regresar al sermoneo, los municipales volvieron a echarle el guante para darle un nuevo e higiénico repaso dado el excelente resultado obtenido con anterioridad. Muy calmado tras el último remojo, encontró trabajo fijo en la granja de María haciendo de gañán para cualquier faena a cambio de techo, comida, ropa limpia y algún dinerillo para la bolsa. Desde aquel entonces no había vuelto a sacar los pies del plato y todos pensaron que lo de trabajar le había venido muy bien.

- *Rarra sería un pelmazo, pero no entiendo por qué lo metían en la ducha en cuanto desbarraba algo. Deberían haber sido más pacientes con él porque otros hacen cosas mucho peores, aun sin perder el oremus, y no les pasa nada.*
- *Estoy de acuerdo. Fue un claro abuso de autoridad porque era un tipo raro pero pastueño y jamás habría hecho mal a nadie.*

Villavieja era un pueblo más entre los muchos de nuestra tierra abandonada que pervivía y malvivía solo por razón de costumbre y sin que hubiera motivo aparente que lo justificara. Desde sus inicios fue, mal que pesase a sus habitantes, un mosaico de casas amontonadas con poco orden y aún menos concierto que durante centurias había visto imperturbable el lento y fatal discurrir del tiempo sin apenas brillo ni historia. Perdido en el fondo de un valle y rodeado por altas montañas que lo abrazaban, protegían, aislaban y ahogaban, nadie guardaba memoria de por qué ni para qué nació, aunque a ninguno de sus habitantes pareció preocuparle jamás tal olvido. Anclado

en el muermo y la postración se moría un poco más cada día sin aspavientos, sin ruido y sin lamentos. Y no tan solo por el roer de la lluvia, el sol, el viento y el hielo sobre sus piedras, que también, sino porque sus habitantes habían olvidado las ansias e ilusiones bajo el peso de los muchos años ya vividos y el resentimiento de los infinitos sueños frustrados. Pueblo de gentes maduras y viejas donde, salvo algunas excepciones, todo el mundo se hablaba de usted y aún se distinguía a los más esclarecidos con el tratamiento de doña o don en señal de consideración y respeto. Tan desusada cortesía, dados los tiempos que corren, se debía a que faltaba el heterodoxo renuevo de sangre e ideas de las hembras fértiles y los hombres en sazón huidos a la capital hacía ya mucho en busca de nuevos horizontes. Como resultado, no había niños ni jóvenes entre sus habitantes. Triste, estéril y apergaminada como una machorra seca, Villavieja seesteaba silenciosa al calor del débil sol en invierno y de la fresca sombra de las parras en verano sin que un grito, un juego, una risa, una canción o un llanto infantil alteraran su sopor.

- *Eso mismo sucede en mi pueblo, la juventud solo vuelve para las fiestas.*
- *Y en muchos otros... De aquí a poco, ni por ese motivo irán a visitar a los abuelos.*

María también había emigrado a la capital siendo joven, por lo que todos se dijeron por aquel entonces que una más que se va para no volver. Pero regresó inopinadamente pocos meses después de la muerte de sus padres a fin de ponerse al frente de la granja familiar. Y aquello chocó mucho en Villavieja porque jamás se había dado un caso parecido, con lo que se desencadenaron de inmediato diversos rumores que trataron de aventurar la posible causa real de su retorno. Al final, cierto o no, acabó imponiéndose la idea de que su regreso obedecía a un fracaso sentimental que le había dejado profundas heridas, por lo que ahora solo buscaba lejanía y sosiego para curarlas. Fuera lo que fuera, terminaron olvidándose de aquello y dejaron de hablar de María ya que no daba un ruido, se dedicaba tan solo a su granja y se mostraba agradable con todo el mundo. Sin embargo, a renglón seguido de la contratación de Rarra, algunas comadres del pueblo volvieron a la carga porque no veían con buenos ojos que una mujer y un hombre vivieran en un lugar tan solitario y alejado sin estar casados.

- ¿Y si le da un repenterre? Porque Rarra será un bonachón pero está medio mochales -mantuvo alguna con firmeza-. Ni en broma lo metía yo en mi casa.

- Pues a mí me cae muy bien y me parece una buena persona -le defendía otra-. Y si lo dices porque estás pensando lo que sé que estás pensando, que sepas que él duerme en el pajar.

- *Ganas de incordiar, ¿no le parece?*

- *Las malas lenguas...*

Viéndolo ahora aupado sobre la fuente y vistiendo de nuevo su ajada túnica, los del pueblo pensaron que le habían regresado las manías del fin del mundo solo que esta vez las manifestaba a clarinazos. Y temieron que el trompeteo fuera para muy largo porque no hacía el menor caso a las órdenes de los municipales que pugnaban por bajarlo. Sin embargo, cuando ya llevaban aguantando casi una hora de tedioso, hiriente y agobiante concierto, inesperadamente tembló la tierra -aunque no mucho- para mayor desconcierto de todos. Y en ese mismo instante, como si hubiera estado aguardando esta telúrica señal, Rarra dejó caer el cornetín de órdenes al agua del pilón y, tras lanzar una mirada altiva al ahora acoquinado auditorio, pregonó con vozarrón tonante y tono dramático:

- ¡Arrepentíos pecadores! Esta vez va en serio, el día del Juicio Final ha llegado.

Y tras ello bajó del pináculo de la fuente con rostro entristecido, como si le doliese profundamente haber tenido que dar tan infausta noticia.

- *¿Y por qué le llamaban Rarra?*

- *Porque nunca dijo cuál era su nombre. Pero como le gustaba el fútbol y durante su época montaraz solía gritar por las calles eso de ¡ra, ra, ra! cuando su equipo ganaba, acabó quedándose con este mote.*

Casi al unísono, Remigio Cantalapiedra volvió en sí tras la sacudida sísmica antes mencionada. Pero, según explicó después, tardó en reaccionar porque su regreso a la vida fue como el lento despertar de esos sueños profundos que pugnan por no abandonarte y te mantienen envuelto en la telaraña del sopor aunque no quieras. Dijo sentir entonces el cuerpo entumecido y, al tratar de desperezarse, notó que sus brazos y piernas topaban con algo y que apenas se podía mover. Se supo entonces encerrado, no sabía en qué ni por qué, y eso

le produjo una cierta angustia y nerviosismo. Desconcertado, rebulló buscando alguna escapatoria y finalmente se tranquilizó al entrever que había hueco de escape por un costado. Entonces imaginó que se debía haber caído bajo la cama mientras dormía como cuando era un crío y, algo avergonzado, salió arrastrándose del agujero. De inmediato trató de ponerse en pie, pero no pudo hacerlo porque le temblaban las piernas de pura debilidad y se sentía desmadejado. Se sentó en el suelo mirando aturdido y confuso en derredor y se sorprendió al ver que no estaba en su habitación, sino que le rodeaban unas paredes desconchadas y ruinosas que nada tenían que ver con el papel pintado con florecitas que su mujer había escogido para el dormitorio. Además flotaba polvillo en el aire, había cascotes por todas partes y olía a humedad. Entonces vio que llevaba puesto el traje de los domingos y le pareció muy raro porque él solía dormir en calzoncillos... ¡Buena se iba a poner Dosa cuando lo viera!, pensó.

Se sacudió el polvo, tosió y, estando en esas, le dio un escalofrío al reconocer por fin donde se hallaba. Se restregó los ojos para asegurarse y, al abrirlos de nuevo, ya no le cupo la menor duda. Se encontraba en el antiguo cementerio del pueblo dentro del abandonado y semiderruido mausoleo de los Fernández de la Encina, quienes fueron los caciques de Villavieja algún siglo atrás. Lo sabía bien porque de niño se había escondido innumerables veces entre sus paredes cuando el camposanto se convertía en escenario de ardorosas batallas a pedradas entre la chiquillería.

A Remigio le impusieron el sobrenombre de Tirocorto mientras cumplía el servicio militar porque en sus años mozos aún tocaba hacerlo. Y la razón del mote estuvo en que nunca se acostumbró al manejo de las armas en el cuartel. Cuando disparaba alguna respingaba de miedo, se le encogía el alma, también el cuerpo, y como resultado dejaba siempre la bala a mitad de camino del blanco. Tanto así que un buen día, durante unas maniobras con fuego real, la ráfaga de su fusil ametrallador acabó a dos palmos de sus pies porque el agarrotamiento medroso se le fue acentuando a medida que mantenía apretado el gatillo y aquello no acabó mal porque Dios no quiso. Y su sargento se lamentó amargamente de que hubiera fallado por tan poco ya que, si se hubiese volado un pie, le habrían dado de baja en el ejército y él habría descansado de aquel zote para siempre.

- Estoy hasta los galones de este puñetero -gruñó el suboficial-, hoy mismo lo largo de la compañía.

Y aquel incidente cambió la vida de Remigio porque a renglón seguido el mando, a ruegos del sargento, lo trasladó a la cocina del

regimiento como pinche. Y allí, con el pasar del tiempo entre perolas, sartenes y fogones, aprendió a guisar.

- *El ejército trastocaba la vida de cualquiera por aquel entonces. Se lo digo yo que también hice la mili.*
- *Ahora debe ser distinto porque vas voluntario y las formas son otras. ¡Hasta hay mujeres sirviendo a la patria!*
- *¡Cómo cambia el mundo!*

Al volver al pueblo licenciado se casó con Dosia, su novia de siempre, quien esperaba ansiosa su regreso y no hacía otra cosa que poner velas a santa Rita, patrona de los imposibles, para que intercediera en favor de su boda porque era muy desconfiada y temía que Remigio se hubiese maleado en la capital y la hubiera olvidado por causa de alguna pelandusca.

Mas nuestro hombre cumplió porque era de ley y, tras casar, siguió metido entre ollas, sartenes y fogones ya que lo contrataron como cocinero en el bar de la carretera que conduce a la capital. Y allí anduvo medianamente satisfecho con su trabajo hasta el día en que, esta vez sí, le pegó un tiro un vaina de Albacete que entró a atracar el local formando parte de una banda. Luego vinieron las disculpas y lamentaciones cuando detuvieron al homicida. Que había sido sin querer, que el fallo fue de los colegas que lo habían liado y le dieron una pistola chungu a la que se le escapó el tiro, que ya era casualidad que la bala hubiera entrado en la cocina tras rebotar en el grifo de cerveza de la barra, que qué mala suerte, que estaba muy arrepentido y todo lo demás. Pero, caprichos del destino, lo cierto es que Remigio resultó muerto por una de esas armas de fuego que nunca aprendió a manejar bien y eso ya no tenía remedio. Debió ser una venganza del azar castrense o quizás tan solo una burla, pero a Remigio le dio igual porque jamás se enteró de los detalles de su fallecimiento ya que en ese momento no le dio tiempo a casi nada, solo a morirse.

- *Por cierto, antes de seguir leyendo le ruego me aclare un detalle.*
- *Usted dirá.*
- *¿Por qué califica a su relato como una comedia para mayores sin reparos? Suena a advertencia trasnochada.*
- *Porque disgustará a los reparadores de oficio. Los del extremo ortodoxo lo tacharán de irreverente mientras que la contraparte heterodoxa lo denostará por genuflexo. Por tanto, ahórrese usted el disgusto de su lectura si guarda*

querencia decidida por alguna de estas dos vías. Y le ruego que, si finalmente la emprende, lo haga con mente abierta puesto que es pura ficción... Aunque también creo que podría acabar siendo realidad cualquier día de estos.

Siguiendo con lo antes relatado, el repelús sentido por Remigio al verse en el mausoleo lo arrancó de la modorra. Y entonces rememoró, como si acabase de vivirlo, que andaba preparando unos huevos con magras y tomate frito en la cocina del bar cuando sintió un fuerte golpe en la cabeza... Aquel fue su último recuerdo. Y le resultaba tan vívido en esos instantes que creyó estar aún oyendo el crepitar de los huevos en el aceite de la sartén; pero no, el ruido venía de una tumba cercana y era más un raspado que otra cosa. Dudó en acercarse porque siempre le dieron mucho miedo los muertos, aun así se decidió finalmente a indagar.

- ¿Hay alguien ahí? -preguntó con el corazón latiéndole desbocado mientras miraba por el hueco que había dejado una lauda al caer del sepulcro por el terremoto.

- ¿Quién eres? -respondió una voz que emergía del interior.

- Soy Remigio.

- ¿Remigio Tirocorto?

- El mismo... ¿Y tú?

- Conchito.

- Perdona, ahora no caigo, estoy medio atontado.

- ¡Sí, hombre! Conchito el Rasca. ¿Te acuerdas ahora?, fuimos de la misma quinta.

Conchito se llamaba en realidad Concepción por deseo e imposición de su padre y en recuerdo de su abuela paterna, a la que así quiso honrar el autor de sus días. Que también hay padres para darlos de comer aparte porque menuda faena le hicieron al niño al bautizarlo con tan infrecuente nombre de varón. Desde pequeño ya le llamaron Conchito en el colegio en plan de guasa porque los niños tienen muy mala uva y, bien es sabido, tan solo fueron santos e inocentes cuando aquello de Herodes. Pero él se acostumbró enseguida al hipocorístico nombre porque desde siempre tuvo buena pasta y costaba mucho cabrearlo. Lo del mote de Rasca le vino luego -también cuando lo de la mili, como lo de Tirocorto- tras agarrarse unas ladillas al mantener comercio carnal con una popular peliforra que rondaba el cuartel a la hora del paseo vespertino a fin de incitar a la tropa. Sus mandos entendieron aquel desfogue porque se padecía mucha hambre de mujer entre paredes castrenses por aquellos tiempos y, además, porque la moza estaba bien puesta y armoniosamente repartida aunque no

era demasiado guapa. Pero también consideraron que las ladillas suponían una falta grave contra la debida higiene cuartelera y lo mandaron preso a prevención. Los susodichos bichos desaparecieron pronto tras tenerlo dos semanas en cuarentena y regarlo diariamente con polvos insecticidas de arriba abajo. Sin embargo a Conchito, aun limpio de insectos, le quedó el prurito del rascado durante una temporada y de ahí le vino el mote.

- Remigio, tú estabas bien muerto -afirmó Conchito desde el agujero como queriendo confirmarlo-. Que te vi dentro de la caja cuando el velatorio.

- Si tú lo dices..., yo no me acuerdo -respondió con voz temblorosa el aludido mientras lentamente iba tomando conciencia de su insólita situación.

- Lógico porque te pegaron un balazo en la cabeza y no debiste enterarte de nada. Según contaban, debió ser visto y no visto porque te quedaste tieso como un pajarito en un segundo..., lo que supuso una ventaja para ti, no creas. Sin embargo yo sí recuerdo lo mío con bastante detalle. Tuve un accidente de moto dos días después de tu muerte y me salí de la carretera en una curva por causa del hielo. Me di un trastazo impresionante contra el quitamiedos y no debió quedarme un hueso sano porque me dolía todo... Luego guardo la vaga imagen de que me llevaron a toda prisa al centro de salud del pueblo y ahí debí acabar.

- Pues yo ahora me encuentro bien y entero, así que debo haber resucitado. ¿No crees? -musitó Remigio tras pensárselo durante unos segundos.

- Debe ser eso, que hemos resucitado.

- No hay otra explicación -se reafirmó Tirocorto tratando de ahogar su profunda incertidumbre-. Esto no parece ser el infierno y mucho menos el cielo..., en todo caso podría ser el purgatorio.

- Será por eso que yo sigo fastidiado -se quejó Conchito.

- ¿Qué te ocurre?

- Que no puedo salir del hoyo porque me falta una pierna de rodilla para abajo... y no la encuentro por mucho que escarbo.

- Te echaré una mano.

- *No acepto la resurrección. Eso jamás ha pasado... Además, ¿por qué solo revivieron dos muertos en todo el cementerio?*

- *Tenga un poco de paciencia, estimado lector, y no quiera adelantar acontecimientos. Todo llegará a su hora.*

El sargento Indalecio Periañez resopló, se secó el sudor de la frente y pensó equivocadamente que por fin podría irse a su casa porque Rarra estaba ya bajo control en una de las celdas del cuartelillo de la policía municipal.

- Mañana me lo fregáis y adecentáis -ordenó a su ayudante, el cabo Carranque, mientras se dirigía hacia la salida-. Y entonces veremos si está como para soltarlo otra vez a la calle.

- Le vendrá muy bien una buena ducha para calmar los nervios. La verdad es que hacía mucho que no lo veíamos tan revuelto, mi sargento, porque no hizo puñetero caso a nuestras órdenes y andaba como ido. ¡Vamos!, que tenía el día atravesado. Ni tan siquiera se inmutó cuando usted lo amenazó pistola en mano con pegarle cuatro tiros.

- Pues no crea que lo dije en broma porque yo también tengo el día revuelto. Será que el tiempo está cambiando y barrunto tormenta.

Y justo en ese instante irrumpió corriendo en la escena el agente García con el rostro pálido y desencajado.

- ¡Mi sargento! -clamó a voz en cuello-. ¡Conchito el Rasca y Remigio Tirocorto han resucitado! Los acabo de ver saliendo del cementerio viejo... ¡Se lo juro por la gloria de mi santa madre!

CAPÍTULO II

PRIMER DÍA, DE CALABOZOS Y FUGAS

Remigio y Conchito se encontraban ahora esperando a que don Práxedes, el médico del pueblo, acabase su reconocimiento. El sargento Periañez, tras comprobar que el agente García había dicho la verdad y no estaba drogado ni borracho, había encabezado personalmente su captura y conducido a ambos de inmediato al cuartelillo de la policía municipal.

En el transcurso del susodicho examen apareció el cura párroco de Villavieja, don Zacarías, quien había sido requerido por el sargento al objeto de encontrar alguna explicación católicamente ortodoxa a las extrañas resurrecciones. Y, aunque llegó convenientemente avisado, el señor cura palideció al ver a Remigio y Conchito vivos y se hizo cruces. Incluso le temblaron las canillas bajo la sotana y se le encogió la papada por el susto. E inmediatamente se apresuró a mantener una prudente distancia con ellos mientras musitaba de corrido y por lo bajo alguna oración que el sargento no llegó a entender.

- Don Zacarías, no sea melindroso -le amonestó el suboficial Periañez-. Yo ya he hecho lo que debía: primero echarles el guante y luego pedir auxilio a la ciencia y a la Iglesia para que me expliquen lo que está pasando. Ahora le toca a usted encontrar alguna justificación espiritualmente coherente a este fenómeno... Aunque por ir avanzando, ¿por qué no les larga de entrada unos hisopazos con agua bendita?

- ¿Para qué? -preguntó el cura extrañado mientras retrocedía un paso más.

- Para saber si han resucitado de verdad, como mandan los cánones, o son solo zombis.

Remigio y Conchito, que estaban oyéndolo todo, lanzaron una aviesa mirada al sargento. Pero este no se dio por aludido.

- ¿De dónde se ha sacado eso? -insistió el párroco.

- ¿Usted no ve películas de miedo? Los zombis odian el agua bendita y se retuercen como si los quemasen con ácido en cuanto les caen unas pocas gotas encima.

Don Zacarías no estaba impuesto en ese tema porque lo de los muertos vivientes le pareció siempre un sacrilegio que ni en broma debía plantearse un buen cristiano. Además, en ese momento no se sentía con fuerzas suficientes como para empezar con exorcismos.

- Para mí que esto es cosa del demonio -insistió el sargento-. ¡A ver si no!, porque yo estuve en sus velatorios y los vi bien muertos. Usted mismo les rezó los responsos.

- ¡Tanto como del demonio! -el cura, tras tomar aire, decidió rearmarse y hacer honor a su oficio-. Tenga en cuenta que Jesucristo resucitó al tercer día y eso no tuvo nada que ver con el Maligno.

- Así no vale, ¡pone usted un ejemplo que cualquiera discute! -concedió el guardia.

- Y también hubo otras resurrecciones santas porque no es la primera vez que esto ocurre. Recuerde que Jesucristo resucitó a Lázaro, a la hija de Jairo y al hijo de la viuda de Naín -insistió don Zacarías.

- Sí, pero era Jesucristo. ¡No te fastidia!, así cualquiera -gruñó Periañez.

- También hay memoria de alguna resurrección realizada por profetas del Antiguo Testamento... E incluso san Pedro y san Pablo realizaron otras con posterioridad.

- Pero en Villavieja no tenemos profetas, ni apóstoles, ni nada que se les parezca. ¿Cómo explica entonces lo de estos muertos?

- De muertos nada, que ahora mismo están vivos y muy sanos -terció don Práxedes que acababa de terminar los reconocimientos y se había acercado a ellos-. Y también bastante confusos porque no acaban de encajar que hayan vuelto a la vida. En todo caso yo no puedo hacer nada más que darles el alta.

- ¿Darles el alta? -intervino arisco el sargento-. ¿Y qué hago con ellos?, ¿los suelto?

- Usted verá, sargento, aunque opino que no los puede mantener encerrados porque es inconstitucional -apuntó el médico con tono firme-. Que sepa, no han cometido ningún delito porque lo de resucitar no va contra la ley. Yo en su lugar los dejaría libres.

- Con el debido respeto, don Práxedes, dudo que la Constitución y las leyes rijan para los muertos. Pero sí tengo una cosa clara: como

salgan a la calle provocarán un altercado del orden público porque si yo mismo me siento acobardado, aun siendo policía y teniendo pistola, figúrese la que se organizará en el pueblo en cuanto corra la noticia y los vean andando por la calle. Más de uno querrá hacer una hoguera para quemarlos... Y al final seré yo quien tenga la culpa de todo.

- Eso no es asunto de mi negociado -afirmó el galeno encogiéndose de hombros-. He cumplido con mi parte y no crea que con entusiasmo porque también estoy impresionado. Hable con el señor alcalde, pídale instrucciones y que él decida porque para eso es la máxima autoridad del municipio y además es su jefe. Que se moje por una vez ya que siempre se pone de perfil cuando hay problemas. De paso mande a García al ambulatorio a recoger unas muletas para que el resucitado Conchito pueda moverse por su cuenta. Está desolado, se lamenta como alma en pena porque no acepta que le falte una pierna y sigue emperrado en recuperarla. ¡Pobre!, le aseguré que me llegó al dispensario bastante machacado y ya sin ella... Debíó quedarse enterrada en la nieve cuando lo del accidente de moto sin que la vieran los de la ambulancia y para mí que se la debieron comer los lobos, las urracas o los buitres, ¡vete a saber! Pero él insiste en que así no vale, que la suya no ha sido una resurrección seria, que quedó inacabada y que a ver cómo se arregla eso.

- No le faltaba razón a Conchito. O se hacen bien las cosas o no se hacen. La tradición cristiana mantiene que resucitaremos con el mismo cuerpo que tuvimos en vida, y con este buen hombre no se cumplió totalmente la promesa.

El cuartelillo de la policía municipal quedaba a espaldas del ayuntamiento y los ruidos de la calle llegaban lejanos y apagados. Tras el reconocimiento médico, el sargento Periañez decidió retener a los resucitados y él mismo los encerró juntos en un calabozo a punta de pistola. Lógicamente protestaron, pero con tan poca fuerza y decisión que el suboficial no les hizo el menor caso. Y allí quedaron ambos en silencio y en penumbra porque las celdas carecían de ventanas, estaban al fondo de un pasillo y apenas recibían algo de luz desde la entrada. Acoquinados, con la mirada perdida en la nada, quietos como pasmarotes, cabizbajos, desfondados y ensimismados, eran la viva imagen del desconsuelo y la desesperación.

- Nos están tratando a patadas -musitó finalmente Conchito entre dientes al tiempo que rebullía sobre el camastro.

- Ni un gesto de alegría, ni una palabra de bienvenida al vernos vivos... ¿Viste la cara de asco que tenían todos? -preguntó Remigio que mostraba los ojos húmedos.

- ¡Que si las vi! -confirmó Conchito-. El médico nos examinó como si fuésemos unos apestados, hasta se puso mascarilla y guantes al hacerlo. Y el puñetero sargento anduvo todo el rato con la pistola en la mano mirándonos torcido. De ese no me fío nada porque siempre fue muy bruto y le creo capaz de pegarnos un tiro por cualquier tontería.

- Pues el cura también se despachó a gusto rezando en latín por lo bajo y sin parar mientras nos echaba bendiciones a distancia como si fuéramos demonios.

- De latinajos nada, eran conxuros gallegos. Es de Triacastela, provincia de Lugo, y se los sabe todos de punta a cabo. Lo sé porque fui su monaguillo de niño y le vi hacer muchas quemadas -apuntaló Conchito.

- Ya no hay caridad cristiana, ni respeto al prójimo, ni nada que se le parezca... Le pedí un cigarro a don Práxedes para ayudarme a pasar el mal trago y me respondió que nanay, que produce cáncer y estábamos en un centro oficial donde no se puede fumar. ¡No te fastidia!, él bien que se estaba fumando uno. Malicio que solo quería evitar que le tocara la cajetilla... ¡Y yo que estaba tan contento por haber resucitado!

- No te desanimes porque algo bueno saldrá de todo esto... De momento hemos vuelto a la vida que no es poco. Tú ten paciencia y confía, ya se les pasará el susto y entonces nos tratarán mejor. Mira, conmigo han tenido un buen gesto y me han traído unas muletas -mantuvo Conchito tratando de dar un sesgo optimista a sus anteriores lamentos.

- Empiezo a creer que estaba mejor enterrado porque hasta ahora solo he recibido palos.

- ¿Qué día es hoy? -preguntó Conchito tratando de alejarse del rumbo depresivo de la conversación.

- ¡Qué más da!

- Solo por curiosidad, me gustaría saber cuánto tiempo he estado muerto.

- Deben haber pasado unos cuantos años porque el cura y el médico han envejecido. Y el sargento, además, ha engordado mucho -Remigio balbuceó a continuación algo ininteligible, como un apagado y contenido lamento, antes de proseguir-. Conchito, me pregunto por qué narices habré resucitado

- Lo importante es que estamos de vuelta.

- ¿Habrá sido un milagro?
- Cualquiera sabe. Aunque si es un milagro no se debe a mis méritos... Siempre pensé que solo resucitaban a la buena gente.
- ¡Hombre! Yo malo, lo que se dice malo a rabiar, no era. Tampoco un dechado de virtudes -se defendió Remigio-, más bien corrientito y vulgar en lo de pecar.
- Como casi todos, pero no creo que eso dé pie a que te resuciten.
- ¿Tú estabas en el cielo o en el infierno?
- No sé, no me acuerdo de nada. ¿Y tú?
- Estoy en las mismas.

Volvieron a quedar en silencio. Un silencio espeso, húmedo y untuoso que enraizaba en sus infinitos miedos. Permanecían juntos, sentados uno al lado del otro sobre el camastro de la celda buscando darse mutuo calor y apoyo.

- Me cuesta trabajo hablar y hasta me duele la garganta al hacerlo. Será que llevo tiempo sin practicar y tampoco fui nunca muy charlatán -apuntó nuevamente Remigio con tono apenado-. ¿Tú crees que al final merecerá la pena?

- ¿El qué?
- Esto de resucitar.
- Desanimas al más pintado -Conchito había comenzado a contagiarse del infatigable pesimismo de Remigio y cedió tras un corto silencio-. Tal como ruedan las cosas por ahora me temo que no. ¡Mira que enterrarme sin mi pierna!

- Jamás se tuvo mucho respeto por las sobras, sobre todo si no son las tuyas -Remigio había comenzado a respirar agitadamente, como si le faltara aire mientras se mecía inquieto sobre el camastro-. Conchito, me estoy ahogando y voy a reventar, no aguanto un instante más en este encierro. ¡Serán desgraciados! Salimos de un ataúd tras andar empaquetados unos cuantos años y no se les ocurre otra cosa que enchironarnos. Necesito salir al aire libre para dar un gran paseo o reviento. Además, estoy loco por volver a ver a mi mujer, ¿sabrá ya que he resucitado?... No creo porque de saberlo hubiera venido corriendo a verme.

A Remigio se le había ido quebrando la voz al hablar y se le habían vuelto a humedecer los ojos. Estaba pálido, sudoroso y respiraba agónicamente a grandes bocanadas. Conchito decidió pasarle un brazo por los hombros tratando de calmarlo, pero solo consiguió que rompiera a llorar desconsoladamente con hipos entrecortados.

- Perdona la llorera -prosiguió Remigio cuando pudo sobreponerse mientras se secaba unos lagrimones con las manos-. Es que nos

queríamos mucho, ¿sabes? Fuimos novios desde críos y no quiero que la noticia de mi resurrección se la dé otro... Acabaré rompiendo estas paredes a cabezazos como no me dejen salir.

- ¡Tienes suerte!, te espera tu mujer y a mí no me aguarda ni un puñetero perro -se lamentó ahora Conchito que se venía abajo de nuevo por momentos-. Me das muchísima envidia.

- ¿No tienes familia?

- No.

- ¿Ni siquiera tenías novia?

- Ni eso. Fui bastante tarambana y ninguna moza me tomaba en serio... Bueno, la Consuelo sí.

- ¿Consuelo la de Villa Nancy?

- La misma.

- ¡Pero si decían que era la mantenida de un señor importante de la capital! Un banquero por más señas... Tú vas de farol, no te veo yo haciendo competencia a un ricachón.

- Ya ves, por una vez en la vida tuve suerte -la expresión de Conchito había adquirido ahora un aire soñador-. La conocí de casualidad..., tuvo una avería en su coche justo cuando yo pasaba con la moto y se la arreglé en un instante. Luego le dije un par de gracietas tras el apaño, recordarás que yo tenía buena labia, y ahí empezó todo. Me gustaba muchísimo..., era muy guapa y cariñosa. ¡Qué mujer! Cuando despertaba acurrucado entre sus brazos con la cabeza apoyada sobre su pecho desnudo, me sentía el hombre más feliz del mundo. Pero nunca hubo nada serio entre nosotros porque se debía al banquero y a su manera le era fiel. ¡Cualquiera entiende a las mujeres! Ahora que lo pienso, en cuanto salgamos iré a verla aunque no sé cómo me recibirá porque seguirá liada con el fulano de marras. ¡Maldita sea!

- ¿Qué pasaba en Villa Nancy?

- *Nada anormal. Era una casa rural a un par de kilómetros del pueblo que se alquilaba por semanas. La atendían dos guapas mujeres, Consuelo y Caridad. Según decían, eran chicas del coro de una compañía de revistas que acabaron como amantes de dos personajes importantes de la capital. Y Villa Nancy era la tapadera de sus encuentros.*

- ¿Queréis escapar?

Se miraron sorprendidos, la voz había surgido del calabozo de enfrente. Un bulto oscuro se movió en su interior, abrió su reja y salió al pasillo. Alguien vestido con una túnica se les acercó.

- ¡Rarra! -exclamaron Remigio y Conchito al unísono.
- Bienvenidos de nuevo a este valle de lágrimas.

El agente García jamás supo cómo huyeron los retenidos a pesar de no haberse movido del cuartelillo ni haber perdido de vista las llaves de los calabozos. Y solo cayó en la cuenta de la fuga una hora después, tras hacer una ronda de vigilancia y encontrarse las celdas abiertas de par en par a pesar de haberlas atrancado bien. Nunca llegó a explicárselo y juró y perjuró que en ningún momento había abandonado su puesto. Pero esa disculpa no le valió de nada ante el sargento Perriáñez, quien lo abroncó a modo cuando lo supo. Y es que la verdad no siempre se abre camino en la vida, es una pena. Lo cierto fue que Rarra, Remigio y Conchito pasaron ante las narices de García sin que este los viese porque los milagros pequeñitos solo llaman la atención de quienes se benefician de ellos.

- *Usted me engaña.*
- *¡Dios me libre!*
- *No me creo lo de la huida. García debía estar pringado.*
- *Sea paciente y confíe en mí. García era algo vago y bastante gorrón pero no era un mentiroso. Con hechos más raros tropezará porque no olvide que nos encontramos ante una situación excepcional.*

CAPÍTULO III

PRIMER DÍA, DOSIA Y REMIGIO

Tras huir del cuartelillo, Rarra les propuso refugiarse en la granja de María, donde él vivía y trabajaba, que estaba como a media legua de Villavieja. Pero Remigio se negó.

- Te vas a meter en un nuevo lío, tenemos que escondernos hasta que digieran lo de nuestra resurrección -le insistió Conchito.

- Me da igual. Yo me voy a ver a mi Dosia ahora mismo pase lo que pase.

Se separaron. Y Remigio echó a andar ahogado por los nervios porque, a pesar de sus ansias, una punzante desconfianza interior le alimentaba negras sombras y temores que lo refrenaban e invitaban a detenerse y volver atrás.

- ¿Habrá cambiado Dosia?, ¿me recordará?, ¿y si ya no me quiere? -se preguntaba de continuo.

Pero el deseo de abrazarla con todas sus fuerzas y decirle que la amaba, que todo había pasado, que solo había sido una mala aventura y que volvían a estar juntos para siempre, acababan por renovar una y otra vez su ánimo y azuzaban su andar.

El miedo a ser visto lo llevó a acercarse a la casa dando un rodeo por las afueras. Y al pasar frente a la fuente del Caño Roto -la que alimenta al abrevadero de Las Encinas- recordó que a su vera, tras el bosquecillo de jaras y retamas que la circunda, había besado a Dosia por primera vez. Y su corazón latió fogoso y desacompañado al amparo de aquel recuerdo mientras un impulso incontenible brotaba de sus entrañas... Solo en ese instante se convenció de que realmente estaba vivo, que no era todo un sueño, que nadie lo engañaba.

Se detuvo a lavarse manos y cara en el pilón e incluso probó a peinarse con los dedos mirándose en el espejo del agua. Apenas se reconoció porque se vio hecho un desastre, sucio, enflaquecido y macilento, como una vieja copia en blanco y negro de lo que había sido... Y aunque prosiguió el camino, su ánimo volvió de nuevo atrás. Aquella triste visión de sí mismo había resucitado los negros augurios en lo más profundo de su ser. Y una machacona voz interior le susurraba dudas y le aseguraba fracasos. Cuando embocó por fin la calle donde se encontraba su casa, se detuvo una vez más. El miedo lo agarrotaba, y hasta pensó en huir y volver a la paz eterna del cementerio. Pero no cedió, el gozo de verse ya cerca de su amada le otorgó renovadas fuerzas y lo empujó a dar los últimos pasos.

- Entiendo los miedos de Remigio, ¡pobre hombre! El tiempo pasa, la vida sigue y el amor necesita alimentarse cada día con la presencia del amado para sobrevivir. En caso contrario acaba reducido a un mero recuerdo.

- ¿Cree en la lealtad mutua aun después de la muerte?

- Quizás exista, aunque no estoy seguro... Ni siquiera la Iglesia la exige cuando añade en la liturgia del sacramento aquello de «hasta que la muerte os separe».

Entretanto, Dolores Astudillo -la Loles- había llevado la bolsa de basura cansinamente hasta el contenedor de la esquina, la había echado en su interior y se había detenido a contemplar la puesta de sol. El pueblo acababa allí mismo, y el valle se mostraba como un mosaico de piezas pajizas de cereal cosechado que alternaban con el ocre del barbecho hasta alcanzar los manchurriones verdes de los bosquecillos de pinos que trepaban hacia los montes que rodean y ahogan a Villavieja. El cielo mostraba en aquellos instantes un aspecto amenazador, sobre todo por poniente, como si lo hubieran pintado a brochazos nerviosos con una marejada de hirvientes nubes de tétrico y profundo color magenta.

Loles era una mujer sencilla que jamás había salido del pueblo, ni tan siquiera para conocer la capital, pero que se sentía satisfecha en su pequeño mundo y no echaba en falta ningún otro. Y, siendo como era de buen conformar, se admiraba gozosa de cualquier novedad que ocurriese en él, ya fuera el renacer temprano de los pámpanos de las vides por causa de un invierno dulce o los partos triples de corderillos que la Blanquita -una de las ovejas del Ceferino- acostumbraba a tener cada seis meses. En casi todo lo inusual solía encontrar agrado y motivo de satisfacción, pero aquella tarde no era

así porque un remusgo la encoraba ya que estaban ocurriendo cosas extrañas y se sentía inquieta. Primero fue el terremoto que casi la dejó sin habla por el terror que la produjo; luego vio con sorpresa que los pájaros habían enmudecido mientras los perros no paraban de aullar, lo que era rarísimo; y para acabar estaba aquel lúgubre e inquietante crepúsculo. A ella le solían gustar mucho las puestas de sol de su pueblo y, al contemplarlas, siempre decía emocionada eso de «¡qué bonito!» mientras aguardaba expectante a que el disco solar se ocultara por completo tras las cimas.

Pero esta vez guardaba silencio porque un extraño cosquilleo, como un escalofrío anunciador de un mal ignoto, le punzaba las tripas y ahogaba su pecho... Sin pensarlo más, apartó la vista del borrascoso horizonte, dio media vuelta y emprendió el regreso a su hogar con paso rápido. Y, justo en ese mismo instante, el atormentado mar de nubes restalló en un interminable y atronador lamento que le recordó al rugido de un millar de fieras hambrientas. Más tarde, al relatar los hechos, mantuvo que aquello debió ser un aviso.

- Tenía que haberme dado cuenta entonces de que algo malo iba a pasar porque no fue un trueno normal -repetirá insistentemente a los suyos-. Tanto más después de lo del terremoto. ¿Pero quién podía imaginarlo?, algo así jamás pasó en Villavieja. Además, una está a lo que está y no puedo andar pendiente de todo.

De regreso caviló que pronto descargaría tormenta y que tendría que preparar enseguida la cena porque, si rompía a llover, Manolo regresaría pronto del bar y se pondría mohíno si no la encontraba dispuesta. Así que aceleró su paso, aun sintiéndose cansada, porque el miedo a la tormenta alerta y espabila el cuerpo.

- Buenas noches, Loles.

Un hombre la saludó al pasar ante la casa de Dosia, su vecina. Estaba parado frente a su puerta como esperando a que le abrieran. Ella le lanzó una rápida mirada y se dijo que no lo conocía, que no era del pueblo. Pero sí le dio tiempo a fijarse en su traje sucio y desastrado y en la profunda palidez de su rostro. Loles, aun así, le respondió.

- Buenas noches.

- *Sepa que las gentes de Villavieja saludan cortésmente a cualquiera al cruzarse por la calle aunque no lo conozcan. Los de pueblo parecen menos finos y cultos que los de ciudad, pero en el fondo están mucho mejor educados.*

- *¡Vaya usted a comparar! En una gran ciudad te caes muerto en la calle y pasarán días antes de que recojan tus restos porque nadie se detendrá en tu auxilio. No, no*

crea que exagero porque conozco un buen ejemplo. Verá, un viejo amigo de mis padres -cuñado de la mujer de don Anselmo, el que fuera famoso alcalde-, llegó mareado a la capital a consecuencia del traqueteo del rápido. Y nada más abandonar la estación de trenes sufrió un sopitipando en plena calle y dio con sus huesos en la acera. Aprovechándose de su vahído, unos sinvergüenzas le robaron todo lo que llevaba encima mientras estuvo transido y atontado. Le quitaron hasta las gafas, y eso que eran graduadas y difícilmente podían servir a otro. Él luego afirmaba que no le quitaron los calzoncillos porque los llevaba con palominos.

- ¡Increíble! En todo caso debió ocurrir hace ya muchos años.

- No crea usted que tantos, poco más de cincuenta.

La Loles entró en su casa y se dirigió a la cocina para preparar la cena a Manolo, su marido. Y, justo cuando estaba encendiendo el fuego, se sobresaltó al oír un grito agudo en la calle por lo que tornó a salir otra vez muy alarmada. Desde el umbral de su portón vio al hombre que la había saludado momentos antes huyendo a todo correr rúa arriba. Y también vio a su vecina, Eudosia Rancajo -la Dosia-caída en el suelo, espatarrada y sin sentido. Yacía con medio cuerpo sobre la acera y el otro medio dentro de su casa, como si no hubiese sabido a qué carta quedarse al desfallecer, y es que a las mujeres les cuesta mucho tomar decisiones tajantes en momentos de apuro.

Corrió a auxiliarla y lo primero que hizo fue bajarle la falda porque se le veían las bragas. Loles sabía que Dosia era muy pudorosa y pensó que, cuando más tarde le contase los detalles de lo sucedido, ella le agradecería mucho aquel recatado gesto. Luego la examinó con cuidado y, tras comprobar que no estaba herida, regresó a su casa para tomar un paño mojado con el que empezó a refrescarle la cara y los brazos.

- ¡Dosia, Dosia! -le animaba al tiempo-. ¿Qué ha pasado?, ¿te han hecho daño?

A fuerza de mojaduras, sacudidas y algún cachete suave consiguió que volviera en sí. Y Dosia abrió primero un ojo, después también el otro, y miró a Loles durante unos instantes con extrañeza, como si no la conociera. Luego entró en su ser y rompió a llorar desconsolada afirmando entre pucheros con voz temblorosa:

- Loles... ¡Remigio ha vuelto!

- ¡No digas tonterías!

- Que sí, que se acaba de ir.
- ¿El que salía corriendo era Remigio?
- Sí.
- ¡Anda ya!
- ¡Que me muera ahora mismo si no es verdad!

- *¿No le parece exagerado el patatús de Dosia?*
- *En absoluto. Piénselo unos instantes, ¿qué hubiera hecho usted si le aparece un muerto por la puerta de su casa años después de haberlo llorado, velado y enterrado?*
- *Visto así, quizá tenga razón.*

Remigio no paró de correr desde la que fuera su casa hasta el mausoleo de los Fernández de la Encina en el cementerio viejo. Herido en lo más profundo de sus sentimientos, una mezcla de profunda angustia y lacerante pena lo embargaba porque no entendía el rechazo de su viuda. Era injusto su trato, al despertar a una renovada vida su primer pensamiento fue para ella y, en cuanto pudo, había corrido a su encuentro impulsado por las mil emociones que rebulleron en sus entrañas al amparo de dulces recuerdos. Había supuesto equivocadamente que Dosia se llevaría una gran alegría al verlo y, al parecer, solo le había causado miedo... Pero, aun ahogado por la desdicha y sin saber qué hacer ni qué camino tomar, todavía trató de entretejer una explicación que la disculpara.

- ¡Pobre Dosia! Debí anunciarle mi resurrección antes de ir a verla, ahí me equivoqué.

Pero, a medida que hurgaba en el recuerdo de lo sucedido, acabó maliciando que su atrabiliaria reacción había obedecido a algo más que un pronto pasajero. Y es que la visión de su rostro espantado, su desgarrador grito de pánico al verlo y el manotazo que le propinó en la cara cuando intentó abrazarla todavía le abrasaban el alma... Y entonces comprendió que había resucitado para nada, ya que había perdido a su primer y único amor para siempre.

No podía volver al pueblo porque como poco volverían a detenerlo... Si no le hacían algo peor ya que recordaba perfectamente la expresión de miedo de los municipales tras encontrarles por primera vez. Él se les había acercado sonriente e incluso les había tendido las manos buscando estrechar las suyas..., y ellos aprovecharon su gesto amistoso para esposarlo como a un malhechor. Aquella fue su primera gran desilusión porque, en añadido, el agente García había sido su amigo y había frecuentado el bar donde trabajaba..., pero le debió mover solo el interés por aquel entonces, ya que él no le cobraba la consumición si no estaba el dueño.

Ahora se encontraba en un callejón sin salida y no sabía qué hacer ni a quién pedir ayuda. Conchito y Rarra, los únicos en quienes podía confiar, habían corrido a esconderse tras salir del cuartelillo. Nunca debió separarse de ellos, se dijo. Definitivamente estaba solo en el mundo, más solo que la una. ¿Resucitar para esto?, ¿para tener que enfrentar rechazos y ascos? No merecía la pena vivir así y además era injusto porque él no había pedido renacer. Y en ese instante decidió que lo mejor sería entrar de nuevo en la tumba, cerrar los ojos y dejarse morir. Allí al menos volvería a descansar en paz.

- Ni una pena más, Remigio. Vuelve a la tierra que ya te recibió y descansa -se dijo en voz alta.

Y nada más decirlo, una congoja infinita lo inundó y rompió a llorar desconsoladamente como el niño que da rienda suelta a su angustia al enfrentarse a una amenaza súbita e inesperada. Tanto fue su desmayo que hubo de sentarse de nuevo en el suelo hecho un ovillo porque las piernas se negaban a sostenerlo.

- Remigio, ¿qué te pasa? He tenido muchos alumnos llorones a lo largo de mi vida, pero como tú ninguno.

- ¡Don José!, ¿qué hace usted aquí?

- Eso mismo me pregunto yo. Por cierto, ¿dónde estamos?

- En el cementerio viejo.

- ¿Vivos o muertos?

- Yo diría que vivos, aunque en mi caso no sé de qué me sirve. Era más feliz estando muerto.

CAPÍTULO IV

PRIMER DÍA, SE CORRE LA VOZ

Cuando el sargento Periañez contó lo de las resurrecciones al señor alcalde, don Arcadio Cifuentes, este lo mandó a hacer gárgaras y le espetó que volviera a verlo más tarde estando sobrio. Luego comenzó a barruntar que igual era verdad tras oír lo mismo de labios del señor cura, don Zacarías, y del médico, don Práxedes, quienes ratificaron íntegramente lo manifestado por el suboficial. Aun así siguió desconfiando porque maliciaba que aquella absurda historia bien podría obedecer a alguna trampa tendida por el galeno, su enemigo político. Ambos habían competido en las últimas elecciones municipales, y el médico lo puso como chupa de dómine durante la campaña electoral tras imputarle unas pretendidas actuaciones torcidas. A pesar de tan infundadas acusaciones -según don Arcadio- este resultó reelegido. Y a don Práxedes le costó aceptar la derrota porque sostuvo contra viento y marea que hubo pucherazo en las urnas. Lo que se demostró totalmente incierto ya que al señor alcalde le sobraron legalmente muchos votos para su reelección dado que tenía un gran ascendiente sobre los habitantes de Villavieja. Y es que don Arcadio era, por resumir, el cacique de Villavieja. Un cacique de cuerpo entero, a la antigua, con todas sus virtudes y defectos, que ya iba por el sexto mandato al frente del municipio sin que hubiera nadie capaz de toserle en unas elecciones. Mandón y paternalista, no se ocupaba gran cosa de los problemas de la villa porque pasaba la mayor parte de su tiempo en la capital cabildeando entre los próceres de su partido en busca de un ascenso político que jamás llegaba. Sin embargo, para paliar y enmascarar esa dejadez, repartía con

prodigalidad pequeños favores entre los villaviejenses exigiendo a cambio una ciega lealtad sin mácula a su persona cuando las urnas asomaban.

- *Me cae mal don Arcadio.*

- *¿Por qué?*

- *Porque el caciquismo es una rémora para el desarrollo de los pueblos. Pensaba que en tiempos de democracia había desaparecido.*

- *¿Me lo dice usted en serio?*

- No lo entiendo -masculló el señor alcalde, don Arcadio-. ¿De dónde han salido estos muertos? Porque no debería quedar ninguno en el municipio.

- Solo en teoría, señor alcalde -terció Indalecio Periañez, el sargento de la policía municipal-. Como recordará, en su día trasladaron los restos del viejo cementerio al mancomunado de la capital a fin de facilitar el trazado de la nueva carretera. Pero hubo alguna excepción..., en concreto tres.

Y el sargento recordó a los presentes que, justo al acabarse tan particular mudanza, fallecieron tres personas en pocos días. Remigio por lo del balazo en la cabeza; Conchito a causa del trastazo con la moto; y por último don José, el anciano maestro de escuela. Este se murió de puro viejo aunque la causa detonante de su fallecimiento fueron las intensas nevadas y el tremendo frío reinante por aquellos días. Y Periañez añadió:

- Recuerden que no se les pudo trasladar a la capital porque nos quedamos aislados por la nieve durante un par de semanas. Así que se les dio sepultura provisional en el abandonado mausoleo de los Fernández de la Encina por ser lo único que quedaba en pie de nuestro viejo camposanto. Luego, con el trajín de las obras de la nueva carretera, nos olvidamos de ellos hasta hoy. Y para mí que aún nos falta uno de ellos por resucitar, el señor maestro -aventuró el sargento.

Don Arcadio pensaba en aquellos instantes que por primera vez en muchísimos años no sabía cómo clavarle el diente a un problema. Y eso que él tenía muchas tablas y estaba muy fogueado. Sin embargo sí intuía que pisaba un terreno resbaladizo y cuajado de trampas porque los de medioambiente, los de sanidad y hasta el señor obispo querrían meter las narices en el asunto en cuanto lo conocieran. Bajo tales circunstancias, y previendo un horizonte claramente amenazador para su independencia en el mando, no le quedaría más remedio que pedir consejo y ayuda a la superioridad. Lo que supondría un fastidio

porque él era un convencido practicante de un popular dicho: «el buey solo bien se lame». A renglón seguido, maniobrero como era, entrevió la posibilidad de realzar su figura política amparándose en el extraño suceso.

- Tendré que hablar directamente con el gobierno central dado que nos encontramos ante un problema excepcional -afirmó engolando la voz al citar a tan alta esfera-. Por cierto, ¿se han restablecido las comunicaciones con la capital?

- Seguimos aislados porque en la montaña se ha desatado una tormenta de mil pares de demonios y llueve a cántaros. La carretera está cortada en varios puntos debido a argayos, y los rayos han averiado todos los sistemas de comunicación.

- Lo que tiene su lado bueno dadas las circunstancias -aseguró don Arcadio.

- ¿Por qué lo dice?

- Si la resurrección es un fenómeno general, también habrá afectado al cementerio de la capital con lo que todos nuestros antepasados estarán en pie de guerra. ¡Menudo número! -apuntó el señor alcalde soltando una risita-. Los de la capital tendrán que bregar mientras con ellos porque, de momento, no pueden regresar a Villavieja gracias a los desprendimientos.

- Tómese esto en serio, don Arcadio -regañó el cura-. ¿Acaso cree que le estamos gastando una broma? Pues se equivoca porque podemos estar ante un hecho trascendental y de suma gravedad.

- Explíquese.

- Estas resurrecciones me resultan muy particulares. Las Sagradas Escrituras relatan varias, sí, pero siempre en circunstancias muy distintas. Consistieron, por así decirlo, en la reanimación de personas que llevaban escaso tiempo muertas. El que más, Lázaro, tan solo cuatro días... Y en nuestro caso nos enfrentamos a unos fallecidos algo añejos que ahora están muy vivos.

- ¿Importa?

- He analizado las Sagradas Escrituras y consultado otros documentos relativos al tema. Y, tras meditarlo mucho, he llegado a la conclusión de que las resurrecciones podrían obedecer a un motivo muy singular -don Zacarías hizo una pausa a fin de otorgar dramatismo a lo que a continuación manifestó-. Señores, cabe la posibilidad de que nos encontremos en los prolegómenos del Juicio Final.

- ¿Está loco? -se le escapó al alcalde al tiempo que se estremecía-. Perdóneme usted, don Zacarías, no he querido ofenderle, pero me ha pillado por sorpresa. Ahí es nada lo que apunta, ¿en qué se basa?

- En que el credo católico habla de la resurrección de la carne como acto previo al Juicio Final y, de seguido, al fin del mundo. Y me baso en que he encontrado un particular detalle durante mi pequeña investigación que abona mis sospechas. Gonzalo de Berceo describió los signos que deberían anunciar el Juicio Final de esta manera:

*El postremero día, como dice el profeta,
el ángel pregonero sonará la corneta;
oírlo han los muertos, quisque en su causetta,
correrán al Juicio quisque con su maleta.*

- ¿Y?

- Acuérdense de Rarra tocando el cornetín subido a la fuente.

- ¡No te fastidia! Ahora va a resultar que Rarra es un ángel.

- Visto lo visto, yo no me atrevería a mantener lo contrario. Aunque, para no dejar margen a las dudas y poder ratificarlo, debería producirse un último hecho fundamental previo al acto del Juicio Final.

- ¿Cuál?

- La segunda venida de Jesucristo a la Tierra para juzgar a vivos y muertos. Afortunadamente, ¡que Dios me perdone por expresarme así! -se sobresaltó el cura-, eso aún no se ha producido. Que sepamos, porque no tenemos noticia de lo que ocurre por ahí afuera y podría haberse aparecido en la capital. En cualquier caso solo es una hipótesis, y no nos queda otra solución que esperar y ver si mis sospechas se confirman.

- ¡Con la Iglesia hemos dado! -sentenció don Práxedes, el médico, que se decía ateo y hasta entonces había estado callado mientras observaba estupefacto al cura-. Me niego a aceptar tan descabellada explicación sobrenatural. Además, su pobre teoría tiene un fallo: ¿dónde está don José, el maestro? Él también debería haber resucitado.

- Y Rarra no puede ser un ángel porque cuando lo bajamos de la fuente olía a perro muerto -añadió Periañez-. Seguro que no se había lavado tras ordeñar a las cabras esta mañana.

- Eso de que los ángeles han de oler forzosamente bien obedece a pura propaganda clerical, ¿no es así don Zacarías? -terció el médico mirando maliciosamente al cura, quien no se dio por aludido.

Don Arcadio Cifuentes, el señor alcalde, no había prestado atención a las últimas puyas lanzadas por el médico y el sargento. Parecía ensimismado y mantenía los ojos cerrados mientras se acariciaba su poblado bigote con parsimonia. Buscaba desesperadamente en los recovecos de su mente alguna idea que le permitiera salir con bien del

reto. Y se mantuvo en su particular silencio durante unos instantes más hasta que de improviso dio un golpe con los nudillos en la mesa y se puso en pie.

- Hay que mantener esto en secreto mientras podamos. En caso contrario habrá lío -manifestó con firmeza-. Sargento, busque a Rarra y a los resucitados, tráigalos aquí y procure que no se le escapen otra vez.

- El alcalde era un iluso. *Si quieres guardar un secreto jamás se lo cuentes a nadie. Y si quieres guardarlo mejor, pregónalo a los cuatro vientos porque nadie te escuchará.*
- *Con lo primero estoy totalmente de acuerdo y con lo segundo más bien poco.*
- *Considere que a todos nos gusta el morbo de lo tapado y al desvelarse el secreto ya no interesa.*
- *O no, depende de las circunstancias. En fin, sigamos.*

Tras entrar en casa ya más calmadas, Loles comenzó a dudar para sus adentros de lo ocurrido y no se lo calló.

- Digo yo que habrá sido un mal sueño. ¿No te parece, Dosia?

- Pues no, estoy segura, era Remigio.

- No pudo ser otra cosa -insistió Loles con firmeza-. Te recuerdo que al pobre te lo dejaron para el arrastre en el bar y encima han pasado unos cuantos años desde su muerte. ¿Resucitado? Yo misma te ayudé a vestirlo con el traje de los domingos antes de meterlo en el ataúd y lo estuve velando durante toda la noche a tu lado. ¡No me digas ahora que no es cierto!

- Lo es y lo recuerdo con todo detalle, pero eso no cambia nada -afirmó con sequedad Dosia torciendo el gesto.

- También vi a ese hombre mientras se encontraba esperando ante tu puerta. Y es verdad que me saludó por mi nombre, lo que me extrañó, pero estoy convencida de que no era Remigio. No se le parecía en nada.

- ¡Rediós, era él! -aseguró Dosia tajante y con tono enfadado.

Al oír la irrespetuosa exclamación, Loles se convenció de que Dosia ni la engañaba ni andaba ida. Se conocían desde niñas y la sabía muy prudente y comedida con sus palabras. Si había largado aquel «rediós» sin pensárselo, era que estaba segura.

- Pues habrá sido una aparición de ultratumba. Sería lo más lógico.

- De aparición nada, me quiso abrazar y eso no es propio de un espíritu... Por Dios, Loles -su tono de voz adquirió ahora tintes

lastimeros-, no lo comentes con nadie porque dirán que estoy loca. ¡Júramelo!

- Te lo juro por esta, Dosia -ratificó Loles al tiempo que besaba la cruz hecha con el pulgar y el índice de su mano derecha-. ¡Faltaría más!, ¡con lo que yo te quiero!

- Al menos espera hasta que lo hable con Jacinto -volvió a rogar Dosia, que no fiaba en la prudencia y discreción de Loles y sabía que lo acabaría pregonando más pronto que tarde.

Y Dosia acertó al desconfiar de su amiga, era lo prudente, porque a Loles le faltó tiempo para contar a su marido, Manolo, lo de la resurrección de Remigio en cuanto volvió a su casa. Pero este, como de costumbre, no le prestó la menor atención y se limitó a preguntar si estaba preparada la cena. Así que no fue Loles quien desveló el secreto de los resucitados a los villaviejenses, sino el agente García que cantó todo lo que sabía a su mujer en cuanto tuvo ocasión. Y aquello fue como prender la yesca de los pastos secos en pleno agosto ya que la noticia de la resurrección de Remigio Tirocorto y Conchito el Rasca se expandió por todo el pueblo. Pero, como lo de las resurrecciones era muy difícil de digerir, nadie se lo creyó de entrada, casi todos se lo tomaron a chacota y apenas movió la curiosidad de unos pocos.

- ¿Y quién lo dice? -preguntó la gente.

- Paquita, la mujer de García.

- ¿El municipal?

- El mismo.

- ¡Como para creérselo! ¡Menuda pájara! Esa tiene más cuento que Calleja.

CAPÍTULO V

PRIMER DÍA, LLEGA MIJAÍL

El sargento Periañez era un buen policía y maquinó nada más recibir la orden del señor alcalde, don Arcadio Cifuentes, que los huidos solo podían esconderse en la granja de María o en el cementerio porque eran los únicos lugares donde podrían estar sin provocar alarma. Acertó en ambos casos y procedió a detenerles sin encontrar la menor resistencia por parte de los buscados. Incluso, curado ya de espantos, tomó la presencia añadida de don José, el viejo maestro de escuela, sin alterarse lo más mínimo porque se lo esperaba y era lo lógico. Él no tenía la menor idea de qué iba aquello de las resurrecciones ni a qué se debía, ¿pero por qué iban a resucitar solo dos de los tres difuntos del viejo cementerio? Hubiera sido injusto. E incluso saludó al nuevo resucitado cortés y afectuosamente -eso sí, sin tocarlo-, ya que había sido su profesor años atrás y le guardaba un gran respeto.

Y en apenas una hora Periañez regresó a la alcaldía llevando a sus presas apretujadas y a buen recaudo en la trasera del todoterreno policial. Pero la íntima satisfacción producida por el éxito alcanzado en el cumplimiento del deber lo condujo a ser imprudente y a cometer un gravísimo error. Olvidando las advertencias del señor alcalde sobre el imprescindible secretismo de la operación y sin sopesar las posibles consecuencias nefastas, aparcó el vehículo en la misma puerta de la alcaldía en plena Plaza Mayor. Y, sin pensarlo mucho, ordenó descender a su particular carga a la vista de los que transitaban por ella en aquellos momentos.

Y coincidió que doña Virtudes, doña Enriqueta y doña Margarita -lo más granado del beaterío de Villavieja- llegaban en esos mismos

instantes a la sede municipal en busca de don Zacarías, el señor cura, debido a que el sacristán les había dicho que se encontraba allí reunido con el señor alcalde. Las tres andaban revueltas porque el susodicho sacristán acababa de anunciarles la suspensión hasta mejor ocasión de un triduo a san Marcelo de quien eran muy devotas. Y ahora se proponían recibir las pertinentes y justificadas aclaraciones por parte del señor párroco en persona con respecto a la indeseada anulación. Pero aún se encocoraron más cuando el cabo Carranque les impidió el paso a la alcaldía con ademanes firmes y gesto poco caballeroso, mientras sí permitía el acceso a un extraño grupo de cautivos que, con el sargento Periañez al frente, desfiló mansamente ante sus narices.

Ahí comenzó a fraguarse la crisis que habría de traer de cabeza a los villaviejenses en las siguientes horas. Porque debe aclararse que doña Enriqueta había sido en sus tiempos jóvenes bastante coqueta, arriscada y enamoradiza, y trató de ponerle los puntos a don José -por entonces Pepe- en cuanto este llegó a Villavieja para hacerse cargo de la escuela, ya que el nuevo maestro olía a capital, a modernidad y a soplo renovador. Para ella supuso entonces como aspirar el aroma que despiden las páginas virginales de un libro recién comprado, y bajo ese influjo aturdidor no hubo para ella más dios ni santa maría por aquellos días. Con posterioridad, sus ansias se acrecentaron cuando supo que su admirado Pepe había enviudado tiempo ha tras mantener un matrimonio que fue como un suspiro por su corta duración. E imaginó que dada su forzada y dolorosa soledad sobrevenida sería muy fácil rendirlo a sus encantos. A partir de ese momento todo se le fue en zalamerías, suspiros y guiños pícaros hacia el nuevo docente, al tiempo que lo perseguía descaradamente por el pueblo y jugaba a tropezárselo al doblar cada esquina. Él se dejó querer al principio, aunque sin demasiado entusiasmo, porque era lo más sencillo y agradable de llevar en un Villavieja carente de otras emociones y, a pesar de su tibia respuesta, ella acabó concibiendo dulces esperanzas nupciales.

A pesar de los múltiples, repetidos e incluso atrevidos intentos de doña Enriqueta por llevar a Pepe a sus redes -ya que siempre fue mujer obstinada, pertinaz y calentona en lo tocante a amores- aquello jamás cuajó en sagrado vínculo porque inesperadamente don José reculó, quizás por estar ya curado de anhelos y avisado de espantos por causa del triste final de su anterior enlace. Y, en consecuencia, ella se quedó definitivamente para vestir santos dada su edad y a falta de cualquier otra alternativa casamentera disponible en Villavieja.

Tras aquel desprecio de don José, doña Enriqueta pasó a odiarlo con la misma fuerza, empeño y celo con que lo había amado y se juró

no olvidar jamás tamaña afrenta. Y hasta tal punto llegó su aversión que decidió celebrarlo por todo lo alto el día en que lo enterraron. Se avió como para ir a los toros, luciendo vestido rojo y tocándose con peineta y mantilla de encaje blancas. Y hasta se puso un clavel reventón en el canalillo de su despreciada pechera aun cuando ya pasaba de los sesenta. Luego, a pesar del frío que hacía por causa de la gran nevada caída durante aquellos días, se aposentó desafiante en una mesa de la terraza del bar de Eustaquio -en la misma plaza, justo al borde de la acera y dando cara a la iglesia- para ver desfilar el cadáver de su enemigo tras el funeral religioso. Incluso algunos malintencionados aseguraron que la vieron brindar con un vermú con sifón al paso del cortejo mientras mostraba una aviesa sonrisa. Como fácilmente se comprenderá dados estos antecedentes, si había alguien capaz de reconocer a don José de un solo vistazo a pesar de los años pasados bajo tierra era ella.

- *No hay peor enemigo que una mujer despechada.*
- *Jamás olvidan ni perdonan.*
- *¡Son terribles!*

Por tanto resultó natural que a doña Enriqueta le diera un vahído al ver pasar ante ella a su demonizado don José. Pero se repuso en un instante, mitad por la furia que se le desató en el alma a la vista del resucitado e infame traidor y mitad porque se agarró con firmeza a los brazos de doña Virtudes y doña Margarita a fin de no caer. E inmediatamente dio un berrido que alarmó a toda la plaza e incluso llegó a oír medio pueblo.

A partir de ahí todo vino rodado. Tan solo media hora después los de Villavieja se habían levantado en armas y rodeaban la alcaldía pidiendo la cabeza de los aparecidos y de los diablos. Porque para entonces, según la mayoría, eran más de treinta los resucitados y se añadía que llegaban acompañados por cien demonios.

- *Lo entiendo. Ya sabe usted lo que ocurre en tales situaciones, la noticia corre como pólvora encendida y cada cual la adereza a su gusto al transmitirla.*

Mientras la chusma se agavillaba en la Plaza Mayor, un gabinete de crisis formado por el alcalde, el médico y el cura debatía qué hacer en el despacho del primero. Su confusión era total, los acontecimientos les rebasaban y, para mayor desgracia, no tenían a quien acudir en

demanda de consejo ya que las comunicaciones con la capital seguían cortadas.

- Señor alcalde, los de abajo se van calentando por momentos y esto va a reventar -afirmó Periañez, el sargento, quien acababa de entrar al despacho con semblante agitado en compañía del cabo Carranque y el agente García-. Están como locos y algunos tienen una escopeta entre las manos.

- ¡Serán bestias! -musitó don Arcadio que estaba como ido y no acababa de centrarse-. ¿Ha hablado con ellos?

- Solo a distancia y parapetado tras el bargueño de la entrada porque en el pueblo hay más de un cazador medio tarado con buena puntería de los que no se las piensan a la hora de apretar el gatillo. Valgan como ejemplo Tomasón y Panduro, que disparan a los gorriones cuando hay veda por aquello de correr la mano y no perder el tino. Están en primera fila del jolgorio rebosantes de satisfacción con las escopetas en prevengan y prestos a encararlas, solo falta que les demos una buena razón para tirar y esta lo parece. La chusma no atiende a razones y exige que les entreguemos a los resucitados para quemarlos en una hoguera. Así que, a la vista de cómo apunta la cosa, hemos construido una barricada en el descansillo de las escaleras con los muebles del vestíbulo por si echan abajo la puerta de la alcaldía.

- ¡Caray! -volvió a musitar el alcalde con voz trémula.

- Tenga en cuenta que la gente ha visto muchas películas de zombis, están aterrados y no escuchan. Y no vea usted cómo los arenga doña Enriqueta, que se ha convertido en capitana de la revuelta. Incluso me ha propuesto que lance a don José desde el balcón que ya se encargará ella de apañarlo.

Los gritos de los abajo congregados iban en aumento y llegaban con diáfana claridad hasta ellos.

- No hay peor cosa que la perversión de lo bueno -terció don Zacarías-. ¡Doña Enriqueta!, ¡una mujer espejo de virtudes!

- Tampoco exagere, señor cura, que usted no la conoció en sus tiempos mozos y tiene mucha retranca. Hay gente que parece angélica porque no le queda otra alternativa en la vida, pero en cuanto se le rasca la corteza traslucen su verdadero ser. Aunque ahora que lo pienso, la defenestración podía ser una buena solución -terció don Práxedes, el médico.

- ¿La qué? -preguntó Periañez.

- Defenestración -ratificó el médico.

- ¿Y usted representa a la ciencia? -don Zacarías miró sorprendido al galeno-. ¿Cree poder arreglar esta situación tirándolos desde un primer piso?

- Sí, señor cura. Propongo aplicar el empirismo a este caso por ser uno de los pilares fundamentales del desarrollo científico. No digo yo que así vayamos a solucionar el problema del todo, pero al menos nos ayudaría a salir de dudas. Personalmente no creo en los zombis pero, si los resucitados se levantan del suelo enteros tras caer desde el balcón, los del pueblo ya tendrían justificación para asarlos y ahí se acabaría el problema.

- ¿Y si no lo son? ¿Y si hubieran resucitado por decisión divina? -interpuso don Zacarías.

- ¡Eso no hay quien se lo crea, señor cura! -afirmó con sarcasmo el médico-. Al menos yo no acepto tal posibilidad, va contra mis principios.

- O sea, usted no cree en Dios, pero sí está dispuesto a creer en los zombis -amonestó don Zacarías.

- Solo propongo aplicar el método científico. Y considere que, si sufrieran algún daño durante el experimento, quedaríamos libres de cualquier responsabilidad porque oficialmente están ya muertos y no cuentan a fines legales.

- A ver a quién se le ocurre una burrada mayor -terció el alcalde en un puntual arrebató de lucidez-. Además, ¿qué hacemos con Rarra? Él no ha resucitado, ¿lo tiramos también por el balcón?

- Eso digo yo -apuntó el agente García-. ¿Qué hacemos con Rarra?, porque seguro que está pringado en la aventura. Me traicionó y es su cómplice.

- Usted se calla -ordenó el sargento Periañez-. Si hubiera cumplido con su deber de vigilarlos no tendríamos este problema. Ahora salga del despacho y no pierda de vista la puerta del baño donde andan encerrados, no vaya a ser que vuelvan a escapar.

En ese momento un adoquín entró volando por un ventanal entre un gran estrépito de cristales rotos y aterrizó sobre la mesa del señor alcalde dejándola perdida. Tras un instante de desconcierto, Indalecio Periañez, el sargento, extrajo su pistola de la funda y se acercó a la balconada para atisbar qué ocurría en la plaza.

- ¡Madre de Dios!, ¡están levantando el empedrado y algunos sostienen antorchas! Señor alcalde, nos quieren a todos muertos.

- Pues intervenga y haga valer su autoridad, sargento -ordenó el alcalde sin gran entusiasmo.

Periañez, a regañadientes, abrió el balcón y medio se asomó a la plaza. El rugido de la masa creció como la espuma al verlo y cien voces pidieron la entrega de los resucitados mientras una antorcha volaba en busca del sargento. Este se apresuró a retroceder a lugar seguro.

- Impóngala usted, señor alcalde, que es quien más manda. Yo no me juego el cuello con esos locos porque ya no los para ni Dios ni los antidisturbios.

Periáñez vio la cara de asombro que ponía don Arcadio y supo que se había pasado con su comentario. Pero luego percibió que él no había sido la causa de su sorpresa ya que miraba hacia la entrada del despacho. La puerta se acababa de abrir, y un coronel de la Guardia Civil tocado con su acharolado tricornio había entrado en la habitación seguido por los resucitados, Rarra y el agente García.

- Buenas noches, señores. Soy Mijaíl -se presentó el coronel.

Y como queriendo subrayar su aparición, otro adoquín entró de nuevo por el balcón rompiendo algunos cristales más y acabando contra la librería.

- Esto hay que cortarlo ya -afirmó el recién llegado con firmeza mientras se encaminaba hacia el balcón-. Omael, acompáñeme.

Rarra asintió con la cabeza y siguió sus pasos.

- Está visto que en momentos de apuro siempre se echa mano de la Guardia Civil, incluso para reforzar la aparición de un fenómeno excepcional.

- Es que suscita un gran respeto. Debe ser por el tricornio.

En cuanto se corrió la noticia de que los resucitados estaban acogidos a la alcaldía de Villavieja, Loles corrió a casa de Dosia y le propuso ir a la Plaza Mayor para tratar de confirmar la presencia de Remigio entre ellos. Dosia se negó de entrada con terca firmeza a pesar de sus repetidos ruegos porque desde que se topara con Remigio en la puerta de su casa había calado profundamente en sus entrañas el rechazo, la angustia y el miedo que acompañan a lo inexplicable. Aquella había sido una aparición diabólica, estaba segura de ello porque no le cabía otra explicación. Y por otro lado, tampoco deseaba herir los sentimientos de Jacinto, su nuevo marido, mostrando el más mínimo interés por Remigio.

Pero Loles insistió en su propósito esgrimiendo un cúmulo abrumador de muy dispersas razones que solo las mujeres saben construir a la perfección cuando desean torcer la voluntad de otra persona. Y, al amparo de ellas, Dosia fue encontrando una vía cómoda para olvidar sus miedos y reservas porque, ya más serena, descubrió que en el fondo se moría de ganas de verlo. El dulce recuerdo de su amor, de su presencia, de aquellos primeros besos y caricias robados con gozo a la sombra de los olmos junto al río había revivido en su memoria. Como un torrente arrollador, el aroma ya olvidado de la

primavera de su vida la envolvió, y en sus venas volvió a sentir el dulce palpitar de una cálida sangre renovada.

- Mujer, ¿cómo no vas a ir? -le apuntó finalmente Jacinto-. Si yo lo entiendo. Además, así sales de dudas sobre la resurrección.

Y eso acabó de decidirla.

- Dicen que el primer amor nunca se olvida para bien o para mal.

- Es una dulce herida que jamás se cierra.

Jacinto no quiso acompañarlas. Se limitó a dar un beso de despedida a Dosia con expresión triste y no añadió una sola palabra más a lo ya dicho porque, aunque Remigio y él habían sido grandes amigos desde niños, ahora temía su resurrección. No tanto por lo que tenía de extraña y excepcional, sino por lo que podía acarrear en su contra. Él siempre estuvo enamorado de Dosia pero ella prefirió en su día a Remigio, y tan solo con su muerte pudo encontrar una nueva oportunidad de conquistarla... ¿Y si ahora volvía a perderla?

Cuando las mujeres llegaron a la Plaza Mayor, se asustaron al ver el cariz violento que habían tomado los acontecimientos y decidieron resguardarse en los pórticos que la abrazaban para alejarse de la masa vocinglera que asediaba el ayuntamiento. La gente parecía haberse vuelto loca, algunos tenían armas, otros llevaban palos y muchos sostenían antorchas y piedras en las manos. Les oyeron decir que los resucitados estaban en el interior de la alcaldía y que debían acabar con ellos porque eran obra del diablo y su presencia solo podía traer desgracias.

Aun entendiendo el porqué de su miedo, Dosia sintió una gran congoja por Remigio e incluso derramó alguna lágrima a escondidas. Algunos la reconocieron al pasar a su lado, a pesar de estar medio embozada en una toquilla, y más de uno se santiguó al verla. Luego les vio murmurar en pequeños grupos mientras la miraban desde la distancia con una mezcla de asco y desprecio, como si fuese una apestada. «¡Esa fue la mujer de uno de ellos!», gritaban en contenido silencio.

- Loles, vámonos. Esto va a acabar mal y tengo miedo.

El rugido de la masa creció en ese momento y todas las cabezas se volvieron hacia la balconada de la alcaldía. Alguien asomaba. Cuando Mijaíl y Omael -Rarra- aparecieron en el balcón, la gente cesó de gritar y un ronco murmullo de sorpresa se extendió por la plaza. ¿Quién era ese guardia civil?, se preguntaban. ¿Y qué pintaba Rarra acompañándolo?, ¿no decían que andaba ayudando a los resucitados?

- Señoras y señores, por favor presten atención.

Mijaíl hablaba en tono normal y no gritaba para hacerse oír. Y sin embargo su voz grave y profunda llegó firme aunque sin estridencia a todos, tal como si hablara cara a cara con cada uno de ellos. Sus palabras retumbaban en los pechos como si estos fueran cajas de resonancia o como si fluyeran desde su interior. Algunos sintieron entonces un tremendo escalofrío porque les pareció un hecho sobrenatural, alimentando así su temor con renovados miedos.

- Debo anunciarles que en poco tiempo tendrá lugar el Juicio Final en Villavieja... Supongo que todos saben lo que esto significa y son conscientes de sus posteriores consecuencias. Por tanto, les sugiero que se preparen convenientemente en su propio beneficio para un hecho tan importante. Y en todo caso, por si alguien tuviera dudas sobre lo que sucederá a continuación, pueden buscar la pertinente aclaración y consejo en el señor párroco.

La gente quedó muda y paralizada durante unos instantes como si una helada negra hubiera congelado su cuerpo. Luego, lentamente, empezaron a salir del marasmo mientras trataban de digerir aquello. Algunos mostraban cara de asombro, muchos un rictus de miedo y casi todos interrogaban al más cercano con la mirada en busca de alguna respuesta. Pero ese silencio medroso duró poco porque una voz airada surgió de entre el gentío.

- ¡Fantoche!, ¡fuera de ahí!

Entonces los nervios estallaron y un torrente de ira se esparció por la plaza inundándola. Las piedras llovieron sobre la fachada de la alcaldía al tiempo que un par de disparos con postas arrancaron esquirlas de piedra de ella. Y esto pareció insuflar renovados ánimos al gentío porque los gritos arreciaron, cientos de puños amenazantes se levantaron contra la balconada y se produjeron nuevos disparos contra el frontal del edificio. Pero ni Mijaíl ni Rarra se inmutaron y permanecieron a pie firme en el balcón observando con rostro tranquilo la algarada.

- Les ruego serenidad, señoras y señores, en caso contrario me veré obligado a intervenir.

La voz de Mijaíl llegó otra vez al pecho de los villaviejenses propinándoles un invisible manotazo. Y unos cuantos, los más asustados, comenzaron a abandonar la plaza muy quedamente, mudos, sin hacer un ruido, como no queriendo llamar la atención pero con el miedo grabado en sus rostros. Mas la mayoría aguantó a pie firme respondiendo a la advertencia con nuevos gritos de rabia, amenazas e improperios. Impasible, el coronel intercambió entonces

unas palabras con Rarra y a renglón seguido alzó su brazo derecho señalando al pináculo de la fuente de la plaza...

Unos afirmaron luego que vieron descender una abrasadora bola de fuego del cielo, pero otros lo negaron manteniendo que tan solo había sido un vulgar rayo. En todo caso dio lo mismo porque el amorcillo travieso que remataba la fuente cayó pulverizado al suelo en medio del gran estruendo causado por el impacto. E inmediatamente, tras aquella cegadora centella, la mayoría de los presentes abandonaron la plaza a la carrera entre gritos entrecortados de angustia y lamentos medio contenidos. Mas unos pocos, apenas una decena, contuvieron su pánico y permanecieron en ella quietos, con los cuerpos encogidos y mostrando una extraña mezcla de pavor y rabia en sus rostros. Permanecieron así unos largos segundos, paralizados y en completo silencio. Finalmente, uno de ellos, el tal Panduro, volvió a alzar su arma hacia los asomados en la balconada.

- ¡La madre que te parió! -se le oyó gritar.

- No lo haga -la sosegada y profunda voz de Mijaíl golpeó de nuevo.

Pero Panduro encaró su arma, apuntó al coronel y apretó el gatillo... Ni tan siquiera llegó a oírse el disparo porque el arma se vio de pronto envuelta en una nube de espeso humo tras dar una explosión apagada y quedar medio descuajaringada. Y aquello supuso la señal definitiva para la retirada. Sin nuevos gritos ni amenazas, los que quedaban presentes huyeron despavoridos dejando a la Plaza Mayor de Villavieja sin un alma en un instante. Y sobre el vacío y el silencio que dejaron tras la huida, pasó a sobrevolar tan solo el tronar lejano y húmedo de la tormenta en la serranía.

- *¿Y qué hicieron los de la alcaldía?*

- *Tomaron las de Villadiego dejando solos a Mijaíl y Rarra en la balconada.*

- *Yo hubiera hecho igual.*

Don Zacarías corrió como alma que lleva el diablo a su iglesia mientras mantenía las faldas de la sotana alzadas para evitar frenos y estorbos. Y, aunque quedaba a muy poca distancia su parroquia, llegó a ella totalmente ahogado y sin resuello porque hacía mucho que no se daba tamaña carrera. Sin meditarlo un instante, cerró el templo a cal y canto cuidando de no dejar abierto ni un solo ventanuco, ni una claraboya, ni la menor rendija. Hecho esto, se derrumbó sobre un banco de la capilla del Santísimo buscando consuelo y respuesta en la mortecina lucecita roja que lo alumbraba... Pero fue incapaz de armar

la menor súplica ni pensamiento coherente. Su mente era un confuso hervidero donde se mezclaban las imágenes de lo recientemente vivido con los miedos y las dudas que brotaban de su interior. Tomó el breviario con manos temblorosas tratando de encontrar en él alguna oración adecuada que contribuyera a calmar su ansiedad y le otorgara un destello de paz a su alma, pero le fue imposible leer una sola palabra. Tan solo una idea se imponía nítida y machaconamente en su cabeza impidiendo la vida a cualquier otra: «El Juicio Final, llegó la hora del Juicio Final». Ofuscado, aterrado y sin ánimo, solo tuvo fuerzas para retirarse a su casa buscando en brazos de un somnífero el sosiego que ahora no conseguía alcanzar.

La casa parroquial se comunicaba directamente con la iglesia a través de un portillo existente en la nave de la homilía. Aun sin saber por qué, don Zacarías lo abrió con cierto recelo y miró del otro lado antes de entrar porque ya estaba bien de sustos por aquel día. Y entonces, justo al ir a atravesar el umbral, oyó una voz grave a sus espaldas que le decía:

- ¡Ánimo Zacarías, no desmayes!

El buen cura dio un respingo y hasta se le erizó el vello del codo por aquello del miedo. Miró hacia atrás espantado y no vio a nadie, tan solo a la pequeña imagen de san Tigrido allí justo a su lado, quien mantenía su acostumbrada expresión beatífica en su hornacina del muro del templo.

Había hallado esta imagen en el trastero de la iglesia al hacer limpieza general tras hacerse cargo de la parroquia de Villavieja y, de inicio, estuvo a punto de quemarla dado su estado lamentable. No tan solo por la suciedad que acumulaba, que era mucha, sino porque al pobre santo le habían repintado la cara en algún momento, quizás durante la guerra, y lucía en aquellos momentos un enorme mostacho y un ojo a la funerala. ¡Toda una falta de respeto! Pero le picó la curiosidad y decidió restaurarla por su cuenta limpiándola a fondo y quitándole los escandalosos repintes que mostraba. Al hacerlo encontró que no era tan fea como al principio temió y, además, halló un nombre tallado en su peana de madera: «San Tigrido». Indagó más, pero tan solo encontró una lejanísima referencia histórica en el santoral demostrando así que ni la Iglesia guardaba una idea clara de él: «Obispo de Gap, en los Alpes franceses, siglo IV d.C.». Caviló que debió ser un mártir -era lo usual en aquellos tiempos de paganismo romano- por lo que probablemente hubo de padecer una muerte dura y sangrienta. Y entonces le dio pena y le pareció injusto verlo olvidado de todos en un pueblo perdido, lejos de sus lares, así que

decidió honrarlo a su modo y manera. Y como la imagen era pequeña, no llegaba a dos palmos de altura y cabía justo en una hornacina que estaba vacía, decidió exponerla al culto en el templo. Y, como homenaje añadido, instauró un triduo en su memoria con ocasión del 3 de febrero, día del santo, para solaz de una parte de su feligresía siempre esforzada y fiel en lo tocante a devociones.

Volviendo al relato, don Zacarías escudriñó desconfiado el amplio espacio del templo sin ver a nadie ni observar nada anormal. Y luego se centró en la imagen del santo... Estaba como siempre, pensó. Además, las imágenes no hablan, se dijo. Entonces se santiguó ante ella tal como solía hacer por costumbre a modo de piadoso saludo y concluyó que aquella voz era tan solo una torpe broma de su imaginación. Después cerró el portillo con llave, por si acaso, y corrió a su cuarto para tomar el ansiado somnífero.

- *¿Ha llegado a saber algo más de san Tigrido? Porque a mí no me suena de nada.*
- *Ni a usted ni a nadie.*
- *¿Y qué tiene que ver con esta historia?*
- *Tenga un poco de paciencia, luego lo explicaré.*

CAPÍTULO VI

SEGUNDO DÍA, UN LIBREPENSADOR Y UN CURA COLABORAN

Tras los incidentes en la plaza la mayoría de sus habitantes corrieron aterrados a encerrarse en sus casas bajo siete llaves, aunque alimentando subconscientemente la vaga y lejana esperanza de que solo fuera una broma pesada. A otros les dio por huir dejando todo lo suyo atrás y buscando salvar los montes que les separaban de la capital a fin de encontrar en ella refugio. Pero no hallaron vía de escape porque encontraron los caminos impracticables a causa de los desprendimientos de laderas y árboles. La tormenta se mantenía con inusitada violencia en la serranía, llovía torrencialmente en las alturas y caían rayos por doquier. Así que hubieron de regresar desesperanzados y mohínos.

Y la vida se detuvo en el pueblo. La soledad inundó sus calles y un espeso sudario de silencio las envolvió. Nadie encendió una luz en su casa, ni tan siquiera para ahuyentar a las tinieblas del alma. Noche oscura de vela insomne para corazones ahogados por el miedo, centinelas forzados de un horror intuido que estaba por llegar y no entendían.

Cuando rompió la aurora y arrastró las sombras todo siguió igual, inerte, sin hálito, sin pulso, porque Villavieja permanecía atenzada por la angustia que generaba el miedo a lo que estaba por venir. A lo largo de la mañana nadie salió al campo, ni abrió un surco en la tierra, ni segó un prado, ni se llegó a la huerta a trabajar. Vacas y ovejas mugieron y balaron en los establos quejosas por el dolor que les causaban sus ubres repletas, pero ningún pastor ni vaquero respondió

a sus lastimeras llamadas y la leche goteó imparable, fuente de vida perdida, empapando la paja y el estiércol de los establos. Los talleres enmudecieron, las tahonas olvidaron hacer pan, ningún comerciante abrió su tienda y los bares se mantuvieron cerrados... Villavieja era un pueblo desesperanzado que aguardaba tan solo a la muerte sumido en el pánico.

Hacia el mediodía, tras el tañido de las campanas del reloj de la iglesia, la villa comenzó a recuperar algo de vida porque, respondiendo a aquella sonora llamada, algunas mujeres -quizás las más valientes o quizás las más espantadas- abandonaron sus casas para correr temerosas al templo en busca de cristiano consuelo. Tras ellas, en lento pero continuo goteo mitad frenado por el miedo mitad empujado por la angustia, fue desfilando gran parte del pueblo hacia ese mismo refugio de almas. Y antes o después de la pía visita muchos se encaminaron también a la consulta de don Práxedes en busca de alguna receta que calmara sus castigados nervios, ya que la paz del alma también se sostiene con el sosiego del cuerpo.

Uno de los primeros en demandar el auxilio sacramental fue Marcelino, el sacristán, y lo hizo en mal momento porque el cura también estaba comido por los nervios y encajó mal su culpa.

- Siento una gran vergüenza, don Zacarías -apuntó de entrada.

- Déjate de remilgos, Marcelino, y suelta lo que tengas que soltar porque nos conocemos desde hace mucho.

- Pero esto es nuevo...

- Que lo sueltes de una vez porque hay mucha gente esperando -conminó el cura.

- Verá, las gallinas de su corral...

- ¡Marcelino!...

- Déjeme acabar que no va por donde me temo que piensa... Todo el pueblo sabe que sus gallinas ponen unos huevos buenísimos.

- Sin duda -respondió complacido don Zacarías.

- Pues sepa que le he estado tomando alguno sin su permiso..., de vez en cuando.

- Aclárame eso, ¿cuántos y con qué frecuencia?

- Poca cosa, tres o cuatro solo..., o quizás media docena..., a la semana.

Don Zacarías había notado un descenso claro en la productividad del gallinero desde hacía tiempo, pero lo había achacado a caprichos de sus gallinas que eran algo anárquicas en cuanto a la regularidad de sus puestas. Ahora se enfrentaba a la verdadera razón.

- ¡Será posible!

El cura había alzado la voz al responder, lo que provocó un cierto desasosiego entre los penitentes que aguardaban. Cosa natural por otra parte ya que todos temían una posible bronca al llegarle la vez. Pero a renglón seguido calló en tanto meditaba qué hacer. El pecado era menor, pero la reincidencia no tanto y sus gallinas eran casi sagradas para él. En cualquier caso, Marcelino había ultrajado su confianza. ¿Cómo no le había pedido permiso para cogerlos?, él se lo hubiera dado de mil amores.

- Marcelino, Dios perdona tu pecado -prosiguió finalmente con tono seco-, pero conste que yo no lo olvido de momento. Así que no quiero verte ni en pintura durante unos días hasta que se me pase el enfado. Lárgate, y ya hablaremos... Ego te absolvo a peccatis tuis in nomine Patris et Filii et Spiritus Sancti.

Pero enseguida se olvidó de aquel pecador porque a renglón seguido tuvo que atender a una interminable fila de feligreses que deseaban tranquilizar sus conciencias y ponerse en paz con el Altísimo. Llegó a tener tan larga cola de espera, hecho absolutamente inusual por otra parte, que finalmente se decidió a improvisar una pequeña ceremonia a fin de otorgar una absolución general a los allí presentes para acelerar el proceso. Así pudo tranquilizar a los más ansiosos y, de paso, halló hueco para tomarse unos instantes de descanso después. Con todo y con eso aún seguía entrando gente en el templo cuando fue a refugiarse durante unos instantes en su casa.

El señor cura se retrepó en el sillón de su despacho parroquial mientras daba un gran suspiro de alivio. Y después puso los pies sobre un escabel que había bajo la mesa a fin de estirar las piernas para descansarlas. Porque don Zacarías, siendo como era más ancho que alto, no llegaba con los pies al suelo desde las alturas de aquel antiguo asiento que debió encargar algún gigantesco predecesor en el cargo. Al tiempo era hombre fornido y bien asentado a pesar de su corta estatura, y su aspecto recio -como el de un pétreo capitel románico que soportase un arco fajón de iglesia- transmitía confianza y daba seguridad a la feligresía porque semejaba al de muchos de ellos, ya que el labrar la huerta azada en mano o segar la hierba a golpe de guadaña no contribuye en demasía a estilizar la figura. Directo en el habla, pero siempre prudente en la forma y en el mensaje, gozaba del afecto de todos, fueran o no creyentes, por su buen hacer en lo humano y en lo sagrado... A pesar de lo cual jamás había conseguido ver su iglesia llena durante la misa de los domingos.

- Buenas tardes, señor cura. O buenos días porque aún no he comido. Le traigo una decepcionante nueva: doña Lourdes, nuestra boticaria, está fuera de combate.

Don Práxedes, el médico, acababa de entrar y se había derrumbado sobre uno de los sillones de compañía del despacho. Se le veía agotado.

- Abrí la consulta a primera hora previendo lo que iba a ocurrir y al poco tuve que ir a buscarla a su casa porque mantenía la farmacia cerrada y se negaba a despachar mis recetas. Tras mucho aporrear su puerta, la abrió medio atontada, desgredada y en combinación. Tenía lengua de trapo y mirada vacuna, por lo que supuse que se había empapuzado de Valium aunque también vi que llevaba una botella de anís en la mano. ¡Buena mezcla!... Al principio no quiso atender mis razones por mucho que la supliqué. Y agotadas las buenas formas incluso llegué a amenazarla, pero siguió negándose a reabrir la botica. Finalmente, tras mucho porfiar cedió, me dio las llaves y me dijo que hiciera lo que me diera la gana con la farmacia, que me la regalaba. Así que he trasladado momentáneamente mi consulta a la rebotica por ser lo más práctico, ya que me permite hacer el diagnóstico y el despacho del remedio adecuado de una sola vez.

- Imagino que hoy habrá tenido que enfrentarse a multitud de enfermedades imaginarias -aventuró don Zacarías.

- Para mi sorpresa, no. Nadie se ha quejado de dolores difusos, carrasperas y toses nerviosas, palpitaciones caprichosas o extrañas flatulencias. La diagnosis de mis enfermos ha sido siempre fácil e inmediata: todos están con los nervios deshechos y comidos por la ansiedad. Así que me he limitado a escuchar sus miedos y a la entrega inmediata del correspondiente paliativo sin necesidad de realizar ningún reconocimiento. Lo malo es que se acabaron enseguida los tranquilizantes hipnóticos y ya he tenido que recurrir a los sedantes. Media Villavieja debe estar ahora dormitando drogada en sus casas... Mejor así, ¡infelices! Por cierto, ¿tiene usted alguna noticia del alcalde? -prosiguió don Práxedes dando por cerrado el anterior tema-. Según venía he comprobado que el ayuntamiento está cerrado a cal y canto y no hay rastro de él.

- No sé nada. Y resulta extraño porque le gusta ser perejil de todas las salsas.

- Otro que se quita de en medio y no da la cara -apuntó el médico.

- No sea mal pensado. Don Arcadio es hombre cumplidor, algún problema lo tendrá liado.

- Parece mentira que aún no lo conozca. Don Arcadio, como muchos otros políticos, es un corcho que flotará a salvo en medio de cualquier conflicto por peliagudo que sea. Si vienen bien dadas, se colocará en cabeza de la manifestación para figurar y apuntarse el tanto. Pero si la situación es confusa, se refugiará y confundirá entre la masa a la espera de ver por donde rompe el problema. Y si finalmente

apunta a tragedia, desaparecerá de la comitiva sin dejar rastro para salvarse por su cuenta.

- *Este reflejo incondicionado no es exclusivo de los políticos. El sobrevivir a toda costa ante una crisis afecta también a cualquiera que toca poder sea de la clase que sea... Se le llama salvar el trasero.*
- *Estoy totalmente de acuerdo... ¡Si yo le contara las cosas que he visto!*

- Villavieja se viene abajo -terció el cura con tono triste- y su gente está aterrada. Yo mismo estoy espantado, me siento impotente y no sé de dónde sacar fuerzas para seguir en mi puesto y ofrecer a los demás un consuelo que para mí no tengo. Afortunadamente compruebo que no soy el único dispuesto a seguir cumpliendo con el deber a toda costa.

- Es curioso -siguió el galeno-, solo quedamos un cura y un librepensador para dar la cara y ayudar a la gente.

- Está usted dando un gran ejemplo, don Práxedes, porque pocos son capaces de mantenerse en el tajo cuando vienen mal dadas. Véase el caso de la boticaria.

- Le agradezco el elogio, don Zacarías, que por mi parte hago extensivo a su persona por su cristiana dedicación al pueblo. Y sepa que siempre le tuve un gran respeto aun cuando lo criticara con mucha frecuencia.

- Igualmente yo. Y si alguna vez le ofendí con mis comentarios, le ruego acepte ahora mis disculpas.

Las discusiones entre don Zacarías y don Práxedes en torno a cualquier tema mientras jugaban al dominó en el bar de Eustaquio eran bien conocidas en Villavieja. Se sabía cuándo empezaban, habitualmente tras el primer carajillo, pero jamás cuándo acababan porque eran épicas e interminables. Cuando uno decía que blanco, el otro mantenía que negro por sistema; daba igual cual fuera el tema en debate. Lo que no era obstáculo para que quien defendió lo de negro en pasada ocasión sobre tal o cual cosa, mantuviese sin sonrojo semanas más tarde que ahora tocaba blanco sobre aquel mismo problema... Y su oponente viceversa.

- Todos están convencidos de que el Juicio Final y el fin del mundo están al caer -afirmó don Práxedes tras unos segundos de silencio.

- Ya me dirá si nos queda otra posibilidad tras asistir a la demostración que nos hicieron anoche. ¿Usted no?

- Mire, don Zacarías, yo nunca creí en tales cosas. Y ahora, ¿qué quiere que le diga? Los hechos parecen demostrarme lo contrario y debería aceptarlo aun a regañadientes, pero desconfío y sigo en las mías. En todo caso, la realidad será la que deba ser.

- Don Práxedes y su escepticismo.

- Fruto de la razón.

- Perdone que se lo pregunte, ¿ni tan siquiera cree en la existencia de Dios?

- Le seré sincero. Reconozco que hace años la negaba porque no tenía ninguna evidencia de lo contrario. Luego empezaron a entrarme algunas dudas, pero mantuve mi postura cara a los demás por aquello de no cambiar. Además, me resulta divertido provocarle durante nuestras bizantinas discusiones en el bar de Eustaquio.

- ¡Vaya, vaya! Y dígame, ¿cómo le surgieron esas dudas?

- Por pura coherencia personal. Desde mis cortas entendederas llegué al convencimiento de que lo que me rodea, el universo con todas sus criaturas, no puede ser tan solo el fruto de la lenta evolución de una casualidad, de un azar, de un fenómeno físico generador y primigenio que se construyó a sí mismo partiendo de la nada. Alguien, en un cierto instante, tuvo que poner en marcha la complejísima maquinaria del universo. No sé si invocando aquello de «¡Hágase la luz!» o dándole a un botón de un ordenador, perdóneme esta última simpleza. En cualquier caso me da igual el procedimiento que emplease. Por tanto, sí, opino que debe existir un Ser Creador o como lo queramos llamar... Aunque no lo aseguro porque solo es una pobre intuición personal, subjetiva y carente de toda base científica.

El médico calló durante unos instantes mientras trataba de observar la reacción del cura.

- ¿Y no siente la necesidad de relacionarse con ese Ser Creador?

- Necesidad, necesidad... De vez en cuando me dirijo a él y le comento hechos, también le planteo dudas..., incluso lo critico.

- ¿Le pide cosas?

- Para mí nunca.

- Luego se cree autosuficiente..., resulta un poco presuntuoso.

- Pues no, simplemente considero que no soy quien para dirigirme a tan alto señor con pamplinas mías.

- Y supongo que no es religioso porque nunca lo vi por mi iglesia.

- Efectivamente, no soy religioso y no voy a cambiar ahora empujado por las circunstancias. Verá, yo me tengo por un ácrata disciplinado que desconfía por sistema de las organizaciones humanas, sean del tipo que sean, porque en cuanto se reúnen cuatro gatos en torno a un fin surge de inmediato la pulsión de ejercer su mando. Y cuando

un nuevo dios de barro triunfa en esa tarea tras una lucha más o menos soterrada y siempre encarnizada, se apresura a imponer sus particulares reglas persiguiendo dos fines primordiales: primero, perpetuarse en el poder y, en segundo lugar, sacar provecho de él. A partir de ese momento cualquiera que se salga del carril sufrirá castigo, expulsión o incluso la muerte.

- También hay personas íntegras que saben ejercer su oficio y mando con decencia como sucede ahora en la Santa Iglesia -reclamó don Zacarías con firmeza-. Sus servidores vivimos solo para propagar la palabra de Dios y ayudar al prójimo.

- Don Zacarías, ¡que ya soy mayorcito! -recriminó el médico-. Con lo sencillo y claro que resulta el mensaje de Cristo y lo complejo que devino al ser aderezado más tarde por otros. ¿Cuántas veces se violentaron sus valores?, ¿en cuántas ocasiones se interpretó su palabra a conveniencia?... Mire, yo no tengo nada contra la institución y estoy seguro de que sus intenciones son santas, loables y ejemplares. Pero de vez en cuando afloran desde ella hechos impropios e incongruentes con sus altos fines que abonan mi desconfianza y mi apartamiento.

- Acepto la crítica porque no existe la bondad absoluta en el ser humano y en todas partes cuecen habas -comentó don Zacarías tras meditar unos segundos-. Aunque también creo que exagera y no es justa su valoración... Pero dígame, antes manifestó que era un ácrata disciplinado, ¿cómo se entiende? Me parece un contrasentido.

- Me creo disciplinado porque siempre fui fiel a mis principios y solo entrego mi respeto y mi lealtad a quienes lo merecen por razón de sus actos y no por su discurso. Esa es la única auctoritas que reconozco.

Don Zacarías miraba ahora con afecto al médico. Le gustaban las personas cabales, sentía debilidad y admiración por ellas aun si estaban alejadas de sus propias ideas. Y aquel galeno largo y desgarbado, de cuerpo huesudo y flaco, rostro enteco, pelo pajizo, ralo y alborotado, mirada viva tras sus gafas de miope y vestir descuidado, tenía la particular virtud de encandilarlo con su sinceridad directa e inocente, casi infantil, que no paraba en barras cuando debía llamar a las cosas por su nombre según su criterio.

- Noto que tiene ideas firmes aunque me resulten muy discutibles en lo que atañen a mi oficio... Y me da usted una cierta envidia porque parece saber en qué confiar. En todo caso, le ruego perdone mi imprudente curiosidad al preguntarle si era creyente -el señor cura esbozaba una cansada sonrisa de disculpa.

- No hay nada que perdonar ya que su pregunta venía al caso -el médico se quedó por un instante pensativo-. Pero no entiendo por qué

58 le doy envidia, ¿tan raro le parece que no sea religioso y sin embargo crea en la existencia de un Ser Supremo?
- Cosas más..., quizás se las explique en otro momento.

CAPÍTULO VII

SEGUNDO DÍA, EL DESPERTAR DE DON JOSÉ

Eustaquio y su mujer, Candela, tenían un bar en la Plaza Mayor que era también casa de comidas y churrería. Y encima suya, sobre los soportales que resguardaban a los villaviejenses de la lluvia en el invierno y los amparaban del sol durante el verano, mantenían una pensión donde se solían alojar tratantes de ganado, viajantes de comercio, feriantes y algún que otro turista despistado que acertaba a pasar por el pueblo por equivocación. Aquel fue también el hogar de don José desde que llegó a Villavieja ya viudo. Por eso el maestro, tras el incidente de la Plaza Mayor, no lo dudó un instante al escapar de la alcaldía y corrió a refugiarse en la que había sido su habitación en vida. Y allí había estado durmiendo sin parar desde la noche anterior.

En realidad no despertó por haber descansado lo suficiente, sino por causa de un remusguillo en el estómago que enseguida identificó como hambre. Se desperezó, abrió los ojos y los fijó en las contraventanas. Una luz grisácea se filtraba entre las lamas y dedujo que ya era de día. Sentía la cabeza abotargada y le dolía todo el cuerpo como si acabase de realizar un enorme y duro esfuerzo. Y hubiera preferido poder seguir durmiendo, pero sabía que una vez abiertos los ojos ya le sería imposible continuar acostado y decidió levantarse.

- «Un día más de no hacer nada» -rumió para sus adentros.

Una nueva jornada vagando bajo los soportales de la plaza si llovía o tomando el sol si el tiempo acompañaba. De pasear sin rumbo por las mismas calles tantas veces holladas y, con suerte, cambiar alguna frase insustancial con el cura o con el alcalde al cruzarse con ellos. O quizás con Perico, el carnicero, que al menos era gracioso,

charlatán y contaba buenos chistes. Con otros, tan viejos o más que él, solo intercambiaba silencios o, a lo sumo, un gruñido o una leve inclinación de cabeza por todo saludo.

Un nuevo día para añorar con dolor a Martita, su mujer, que partió joven dejándole la amargura y el vacío del amor que se esfuma estando aún muy vivo. Y también para huir de Enriqueta si la veía venir en lontananza a fin de no tener que soportar sus mudos reproches y sus miradas heridas de hembra rechazada. O para llegarse hasta la botica a comprar cualquier cosa, unas aspirinas o unas pastillas para la tos, y charlar de paso un rato con doña Lourdes, la farmacéutica... Hoy sería igual que siempre, igual que ayer, lo mismo que mañana. Ir envejeciendo en la quietud de la nada, matando el tiempo, ahogando las horas, viendo caer los minutos en su reloj de bolsillo como goterones de lluvia estéril sobre la roca. Y al llegar la noche acabaría tomando un vasito de vino en el bar de Eustaquio -la pensión no daba para mucho más- esperando a que Candela, la tabernera, lo llamase al comedor para cenar. Después regresaría a la soledad de su cuarto para surcar las oscuras ondas de la noche enfrentando los tristes recuerdos, los miedos y las penas que guardaba en el alma.

- ¿Para qué me voy a levantar? -se preguntó-. ¡Maldita soledad y maldita vejez!

Se alzó aún medio amodorrado y se dirigió al baño para asearse. Al abrir el grifo del lavabo y ver correr el agua se sorprendió. Y contempló su fluir con la misma atención del niño que toma conciencia de ese pequeño milagro por primera vez en su vida. Sin entender la razón, tuvo la sensación de estar asistiendo a algo olvidado... Y aquello le pareció maravilloso, único y excepcional.

- Agua -se dijo en voz alta para asegurarse de su realidad.

La acarició primero con un solo dedo -estaba fría- y después estuvo jugando unos instantes con ella dejando que corriera de una mano a la otra para terminar llevándola repetidas veces hasta el rostro.

- ¡Es agua! -se repitió.

Su fresca caricia disipó las nieblas de su mente y acabó de despertarlo... Y súbitamente los recuerdos estallaron como un relámpago, y las revueltas imágenes de lo ocurrido ayer la inundaron. Solo entonces fue consciente de que había resucitado y un profundo escalofrío estremeció su cuerpo. E inmediatamente se preguntó si aquello era real o tan solo una pesadilla, una maldita broma de la parca. Profundamente alterado tuvo que asirse con ambas manos al lavabo porque se sintió desfallecer y temió caer al suelo. ¡Él había estado muerto!, acaso aún lo estaba... Lentamente alzó los ojos y

osó mirarse en el espejo impulsado por una morbosa curiosidad ya que temió encontrarse con la faz de una momia. Pero solo llegó a verse reflejado tan viejo como siempre fue. La muerte, su muerte, no había tallado nuevas cicatrices en ella. Sorprendentemente, la visión de su rostro ajado y surcado por mil arrugas lo calmó, quedándole solo latente la inquietud que brota en el alma con la visión de lo inexplicable.

- ¡Estoy vivo! -exclamó en voz alta asombrado.

Entonces le asaltó una apremiante sed de luz. Y empujado por la necesidad imperiosa de ver el sol, de sentirlo en su piel, regresó precipitadamente al dormitorio y abrió el ventanal de par en par. Apenas se había cumplido el mediodía y el cielo estaba cubierto por un mar de nubes amenazadoras, aun así quedó deslumbrado por el resplandor que se filtraba a través de ellas. Le parecía increíble, ¡había luz y estaba vivo! Inspiró profundamente varias veces deleitándose con el aroma a tierra húmeda y ozono que se derramaba sobre el valle desde la tormenta en la sierra y aún se sintió más vivo.

La plaza Mayor se le ofrecía silenciosa y desierta a sus pies, sin mostrar el menor signo de vida. Nadie paseaba, nada se movía. Y recordó con nostalgia su pequeño bullicio de otros tiempos: las mujeres yendo y viniendo a la compra, los rumores provenientes del bar de Eustaquio trepando hasta su ventanal, los viejos sentados en los bancos contándose unos a otros pobres historias mil veces repetidas y casi nunca escuchadas...

- Está yerta como un cadáver -afirmó en voz baja con una cierta pena interior.

Súbitamente se le alegró el alma porque divisó que alguien la atravesaba. ¡Todavía había vida en Villavieja!, se dijo. Venía en su dirección desde la iglesia con andar apresurado y el cuerpo encogido, como temiendo ser visto. Aun así le costó poco reconocerlo. Era Mariano -un buen amigo, el bedel de su antigua escuela-, con quien había compartido muchos años de trabajo, pitillos, charlas insustanciales y hasta algún vino que otro en el bar de abajo.

- ¡Mariano! -le llamó esperanzado desde el alféizar.

Él tan solo buscaba el aliento de unas palabras amables y el calor de una sonrisa amistosa de bienvenida para sentirse un poco más vivo. Pero cuando su amigo Mariano alzó la vista, una mueca de terror cubrió su rostro. Y don José sintió entonces un dolor punzante en el corazón y una tristeza infinita. Dolor que se acrecentó cuando vio las mil cruces que se hizo con un crucifijo que sacó precipitadamente del pecho... Y entonces se preguntó que por qué y para qué había

resucitado. Profundamente deprimido, se arrastró hasta el lecho y se acostó de nuevo tapándose hasta la cabeza con la ropa de cama remedando una mortaja. Ya no sentía hambre, solo quería morir.

- ¡Pobre don José!

- *Lo que son las cosas, ¡seguir muerto para los demás aun estando vivo!*

- ¿Le apetece comer? -una voz resonó tras la puerta del cuarto.

- ¿Quién es?

- Soy Mijaíl.

- ¡Ah! -murmuró don José por toda respuesta sin moverse del lecho.

Seguía tumbado en la cama porque el rechazo mostrado por el antiguo bedel de su escuela lo había sumido en una profunda melancolía. No entendía el porqué de su resurrección, ¿qué necesidad había de ella?, y ahora se sentía preso en una nueva existencia indeseada.

- Dese prisa que la comida se enfría. Lo espero en el comedor -volvió a avisar Mijaíl desde el pasillo.

- Voy enseguida -balbuceó.

Aún dudó qué hacer y se preguntó por qué había aceptado aquella invitación. Y el miedo amagó con volver porque Mijaíl podía ser un ángel y los ángeles, aun siendo buenos, imponen siempre mucho respeto e incluso algo de desconfianza. Pero venció al temor y se dijo que qué más daba, que no tenía nada que perder y quizás sí que ganar ya que sentía de nuevo un hambre atroz porque no había comido nada desde su resurrección.

- Este guiso tiene una pinta estupenda -comentó don José por decir algo al llegar al comedor y tras echar un vistazo a la olla-. Y huele muy bien.

- Espero que le guste. Lo preparé yo mismo porque no hay nadie en la taberna.

Mijaíl lo invitó a sentarse con un gesto y comenzaron a comer en silencio. El supuesto ángel lo hacía con apetito aunque sin prisas, regodeándose y saboreando cada uno de los bocados con evidente deleite. Y don José aprovechó el momento para observarlo a hurtadillas. Recio y fuerte, de mucho hueso, seguía vistiendo el uniforme de coronel de la Guardia Civil aunque había cambiado ahora la guerrera por una cómoda camisa. Curtido por el sol, con barba cerrada enmarcando un rostro equilibrado y de facciones

serenas aunque algo toscas, no mostraba señal aparente ninguna de que fuera un ser celestial.

- ¿Es usted un ángel? -se atrevió a preguntarle al poco.

- Sí señor, ¿le sorprende? -respondió Mijaíl.

- No exactamente, me lo esperaba y resulta lógico a la vista de lo que ha venido ocurriendo... Pero yo creía que los ángeles no comían por aquello de ser espíritus puros -se atrevió a añadir.

- Cuando tomamos la apariencia humana tenemos las mismas necesidades que los hombres.

- Es curioso... Y no sé por qué lo encuentro extraño dado lo raro de mi resurrección.

- Ya que la menciona, ¿qué le parece su regreso a la vida? -preguntó Mijaíl.

- ¿Qué quiere que le diga? Es de agradecer, supongo, aunque no le veo la menor utilidad.

- ¿Por qué?

- ¿Dónde voy yo ahora con el montón de años que tengo?, de poco me sirve resucitar estando torpe de mente y cuerpo... Deberían haber reservado este milagro para aplicarlo en alguien más joven.

- El procedimiento es el procedimiento y no se debe alterar. Le recuerdo que, como paso previo al Juicio Final, han de resucitar todos los muertos con el mismo cuerpo y alma que tuvieron. Además, no se lamenta porque lo veo muy bien de salud.

Mijaíl le había respondido con cierta brusquedad, pero el maestro decidió volver a la carga.

- ¿Eso del Juicio Final y todo lo demás van a demorarse mucho?

- No creo, aunque nunca se sabe. No depende solo de mí.

- Ya, me imagino... Por cierto, veo que no tiene alas.

- Las alas de los ángeles son fruto del imaginario popular y religioso... Hace usted muchas preguntas -afirmó Mijaíl dejando entrever ahora una sonrisa-. Es natural, y no se preocupe porque no me enfadan. Pero siga comiendo porque tiene que reponer fuerzas y se le enfría el plato.

- *Me cuesta mucho aceptar lo que me cuenta. ¡Menuda historia!*

- *¿Le parece increíble?*

- *No me encajan los detalles... ¡Un ángel que guisa y tiene hambre!*

- *Pues usted verá, puede dejar la lectura cuando desee.*

- *No se lo tome a mal, solo era un comentario improvisado.*

CAPÍTULO VIII

SEGUNDO DÍA, DON ZENÓN FERNÁNDEZ DE LA ENCINA

Don José comió poco porque se sació enseguida, debió ser por la falta de costumbre, pero permaneció sentado a la mesa por cortesía esperando a que Mijaíl también acabara. Mientras, anduvo pensando en qué hacer a continuación. Sentía la imperiosa necesidad de andar y disfrutar del aire libre, aun maliciando que solo le aguardaban rostros de miedo y rechazo en la calle porque él era un maldito muerto y nadie del pueblo querría acercársele. Pero, como temía no poder soportarlo, se dijo que lo mejor sería volver a su cuarto para dormir aunque le desagradara la idea.

- ¿Le apetece dar un paseo?

Mijaíl había leído sus pensamientos por segunda vez, y lo encontró normal dado que era un ángel. Entonces lo pensó mejor y se dijo que, puesto que lo habían resucitado, debía aprovechar el tiempo porque sospechaba que aquella inquietante tranquilidad iba a durar bien poco. Además, Mijaíl estaba en lo cierto, a pesar de los años pasados bajo una lápida aún se encontraba relativamente bien y el cuerpo le pedía hacer algo de ejercicio.

Justo al salir ambos a la calle llegó Omael, quien regresaba de la granja de María. Se acercó e hizo un aparte con Mijaíl. Mostraba un talante serio, al tiempo que mantenía una actitud cohibida y respetuosa con él, como la que se suele guardar ante un superior. Y hasta don José llegó entonces su apagado comentario de que la granjera no se encontraba bien y debía ayudarla. Mijaíl lo escuchó en

silencio y finalmente se limitó a asentir con la cabeza, como dando su permiso. Tras ello, el recién llegado volvió a marchar.

La Plaza Mayor continuaba desierta y sumida en una extraña mudez, hasta el punto de que, al atravesarla, el sonido de sus pisadas encontró eco mortecino en los muros de las viejas viviendas que la abrazaban. Parecía como si las grandes losas del pavimento quisieran subrayar la tristeza imperante con un repique desacompañado de apagados tambores. Mijaíl se detuvo durante unos instantes junto a la fuente central para contemplar los restos de amorcillo travieso que yacían al pie. Y don José creyó que se complacía en la contemplación de su pasada hazaña, pero luego entendió que se equivocaba al ver más pesar que satisfacción en su rostro a la vista de aquella ruina. Después tomaron por la calle de Enmedio, la principal de Villavieja, y avanzaron por ella sin prisas y en silencio, parándose a contemplar de vez en cuando algún edificio peculiar.

Villavieja se les mostraba inerte, rendida y callada debido al terror que la paralizaba. El temor al Juicio Final y a la muerte la había silenciado aun sin haber hecho aún acto de presencia, y solo el continuo y lejano runrún de la tormenta en la sierra rompía el silencio. En un par de ocasiones divisaron a algunos osados villaviejenses que habían abandonado sus refugios, pero enseguida huyeron como gazapos asustados por la presencia de podencos. Los escasos portones que encontraron medio abiertos en el camino se cerraron a su paso con precipitación y ruido empujados por manos invisibles. Luego, tras dejarlos a sus espaldas, era fácil intuir que algún visillo de un ventanal de la casa se recorría ligeramente para poder espiarlos.

- ¿Qué le parece el pueblo? -preguntó finalmente don José cuando ya llevaban un buen rato callejeando.

- No está mal, aunque lo encuentro muy solitario -afirmó Mijaíl.

- No esperará que estén de fiestas celebrando la buena nueva que les ha traído. ¡Menudo susto deben tener en el cuerpo!

- Así son las cosas -Mijaíl subrayó sus palabras con un gesto vago de fatalidad como disculpándose-. Por cierto, no he visto un solo niño desde que llegué.

- Probablemente siga sin haber ninguno porque Villavieja ya era una comadre estéril años antes de mi fallecimiento. Los jóvenes emigraron a la capital y ya no volvieron. Incluso soy incapaz de precisarle cuándo se produjo aquí el último nacimiento. Por eso cerraron la escuela y me jubilaron con antelación, no había niños a los que enseñar... La verdad es que los echo mucho de menos.

- ¿Fue maestro de escuela? -preguntó Mijaíl.

- Y enseñé a casi todos los del lugar con mediano provecho. Me gustaba la docencia y creo que la ejercí bien, con sentido y tacto, porque por aquel entonces yo sabía cómo era un niño y lo que podía dar de sí con tan solo olerlo. Sí señor, no se sorprenda -señaló don José al ver la expresión escéptica que mostraba Mijaíl-. Siempre tuve un gran olfato con la infancia y casi nunca me equivoqué en su diagnóstico. Igual que con los melones, perdóneme lo pedestre del ejemplo. En todo caso, y regresando al plano infantil, también debo reconocer ciertas limitaciones en cuanto a los resultados de mi docencia porque el diagnóstico acertado de la criatura no acarrea fatalmente el éxito. El tierno infante o infanta que era cebollino de nacimiento acababa algo menos cebollino tras pasar por mis manos, pero no curado del todo porque los milagros no eran lo mío. Luego, con el paso del tiempo, comprobé que ocurre lo mismo con los adultos. El olor también nos delata, solo que resulta algo más difícil el diagnóstico acertado porque tapamos nuestro verdadero ser bajo tramposas capas de apariencia.

- ¿Y yo qué tal le huelo?

- Usted me huele a melón soso y frío, conservado en cámara, lo que no es bueno para la maduración del fruto -remachó el maestro con inesperado atrevimiento.

Mijaíl le dirigió una mirada mitad sorprendida y mitad curiosa.

- No es muy halagador por su parte -apuntó-. Explíquese, por favor.

- ¿Necesita aclaración? Llegó aquí amenazando, mejor dicho, asegurándonos con distante corrección que llegó el día del Juicio Final y que el fin del mundo estaba en puertas. Todo con un par de frases y sin mover un músculo de la cara al manifestarlo... Es usted de una sosería y una frialdad pasmosas, permítame que se lo diga -don José se había animado y su voz cascada había subido algún tono más-. Opino que le faltó calor a su intervención en la plaza y también una mejor puesta en escena. En resumen, que resultó pobre a la vista de la trascendencia de lo anunciado. La Biblia describe actuaciones angélicas mucho más convincentes y brillantes en temas parecidos, siempre aderezadas con columnas de fuego, lluvias de azufre fundido, coros amenazantes, espadas flamígeras... Aunque también debo reconocer que lo de la fuente no estuvo del todo mal porque dejó a todo el pueblo temblando.

- Don José, esto no es un circo -reconvino Mijaíl.

- Aunque acepto que no hay que excederse con las florituras, ya que los bobos suelen quedar cegados por ellas, nunca está de más adornar los actos críticos con una buena liturgia porque refuerza la palabra, la adorna e incrementa la credibilidad del mensaje... ¡Ahí es

nada un Juicio Final y el fin del mundo! ¡Como si fueran una niñería y no mereciera la pena otorgarles todo el boato y rimbombancia que merecen! Por eso insisto en que se podía haber esmerado usted algo más al dar el mensaje.

- Estamos solo en los prolegómenos -comentó Mijaíl como disculpa, luego quedó unos instantes pensativo antes de añadir-. Veo que no me tiene miedo.

- Con los años disminuyó mi valor personal pero aumentó mi insolencia. Resabios de viejo. Además, no tengo nada que perder en esta particular situación porque me juzgaron al morir hace años y, por tanto, ya debo tener sentencia firme y destino.

Mijaíl se limitó ahora a mirarle y no añadió nada.

- Otra cosa -prosiguió don José-, y vuelvo a lo ocurrido en la Plaza Mayor. ¿Por qué apareció vistiendo el uniforme de coronel de la Guardia Civil?

- ¿Cree usted que alguien me habría escuchado si me hubiera asomado al balcón vestido de paisano? O lo que hubiera sido aún peor, ¿con túnica y alas de ángel?... Lo del tricornio impresiona a todos.

- ¿Ve cómo me da la razón en cuanto a la importancia de la liturgia?... Y acláreme otro punto: ¿por qué se retrasa el Juicio Final? Lo anunció hace ya casi veinticuatro horas, no ha ocurrido nada y los villaviejenses deben estar subiéndose por las paredes a cuenta de los nervios. Con este retraso usted está en camino de perder la credibilidad y el prestigio conseguido con la demostración de fuerza en la Plaza Mayor.

- Ha debido surgir algún imprevisto.

- ¡No me diga que no lo tienen todo calculado!

Mijaíl no respondió y don José entendió que no quería hablar más del tema. Y continuaron con sus pasos perdidos, caminando sin rumbo y sin objetivo concreto, desvelando viejas piedras y espantando a desprevenidos transeúntes que se aterrorizaban al verlos acercarse. Finalmente don José se decidió a romper de nuevo el silencio.

- ¿Puedo hacerle otra pregunta más?

- Usted verá.

- ¿Cómo es Dios?

- Esa es información reservada.

- Al menos deme una pista.

- Aunque quisiera hacerlo, no podría describirlo.

- ¿Acaso es un tipo raro? -insistió el maestro.

- Dios es un poco suyo y bastante particular porque por eso es

Dios, pero no es raro -sentenció Mijaíl con sequedad y cierto aire molesto.

- No se enfade y entiéndame. Cualquier humano se pasa media vida preguntándose si Dios existe o no existe; si nos parecemos a Él; si es un anciano o es joven; si es gruñón y vengativo o afable y misericordioso... Incluso algunos se preguntan si es hombre o mujer. Y casi todos nos cuestionamos si de verdad ama a sus criaturas porque suceden desgracias en este mundo que el común de los mortales no alcanza a entender. ¿Por qué las permite pudiendo corregirlas con su omnipotencia? Se lo pregunto por sana curiosidad, sin ánimo de molestar y solo por ver si saco algo en limpio sobre el más allá. Aun siendo un renovado mortal me surgen las mismas dudas que en mi vida anterior porque no me he traído un solo recuerdo tras mi regreso... Si es que hay un más allá, que esa es otra.

Mijaíl lo observaba en esos momentos con talante ceñudo.

- Pues de momento tendrá que seguir con las dudas -sentenció tajantemente.

- Sigo sin encajar que Mijaíl sea un ángel. Le falta gravedad, le falta pompa, le falta jactancia... ¡Hasta aguantó que lo llamara melón!

- Los tiempos cambian, y con ello las formas y las costumbres.

- Aun así, su comportamiento no es propio de un verdadero ángel.

- Buenas tardes, don Mijaíl. Permítame que me presente, soy Zenón Fernández de la Encina y Fuentes Corrientes. Mucho gusto en conocerle -afirmó tendiéndole la mano.

Acostumbrados a ver huyendo a cualquiera a su paso, no lo habían visto llegar. Don Zenón se había plantado improvisadamente ante ellos sombrero en mano, bien afeitado y peinado, y vistiendo un arrugado traje de indefinido color negro desvaído que viraba a verdoso o parduzco según le diera la luz. Acompañaba su ajado terno con una corbata iluminada por algún aceitoso lamparón y un fular percudido de seda, otrora blanco, al cuello. Y, amagando aires de antiguo y gran señor, mantenía a duras penas un monóculo encajado sobre su ojo izquierdo.

Aun teniendo igual nombre, nuestro Zenón había dirigido sus pasos desde su juventud por veredas muy alejadas de la senda propuesta por el gran Zenón de Citio, el filósofo griego creador de la escuela estoica que pregonó en su época la bondad y beneficios de la vida seria y virtuosa. En su caso concreto, de haber sido filósofo, habría sido

más bien un epicúreo en el sentido peyorativo del término porque desde siempre fue bastante juerguista, descarado y sinvergonzón. Oveja negra de los Fernández de la Encina -los antiguos caciques de Villavieja- era el último y único vástago vivo de su alta prosapia. Y, aprovechándose de ello, recorrió medio mundo dilapidando buena parte del patrimonio familiar ya que nunca se conformó con tan solo viajar y divertirse, sino que fue aplicado especialista en caer en todos los charcos del camino, cuanto más cenagosos mejor. Ya talludo y aparentemente arruinado había buscado refugio y abrigo en la vieja casa solariega de Villavieja, y allí vivía desde entonces en compañía de Manuela, su hoy ama de llaves y antaño joven criada de su madre.

Debido a su incorregible inclinación pícaro, al inicio de su retorno al pueblo propuso a los villaviejenses una serie de maravillosos negocios, a cual más exótico y descabado, donde se postuló como avisado gestor a cambio de un nada humilde estipendio que sus potenciales socios capitalistas habrían de costear. Pero como nadie entendía de mandangas, por más que las sustentase con sesudas palabras, ninguno se dejó arrastrar por su traqueteada y ampulosa verborrea. A partir de ahí hubo de conformarse con dar un sablazo de tarde en tarde a algún alma bondadosa de la villa que, intuyendo aprietos económicos, se dejaba engañar por caridad. Aun contando con ello, nadie se explicaba cómo y de qué vivía. Algunos aventuraban que Manuela lo mantenía vendiendo en almoneda el ajuar de la casona ya que se trasladaba a la capital con un hatillo cada final de mes para después regresar a Villavieja sin esa carga... Pero solo era un suponer por no callar.

Y nuestro arriscado Zenón también saludó cortésmente a don José sin dar muestra alguna de rechazo hacia él aunque a renglón seguido le rogó que lo dejara unos instantes a solas con Mijaíl. Conseguido esto, pasó a informar al ángel con voz campanuda acerca de su persona, poniendo especial énfasis en describir su dilatada y profunda experiencia como asesor de diversos líderes del orbe terrestre, incluidos papas y reyes.

- Resumiendo todo lo descrito, yo he sido un afamado coach de grandes hombres -afirmó rematando su parlamento.

- ¿Y cree que necesito su ayuda? -apuntó Mijaíl dejando entrever una media sonrisa.

- Sin duda alguna porque usted tiene un grave problema de enfoque estratégico, don Mijaíl -afirmó tajantemente Zenón al tiempo que atrapaba su monóculo en el aire que acababa de desprenderse de su cobijo orbital.

- ¿Ah, sí? Explíquemelo.

- Resulta evidente para cualquier observador especializado como yo. Usted ha entrado en Villavieja como elefante en cacharrería, creando un halo de temor en torno a su figura que no le hace ningún bien. Y con el miedo se acoquina a las personas, pero no se las convence. Sepa que con mi ayuda alcanzará sus objetivos sin daño para su imagen y ahorrándole de paso esfuerzos y disgustos con la plebe. ¿Que usted quiere un Juicio Final?... Ningún problema, yo se lo organizo sin recurrir a amenazas ni estridencias porque tengo un gran ascendiente sobre las gentes de esta villa. Otórgueme esta misión, y yo le garantizo que los villaviejenses irán contentos y satisfechos al acto olvidando sus temores y reservas.

- Elefante en cacharrería... ¡Menudo día llevo entre uno y otro! -murmuró Mijaíl recordando lo manifestado antes por Don José.- Pues yo pensaba que incluso estuve demasiado suave durante mi intervención en la plaza. Bien, ¿y qué quiere usted a cambio de sus servicios?

- Nada material, se lo aseguro. En estas circunstancias tan solo aspiro a obtener recompensas espirituales.

- ¿Del tipo?

- Sabrá usted, y si no yo se lo aclaro ahora mismo, que los Fernández de la Encina somos de muy rancio linaje. Respetados y distinguidos por todos allá por donde pasamos y particularmente por los habitantes de este pueblo sobre el que mandamos durante centurias... Verá, en un tiempo recorrí el mundo impulsado por mis profundas inquietudes culturales y mi afán de aventuras. Y reconozco que tuve por aquel entonces una vida algo agitada, incluso airada en ciertos momentos, siempre forzado por las circunstancias en las que me hallaba. Comprenda que, al asesorar a muy altos personajes y estar tan cerca del poder absoluto, fatalmente me salpicó parte de la corrupción que les suele acompañar. ¡Gajes del oficio!... Los villaviejenses son gente sencilla y buena, aunque algo toscos y no muy dados a entender lo que ocurre en el mundo real ya que viven encerrados entre montañas y ven de lejos la modernidad. Por ello, consciente de la cortedad de miras que secularmente padecen mis hoy conciudadanos y años ha antiguos vasallos, me pregunto...

Don Zenón titubeaba, divagaba y parecía no encontrar el camino para exponer su demanda. Se le notaba nervioso, cosa rara en él.

- Me pregunto -repitió arrancando por fin-, si sería posible que el Juicio Final se me hiciera en privado porque el pueblo llano nunca entendería algunos de mis pasados deslices. No tanto por mí, no crea, que me sé pecador y tengo previsto visitar a don Zacarías en cualquier

momento para confesarle todas mis faltas, sino por respeto al linaje y prestigio de mis ancestros, los Fernández de la Encina.

- Eso no depende de mí.

- ¿De quién entonces?

- De alguien muchísimo más alto.

- ¿Le podría trasladar mi petición?

- Me temo que no. Y no se preocupe por el juicio porque cualquier mortal tiene cargas ocultas en las alforjas, ya que nadie es perfecto. Llegado el momento usted mismo podrá comparar el peso relativo de cada una de ellas.

- ¡Lástima!

A don Zenón se le había agrisado súbitamente la expresión tras escuchar la negativa del ángel y se mostró hundido por unos instantes, pero se repuso pronto para proseguir con su discurso.

- Lo lamento sinceramente porque no es bueno que el respeto que la plebe atesora en su corazón hacia los que antaño fueron sus guías se pueda ver mancillado por unas pequeñas faltas fruto de mi azarosa vida mundana. En todo caso, no deje de considerar mi oferta ya que podría serle muy beneficiosa. Medítela con tranquilidad, se lo ruego. Le insisto en que usted tiene un fuerte problema de enfoque estratégico y de imagen, y yo se lo puedo solucionar.

- Le aseguro que no necesito su ayuda, pero en todo caso le agradezco su ofrecimiento.

- En fin, llegados a este punto y a la vista de su negativa, me retiro. Tenga usted un buen día y sepa que permanezco a su disposición por si cambiara de criterio.

Y un don Zenón cariacontecido irguió su débil figura, caló su sombrero, encajó de nuevo el monóculo con gesto altivo y se fue calle adelante cargando con el peso de su alma atribulada.

- Hay vendedores de humo en todas partes y bajo cualquier situación.

- Y almas cándidas que lo compran. Pero aquí Zenón topó en roca.

- Era lógico, ¡cualquiera engaña a un ángel!

- ¿Qué le ocurre a don Zenón? -preguntó don José a Mijaíl tras volver a reunirse.

- Lo que a muchos. Teme que se hagan públicas sus faltas durante el Juicio Final.

- No me extraña, cualquiera lleva mal lo de enseñar las vergüenzas.

Pero dígame, ¿será así en realidad?

- No me busque las vueltas de nuevo. Esa también es información reservada, ya lo verá en su momento.

- Será curioso escuchar entonces las declaraciones de los juzgados... Porque supongo que será un juicio serio y nos darán la oportunidad de defendernos, ¿no? -apuntó don José-. El que mató dirá que fue sin querer o en defensa propia. El que robó mantendrá que no fue tal cosa, sino que encontró aquello por el camino y lo recogió casi sin querer. El hombre que poseyó adúlteramente a muchas mujeres se las verá y deseará para explicar tanta pluralidad, e igual ocurrirá con la mujer que se encuentre en paralelas circunstancias. El rico avaro que acumuló riquezas se defenderá diciendo que solo esperaba a tenerlas todas para, una vez conseguidas, poder dedicarse a amar a Dios por encima de todas ellas y con total entusiasmo. El político corrupto expondrá mil razones para justificar su hacer torcido con discursos bien sonantes aunque sin contenido. El juez injusto se lavará las manos diciendo que sus decisiones torcidas siempre se ajustaron al espíritu de la ley..., de su ley, claro está. El que abusó de otros dirá que lo hizo para beneficiarlos luego, más tarde, cuando pudiera. El que desamparó a su prójimo caído en desgracia dirá que no se dio cuenta de su necesidad... Resultará un acto divertido, ¿no cree? Incluso puede que veamos a algún pobre de espíritu reconociendo humildemente sus faltas y pidiendo perdón por ellas.

- Bienaventurados los pobres de espíritu porque de ellos es el reino de los cielos... Don José, veo que tiene usted muy mala opinión de su prójimo, ¿acaso se considera mejor que ellos?

- ¡Ni mucho menos! Simplemente extrapolo la que en el fondo tengo de mí mismo.

CAPÍTULO IX

SEGUNDO DÍA, LAS CONFESIONES DE DOSIA Y CONSUELO

En aquellos mismos instantes Eudisia Rancajo, la que fuera mujer del resucitado Remigio Cantalapiedra también conocido por Tirocorto, se postraba ante la rejilla del confesionario. Mientras lo hacía, don Zacarías recorrió por un instante la cortinilla del cubículo, echó un vistazo hacia la nave de la iglesia y suspiró aliviado. No quedaba nadie más haciendo cola por lo que podría tomarse un café tras acabar con la confesión de aquella feligresa.

- Ave María purísima.
- Sin pecado concebida.
- Padre, soy Dosia y de momento solo vengo en busca de consejo.
- ¿No deseas confesarte?
- Quizás luego, primero tiene que resolverme una duda para saber qué camino debo tomar.

Y Dosia, con un cierto temblor en la voz que daba fe de su incertidumbre, le contó su triste situación. Tras lo sucedido en la Plaza Mayor, Remigio había abandonado la alcaldía, se había plantado lloroso ante la puerta de su casa y la había amenazado con no moverse de allí si no lo escuchaba.

- Me rogó gimoteando que lo dejara entrar porque, si tenía que morirse otra vez con la llegada del fin del mundo, quería estar a mi lado.

- Lógico porque sé que te quiso mucho. ¿Y qué hiciste?
- ¿Qué quería que hiciese? ¿Acaso le podía negar cobijo otra vez?

Lo dejé pasar a casa -con permiso de mi marido Jacinto, claro está- porque bajaba un viento helador de la serranía y me daba mucha pena verlo tan poquita cosa, estremecido de frío, apenado y desasistido. Además, me puso unos ojitos que hubieran enternecido a cualquiera; parecía un perrillo abandonado rogando una caricia por compasión.

- Bien hecho, Dosia. Lo tuyo fue un acto de caridad muy meritorio dada la situación general y las circunstancias particulares que confluyen en Remigio. Y él te lo debe estar agradeciendo de todo corazón porque, hasta bien poco antes, medio Villavieja quería quemarlo vivo. Tu generosa ayuda dice mucho en tu favor, eres una buena cristiana y Dios te lo pagará.

- No, si hasta ahí no tengo grandes dudas sobre mi comportamiento. Mis problemas vinieron luego, una vez entró en casa... Y desde entonces estoy que no vivo en mí.

- ¿Cómo santa Teresa?

- No creo que la santa se viera jamás en apuros parecidos al mío. No me pegan de un convento.

Y Dosia le relató que apenas pudo dormir durante la noche pasada y que no paró de dar vueltas en la cama pensando en lo que ocurría. De madrugada se levantó y se dirigió a la cocina a tomarse una tila -«que no sabe usted bien los nervios que yo tengo desde que reapareció este hombre»- y mientras estaba pendiente del fuego sintió que la abrazaban por detrás y pensó que era Jacinto que la consolaba.

- ¿Qué tiene de raro que te abrace tu marido? -preguntó don Zacarías- ¿Por qué te apuras?

- ¡Caray, padre!, porque resultó que no era Jacinto.

- ¡Santa Madre de Dios! ¿Y consentiste?

- Consentí, padre, hasta darme cuenta de quién era realmente -anunció Dosia con voz contrita.

- Hiciste lo correcto... Doy por supuesto que después lo rechazaste.

- Pues no, don Zacarías, y ahí está el problema. Lo cierto es que consentí algo más... No demasiado pero sí lo bastante como para sentirme ahora algo culpable. En mi descargo vaya que nos quisimos mucho y que el pobre está muy falto de cariño tras los años pasados bajo tierra.

- Ya veo, ¡menudo problema! -murmuró a media voz don Zacarías quien a renglón seguido enmudeció durante unos instantes antes de proseguir-. Creo que no te queda más remedio que confesarte.

- ¿Confesarme de qué? -la voz de Dosia sonaba ahora firme y ligeramente desafiante-. Eso es lo que yo quiero saber porque tampoco estoy dispuesta a cargar con pecados que no me correspondan.

- Recuerda aquello de «hasta que la muerte os separe» y, en consecuencia, considera que Remigio ya no es tu marido

- No me olvido de su muerte, pero ahora mismo está vivo y de vuelta. Y ahora pregunto: ¿quién es mi verdadero marido? ¿Remigio o Jacinto?... ¿O acaso lo son los dos?

Don Zacarías sintió que el mundo se le venía encima. No había parado de escuchar las cuitas de unos y otros a lo largo del día, estaba reventado de cansancio y él también tenía los nervios a flor de piel. Aquel nuevo problema de profundo carácter teológico lo superaba. ¿Quién era él para crear doctrina sobre un hecho tan inusual, áspero y peliagudo?

- Escucha, Dosia, sinceramente no sé qué decirte -respondió tras un nuevo y prolongado silencio-. Debería consultar con el señor obispo para poder darte una respuesta formal... Y me temo que él también tendría que plantearse a alguien de más arriba antes de responder, posiblemente al mismo papa. Y muy probablemente su santidad tampoco sabría qué camino tomar a bote pronto ya que el problema se las trae. Conociendo al Vaticano muy de lejos, no me equivoco mucho si aventuro que la respuesta tardaría años en llegar, si es que finalmente llega porque la jerarquía sabe muy bien que cuando calla nunca se equivoca. Y no tenemos tiempo para nada de eso ya que el fin del mundo nos acecha... Dicho lo cual, hija mía, sigue lo que te aconseje tu conciencia ya que no tengo una respuesta mejor. Aunque por precaución y dado que el tiempo nos apremia, te absuelvo de todos tus pecados, sean ciertos o figurados, sin más historias -remató don Zacarías al tiempo que la bendecía otorgando su perdón-. Que esto sí puedo hacerlo sin tener que consultar a nadie.

- Me aclara usted muy poco con esa llamada a mi conciencia -anunció quejosa Dosia-. Escuche, don Zacarías, yo quería muchísimo a mi Remigio porque fue el amor de mi juventud, el sol de los dorados días de mi primavera, el que me robó a escondidas en cualquier rincón los primeros besos y caricias, el centro de mis nacientes ilusiones de mujer... Fui muy feliz a su lado hasta que me lo arrebataron; y con su muerte se hundieron mi mundo, mis alegrías y mis esperanzas... Luego, afortunadamente, apareció Jacinto en medio de mi desgracia y con él llegó mi salvación. Una nueva lealtad, la seguridad de su compañía, el sostén de quien te protege, el calor de quien te quiere...

- No hija, si yo te entiendo, no tienes que darme más explicaciones... ¿Sabes ya qué vas a hacer?

- ¡Y yo qué sé! Le estoy diciendo que quiero a los dos, ¿aún no se ha dado cuenta?

- *Ya lo decía usted antes, a las mujeres les cuesta mucho tomar decisiones tajantes en momentos de apuro.*
- *Hay que disculpar a la pobre Dosia, ¡menuda papeleta encontrarse con dos maridos! ¿Qué hubiera hecho usted si de sopetón se encontrara casado con dos mujeres?*
- *¿A mis años?... salir corriendo.*

El señor cura quedó bastante descolocado y cabizbajo tras la consulta que no confesión formal de su feligresa. Conocía sus limitaciones, él era tan solo un voluntarioso cura de pueblo y poco más. Jamás tuvo otras aspiraciones y nunca se le pasó por la imaginación tener que bregar con un asunto de tal calibre en el confesionario. El problema era absolutamente inusual y en el seminario no había tocado ni de lejos un caso parecido. Aun así se sintió culpable por no haber sabido transmitir algún consuelo que calmara los agobios de Dosia. Y decidió quedarse allí mismo meditando durante unos instantes, buscando sosiego en la silente oración, antes de irse a tomar el soñado café. Envuelto en el olor a madera vieja mil veces encerada del renegrido confesionario, pidió fuerzas al Altísimo para enfrentar aquel reto del Juicio Final sin defraudar a sus feligreses...

- Ave María Purísima.
- Sin pecado concebida -respondió nuestro cura, irguiéndose en su asiento y sacando fuerzas de flaqueza mientras se decía que la tarea aún no había acabado.
- Don Zacarías, soy Consuelo, la de Villa Nancy. ¿Me podría confesar?
- Por supuesto, hija mía.

- *Las ovejas descarriadas vuelven al redil en cuanto divisan las orejas del lobo.*
- *Dígame qué hubiera hecho usted en la misma situación.*
- *Guardar cola ante el confesionario como casi todo el mundo.*

La tarde había caído, y el médico y el cura se habían vuelto a reencontrar. Llevaban un buen rato en silencio, descansando del ajetreado día sobre sendos sillones en el despacho parroquial, y don Zacarías había tenido que preparar él mismo un café de pote porque el bar de la plaza seguía cerrado.

- Había olvidado cómo sabe y tiene su gracia encontrarse con zurrapillas al beberlo. Me recuerdan tiempos pasados que fueron gratos aun a pesar de la escasez reinante por entonces. Además, este

me ha salido muy bueno y consuela mucho, ¡porque menuda paliza me estoy llevando con tanta confesión! Había perdido la costumbre, como con las zurrapas, ya que últimamente no se confesaba ni Dios. Así que esta situación, aun siendo escalofriante, me está dando al tiempo algunas satisfacciones -comentó don Zacarías mientras se calentaba las manos con el tazón que sostenía.

- Me contará usted por qué -rumió el médico.

- Casi todo el pueblo se acostará esta noche en paz con el Altísimo y con su conciencia. Ha sido un día de mucho trabajo, un no parar, pero creo que ya solo me quedan unas pocas almas por atender -afirmó dirigiendo una mirada inquisitoria hacia el médico que no se dio por aludido-. Y eso supone un más que digno remate a mi carrera de apostolado.

- Sí, pero dormirán gracias a mis somníferos porque tienen la espada de Damocles suspendida sobre sus cabezas y eso no se olvida fácilmente -afirmó el galeno con rotundidad-. Y no se confíe porque los paliativos, ya sean espirituales o farmacéuticos, probablemente dejarán de hacer efecto mañana por la mañana y entonces volverán las crisis de histeria y de ansiedad... Así que no cante victoria porque todo irá a peor según siga pasando el tiempo.

- ¿Dan ustedes su permiso?

La puerta del despacho parroquial se había entreabierto posibilitando que la recia cabeza del sargento Periañez asomara por el hueco.

- Por supuesto, sargento, adelante.

Periañez avanzó serio y envarado hasta situarse frente a ellos y entonces se cuadró dando al tiempo un sonoro taconazo.

- Vengo a poner en su conocimiento que el alcalde de Villavieja, don Arcadio Cifuentes, ha salido de naja y abandonado el cargo -anunció con voz campanuda-. Hacia el mediodía apareció por mi casa disfrazado de minero, llevando casco, mono, carbura, linternas, cuerdas, pico, zapa y qué sé yo cuántas cosas más. Le acompañaban el cabo Carranque y el agente García, aunque estos iban de uniforme y no disfrazados. Me afirmó rotundo que no se creía la historia del Juicio Final y me ordenó llevarles en el todoterreno hasta la vieja mina de su propiedad en la sierra porque, según dijo, él estaba dispuesto a sacrificarse por Villavieja y sabía de una antigua galería medio hundida que atravesaba los montes. Si daba con ella, se llegaría corriendo a la capital para pedir ayuda porque mantiene que el supuesto coronel es un sinvergüenza y un quinqui.

- ¡Le avisé que se quitaría de en medio! -recordó don Práxedes al señor cura-. Siempre le faltaron redaños.

- No sé, igual le mueve un interés sincero por el pueblo -matizó don Zacarías-. Démosle un margen de confianza.

- Ni margen ni gaitas, señor cura -terció el sargento-. Estoy seguro de que solo busca esconderse en lo más profundo de la montaña por ver si no le alcanza lo del Juicio Final. De entrada dio instrucciones a Carranque y García para que custodiaran la entrada de la mina impidiendo el acceso a cualquiera mientras él estuviese de exploración. Luego me ordenó permanecer firme en mi puesto en el pueblo pasase lo que pasase, y añadió que me metería personalmente en el calabozo si no lo hacía y se producía un solo robo o incidente en Villavieja a partir de ese momento.

- ¡Menuda cara! -sentenció el médico.

- Yo le respondí que me daba igual, y que si a alguno del pueblo le quedan ganas de robar en esta situación, pues que robe. Y que si yo lo veo igual lo ayudo a cargar con lo rebañado... Así que les dejé en la bocamina y, tras hacerle un corte de manga a don Arcadio, regresé a mi casa con la intención de no moverme de ella, cogermela tranquilamente una curda y después dormirla hasta que llegue lo del juicio ese... Pero mi honor y mi conciencia me impiden andar tocándome las narices con todo este lío en marcha -añadió el sargento sacando pecho e irguiendo aún más la figura.

- Le aplaudo su gesto -felicité el médico.

- Y añadido que, como usted quedó en segundo lugar en las últimas elecciones y el alcalde ha tomado las de Villadiego desertando de sus obligaciones, me pongo a sus órdenes para lo que desee mandar. Para mí, don Práxedes, usted es el nuevo alcalde y este policía municipal permanecerá fiel a su autoridad mientras esté con vida -dramatizó Periañez mientras volvía a cuadrarse dando un nuevo y sonoro taconazo.

- Y yo apoyo firmemente la moción -subrayó don Zacarías.

- En verdad, no sé qué decirles -murmuró el médico ligeramente emocionado-. Pero su ayuda nos vendrá muy bien, sargento, aunque no quiero ocultarle que estamos bastante desconcertados.

- ¿Saben lo que opino? -apuntó entonces Periañez-. Que a pesar de mi desafecto y mis críticas a su persona, don Arcadio Cifuentes podría tener alguna razón. Aquí pasa algo raro porque, tras mucho amenazar ese tal Mijaíl con lo del Juicio Final y el fin del mundo, han transcurrido casi veinticuatro horas y no ha sucedido nada. ¿Será todo una farsa?

- Podría ser -dudó el cura-. Pero también cabe la posibilidad de que nos hayan concedido un cierto margen de tiempo para que

arreglemos nuestras almas. En cuanto a si es o no es una farsa, ¿le pareció poca demostración de fuerza la voladura de la fuente? ¿Y acaso no hemos visto a los muertos bien resucitados?

- En eso tiene usted razón, señor cura, lo de los muertos vivientes es difícil de olvidar. Y también reconozco que un cañonazo no lo hubiera hecho mejor con el amorcillo de la fuente. Ambas cosas refuerzan la teoría del Juicio Final, pero no explican ni justifican su retraso. En todo caso, si aceptamos que Mijaíl es realmente un enviado de Dios, lo que no me cuadra porque tiene un nombre ruso -manifestó el municipal que siempre fue muy de derechas-, ¿qué debería ocurrir a continuación?

- Aparecerá en el cielo la señal del Hijo del Hombre anunciando su llegada. Según la tradición cristiana veremos en el firmamento una enorme y luminosa cruz que alumbrará toda la Tierra... Y tras ello vendrá lo demás, el Juicio Final y después el fin del mundo.

- Pues, salvo los nubarrones de tormenta, los rayos y truenos, y la lluvia torrencial en la sierra, no hemos visto nada de eso. Mientras, la incertidumbre nos come los nervios y como dice el pueblo llano: ni cenamos ni se muere padre... ¿Se imaginan lo que ocurrirá si se prolonga esta situación durante muchos días? -se preguntó retóricamente don Práxedes-. Que acabaremos matándonos unos a otros por un quitame allá esas pajas a cuenta de la tensión generada. Si Mijaíl fuera de verdad un enviado de Dios, debería comunicarnos sus planes en detalle y no mantenernos a oscuras y con el alma en vilo. Se está ensañando con nosotros, ¿no les parece?... Por cierto, ¿sabemos dónde para?

- Lo sabemos porque he encargado su vigilancia a algunos de mis feligreses -afirmó don Zacarías poniendo un cierto énfasis de superioridad en la voz-. Se aloja en la fonda de Eustaquio, en la plaza. Y don José también porque aquella fue su pensión en vida y no tiene otro sitio adonde ir.

- ¿Por qué los vigila? -preguntó el médico.

- Por si en realidad fueran demonios. Tampoco hay que perder de vista esa posibilidad.

- ¡Lo que me faltaba! -rechazó el galeno.

- No es probable, pero el Maligno adopta muy diversas apariencias cuando quiere confundir a los mortales.

- Extraña tentación la del Maligno, don Zacarías, que se disfraza de coronel de la Benemérita y nos amenaza al tiempo con el Juicio Final. Por cierto, ¿qué fue de los otros dos resucitados?

- Según mi información, Remigio está en casa de su mujer o de su viuda o de lo que sea -respondió don Zacarías-. Y Conchito, el muy

pendón, se escapó a Villa Nancy en busca de Consuelo tras el follón de ayer noche. Yo ya sabía de buena fuente que anduvieron medio liados hace años, lo que no estuvo nada bien, y ahora quiere reanudar la relación... Va dado porque ella vino hoy a confesarse y me ha jurado que mantendrá a raya a su admirador y que abandonará su irregular vida a partir de ahora. Un poco tarde y al final del camino, la verdad sea dicha, pero le alabo su casta decisión en cualquier caso. Y debo añadir con orgullo que me ha proporcionado una de las grandes alegrías del día, ¡una oveja descarriada ha vuelto al rebaño!

- ¿Y Rarra, o como se llame?

- Debe estar en la granja de María. Nadie lo ha visto desde los sucesos de anoche.

- Señores, no hay que rendirse -el médico dejaba entrever ahora un cierto tono dramático en su voz-. Aunque Mijaíl sea un enviado de Dios, y conste que no acabo de creérmelo, no puede llegar aquí anunciando el fin de nuestros días sin dar explicaciones porque eso no es democrático ni participativo. Y las fuerzas vivas tenemos que dar un paso al frente para intentar defender a nuestro amado pueblo aunque para ello tengamos que enfrentarnos al sursuncorda... ¿Cuento con la ayuda de la policía, sargento?

- Por supuesto, señor alcalde. Y sepa que guardo un subfusil en el cuartelillo que nos puede venir muy bien en caso necesario.

- De momento evitaremos toda clase de violencia, esperemos a ver cómo transcurren las próximas horas y ya decidiremos... ¿Y también puedo contar con la Iglesia? -añadió dirigiéndose ahora a don Zacarías.

- ¡Hombre! -saltó rápidamente el señor cura-, si su sursuncorda es quien yo me imagino que es, me va a resultar muy complicado, por no decir imposible, plantarle cara. Piense que represento a sus ideas aquí abajo y si me rebelo me iba a dar más palos que a una estera.

- No creo que se lo tome en consideración porque todo nuestro esfuerzo irá dirigido a ayudar a nuestros semejantes. Acuérdesse de lo de «amar al prójimo como a nosotros mismos».

- Lo recuerdo perfectamente. Pero también recuerdo lo de «amar a Dios sobre todas las cosas».

- Decídase, o uno o los otros -conminó el médico.

- Hasta ahora nunca han sido incompatibles. Cuente también conmigo.

- *Cuando todo se derrumba y la voluntad se achica siempre surgen algunos rebeldes capaces de liderar la resistencia.*

- *Esa es la grandeza del ser humano.*

CAPÍTULO X

SEGUNDO DÍA, OTRA VEZ CONSUELO Y LAS DUDAS DE DON ZACARÍAS

Tras abandonar los visitantes la casa parroquial, don Zacarías pasó a la iglesia porque había decidido mantenerla abierta toda esa noche por si alguien buscaba consuelo en la oración. Y gruñó para sí mismo al entrar y ver los suelos sucios y llenos de papeles. Pero a renglón seguido pensó que aquello era bueno en el fondo, una clara prueba de que su iglesia estaba viva, abierta a todos, y de que había sido muy visitada a lo largo del día. Y también pensó en que se había equivocado al abroncar y apartar de sus responsabilidades a Marcelino, el sacristán, porque a ver quién limpiaba ahora toda aquella suciedad...

El templo se encontraba en esos momentos casi desierto porque solo vio a una mujer junto al confesionario. Se dirigió hacia ella.

- Buenas noches, hija.

- ¡Qué bueno, don Zacarías! Le estaba esperando.

- Consuelo... ¿qué haces aquí otra vez?

- Quiero confesarme, padre -le respondió con expresión compungida mientras humillaba su cabeza.

- Si acabas de hacerlo esta tarde... ¿No puedes esperar a mañana?

- No padre. De nuevo he pecado y no está la situación para bromas ni dilaciones. Esta misma noche podría llegar el Juicio Final.

Don Zacarías, con gesto cansino, extrajo la estola de penitenciar de un bolsillo, se la puso al cuello y entró en el confesionario. Estaba rendido por la fatiga, pero el deber era el deber.

- Ave María Purísima.

- Sin pecado concebida.

- A ver, cuéntame.

- Don Zacarías, Conchito...

- Consuelo, ¡mira que te pedí que lo mantuvieras a raya!

- Sí padre, y le juro que traté de hacerlo..., sin mucho éxito. ¡No vea usted cómo ha vuelto de la tumba! ¡De lo más zalamero y sobón! Y con tanto insistir... Además, a mí me da mucha pena verlo cojito y solo en la vida porque en el fondo -su voz se tornó súbitamente temblorosa- soy muy sentimental y lo pasé muy mal cuando murió. Sepa que Conchito me gustó desde siempre aunque me pareciera muy poco de fiar por zascandil, sinvergonzón y bullanguero. Pero también se mostraba muy cariñoso conmigo y siempre me trató con mucho tacto y respeto... Don Zacarías, me da mucha vergüenza contarle esto aunque pienso que, por aquello del confesionario, usted ha debido oír ya de todo y no se sorprenderá.

Arrodillada frente a la rejilla, su tono de su voz, cuajado de matices de humillado arrepentimiento, se había ido apagando a medida que hablaba.

- Bien sabe lo que soy, don Zacarías. O lo que fui, eso espero, porque ahora estoy dispuesta a hacer borrón y cuenta nueva... Le contaré un secreto: Conchito es el único hombre que me ha dicho alguna vez «te quiero» en toda mi vida. ¡No sabe lo que vale eso! Y sé que era sincero porque me lo susurraba medio dormido cuando tras..., tras eso, usted ya me entiende, se acurrucaba en mis brazos. Conozco a los hombres y sé que no era teatro, estoy segura. Pero con la vida que yo llevaba nunca me atreví a decirle que también lo quería por temor a que le sonara a falso y me rechazara. Tenga en cuenta que solo padecí amores egoístas donde debía ofrecerme a cambio de poco o nada. Al principio veía ilusionada en el menor gesto de afecto -una pequeña caricia, una palabra amable o una sonrisa- la antesala del verdadero amor que tanto anhelaba. Pero enseguida caía en la cuenta de que no era así, que jamás lo sería porque mi afecto leal no recibía respuesta y que aquello no era amor. Dar sin recibir es muy doloroso, don Zacarías, y agostó mi alma. Pero me convencí a mí misma de que era lo normal, que era lo justo, que así debía ser... Y sumisamente lo acepté abandonando toda esperanza. Pero con Conchito renací, aunque por poco tiempo ya que mi vida y la suerte estaban reñidas. Y cuando falleció murieron también mis pobres sueños imposibles. Comprenda que ahora hayan revivido aquellas viejas ansias y esperanzas con su regreso porque soñar no cuesta nada, ¿verdad?

A Consuelo se le quebró totalmente la voz y calló por unos instantes.

- En fin, de ilusión también se vive, don Zacarías -afirmó finalmente dando un gran suspiro y dejando aflorar una sonrisa triste-. Soy una tonta, ¿no le parece?

- No, no me parece -respondió con firmeza el señor cura mientras pensaba que era la confesión más hermosa que había escuchado en muchísimo tiempo.

Don Zacarías, entre gozoso y emocionado, absolvió lógicamente a Consuelo de todos sus pecados. Y al tiempo le impuso una pena curiosa.

- Como penitencia me rezas un padrenuestro, un avemaría y un gloria para que el Altísimo te dé fuerzas para resistir a nuevas tentaciones. Y, en añadido, mañana te quiero aquí a las ocho y media en punto para que limpies a fondo la iglesia. Está hecha un desastre porque he dado la baja temporal al sacristán.

Obviamente don Zacarías sabía que aquella era una penitencia atípica, claramente irregular y muy criticable, pero al tiempo práctica y bien intencionada. Mientras Consuelo estuviera limpiando el templo, estaría a resguardo de la voracidad de Conchito.

- En resumen, que aplicó aquello de quien quita la ocasión, quita el peligro.

- Exactamente.

Don Zacarías acababa de acostarse. Y estando inmerso en esa duermevela previa al sueño, dando vueltas en la cabeza a los acontecimientos del día en tanto encontraba la mejor postura para descansar, dio repentinamente un salto de la cama, encendió la lámpara de la mesilla y corrió a la iglesia. Sin detenerse en el templo, irrumpió en la sacristía y tomó un libro de una de sus estanterías. Lo abrió y pasó nervioso sus hojas hasta que finalmente halló lo que buscaba. Leyó nervioso unas líneas y después hubo de sentarse y respirar hondo para calmar su excitación. Una nueva esperanza iluminaba su alma. Mijaíl no era exactamente un nombre eslavo como al principio pensó porque su origen era muy distinto. Su etimología lo enraizaba en el griego, «Mi-ja-il», y al tiempo en el hebreo, «Mica-el». Y en ambas lenguas equivalía a una misma pregunta: «¿Quién como Dios?»

Entonces rememoró a su tía Anita, la de la aldea de Ferreiros, quien al llegar el día de san Miguel Arcángel, cada veintinueve de septiembre, se pasaba toda la jornada preguntándose en voz alta:

- ¿Quién como Dios?

Y enseguida ella misma se respondía con suma energía:

- ¡Nadie como Dios!

Al fin entendía el porqué de la breve, repetitiva, monocorde e interminable letanía que su tía jamás le supo justificar con claridad.

- Hay que celebrar a san Miguel con mucho respeto y consideración, Zacarías -le decía la tía Anita-. Y esta es una oración sencilla y fácil de recordar que está dedicada a un arcángel muy destacado de la corte celestial. Porque por un lado es el jefe de los ejércitos angelicales que luchan contra el mal, tarea importante y de mucha envidia, ¿no crees, moción? Y por otro lado resulta que, cuando llegue el Juicio Final, él estará presente con una romana en las manos pesando nuestras almas, y según como te la pese te mandará al cielo o a las calderas de Pedro Botero. Así que yo le profeso una gran devoción porque no quiero caerle mal y que me envíe al infierno por unos pecadillos de nada.

El coronel de la Guardia Civil aparecido en la alcaldía podría ser muy bien el arcángel Miguel, el brazo fuerte y armado de Dios, el vencedor de Lucifer, el capitán de los huestes leales... Un escalofrío recorrió su cuerpo mitad por la excitación y mitad porque andaba descalzo sobre el frío suelo de piedra. Trastornado por esa sorpresiva posibilidad que le abría un nuevo horizonte de dudas, lentamente regresó al templo y se puso de rodillas ante el sagrario suplicando perdón.

Porque don Zacarías también necesitaba confesarse. Era el único habitante del pueblo que no podía recibir tal beneficio espiritual por carecer de contraparte y se sentía desamparado con ello. Los últimos años habían sido muy difíciles en lo anímico, ya que se vio sumido en una profunda crisis de fe que no había sabido superar del todo. Se inició cuando comenzó a dudar de un tema aparentemente sin importancia: la festividad de san Cartucho. Era una fiesta de profundo y rancio arraigo en Villavieja que vino motivada antaño por la próxima incorporación de los quintos a filas. Y consistía en la celebración de una misa de despedida a los mozos, que se realizaba al pie del calvario sito en las afueras del pueblo, a la que seguía una cuchipanda campera en torno a unas perolas de judiones y unas sartenes de patatas revolconas con chorizo frito. Todo ello bien regado con mucho vino y generoso aguardiente para facilitar la digestión de tan sólidos alimentos, con lo que la fiesta finalizaba fatalmente en medio de un cierto relajamiento de costumbres y con más de una pareja buscando cobijo entre los cañaverales del cercano río. A don Zacarías le pareció siempre más pagana que cristiana ya que carecía de justificación alguna en el santoral, puesto que el tal «Cartucho» tenía por único referente la

munición del fusil que habrían de cargar los conscriptos en pocos días y resultaba muy poco serio hacerle un hueco en el escandallo de santos. Así que un buen año le dio una ventolera y decidió suprimirla de las celebraciones de su calendario parroquial. Aun siendo lógica y justificada la decisión porque se había acabado recientemente lo de la mili y ya no había quintos, esta se volvió inesperadamente en su contra al arrojar un inesperado balance negativo en lo religioso, ya que muchos del pueblo dejaron de oír la única misa a la que asistían a lo largo de todo el año.

Más tarde puso bajo sospecha a un triduo que se celebraba en honor de una tal santa Amelberga de Holstein, cuyo cráneo se conservaba en una capilla del templo. Según mantenían las viejas del pueblo, esta santa formó parte del grupo de las once mil vírgenes martirizadas por Atila y sus hunos. Pero, a pesar de indagar con esmero en diversos libros sacros, no halló la menor referencia a la susodicha mártir y el piadoso acto pasó consecuentemente a mejor vida al no tener suficiente respaldo formal. En cualquier caso, don Zacarías sí mantuvo el cráneo de la martirizada virgen en su capilla no fuera a ser que su sospecha resultara finalmente infundada, ya que hay que ser muy prudente con las cosas de santos porque mandan mucho y nunca se sabe cómo pueden reaccionar.

A esto siguieron otras medidas de parecido fuste porque el cura párroco puso proa a todo tema que no mereciera su aprobación por carecer de consistencia histórica y religiosa. Y esa insidiosa duda pertinaz, aparentemente bienintencionada y ortodoxa, abrió una extraña brecha en los vericuetos de su alma socavando lentamente su fe.

- *Me parece muy bien que don Zacarías acabase con costumbres religiosas dudosas. Y sería bueno que se siguiera su ejemplo porque por estos mundos de Dios aún quedan algunas celebraciones sacras sorprendentes.*
- *Ya sabe usted lo que pasa con las tradiciones.*
- *Pero no hay que mezclar churras con merinas. A Dios lo que es de Dios, y al César lo demás.*

Y empecinado en esa desconfianza metódica, un mal día comenzó a dudar de la existencia de Dios... ¿Que cómo llegó hasta ese punto? Don Zacarías, hombre callado y algo tosco en apariencia, tenía un alma muy sensible y estaba cansado de buscar razones que justificasen tantas desgracias y desastres como ocurrían en el mundo. Hambrunas,

enfermedades, guerras, maltratos, miseria y muertes de inocentes lo estremecían aun siendo el pan nuestro de cada día...

- «¿Qué hace Dios?» -se preguntaba tras oír alguna tenebrosa nueva.

- «Sus designios son inescrutables» -se respondía abrazándose ciego a los rescoldos de su fe y tratando de alejar la duda de su mente.

Por mucho que trató de apartar tan negativo sentimiento, este siguió hurgando tercamente en los repliegues de su alma sin saber por qué. Ayudó a profundizar en tal herida la fatiga acumulada durante el ya largo ejercicio de su ministerio... ¡Tantos años en el mismo pueblo! Los mismos pecados, idénticas penas, las envidias y resabios de siempre, la rutinaria liturgia... También lo achacó a una cierta depresión personal sobrevvenida porque el vivir en un pueblo envejecido y sin alicientes conduce inexorablemente a la melancolía ya que el muermo se contagia con suma facilidad. Mas no se rindió a esa negra sombra de su alma sin plantearle decidido combate. Y se empecinó en salvar aquella crisis enfrentándose a ella cara a cara, batiéndose el cobre en el ejercicio de su ministerio, volcándose en el apostolado de su feligresía y cumpliendo animosamente con todas las exigencias que el deber sacerdotal exigía. Aquella dedicación incansable a sus obligaciones conseguía ahuyentar su mal, o al menos taparlo, otorgándole descanso anímico por temporadas. Pero, aun así, el oculto fantasma reaparecía fatalmente en su mente para atormentarlo de nuevo.

En el fondo, lo que más le inquietaba era la posibilidad de que tantos años de apostolado hubieran sido una falsía. No tanto por él, siempre dispuesto a aceptar sus culpas, sino por aquellos a quienes había tratado de conducir. Si no existía Dios, ¿qué le dirían si pudieran en el más allá? ¿Que había sido un mentiroso fabulador? ¿Que les había engañado con falsas esperanzas?... Y solo encontraba consuelo otorgándose a sí mismo perdón porque se decía: «siempre indiqué el buen camino y jamás traté de hacer daño a nadie con mi prédica». En todo caso también se añadía pícaramente que si no había Dios tampoco habría otra vida, así que nadie podría pedirle jamás cuentas.

- Si el coronel fuera definitivamente el arcángel Miguel -se repetía ahora frente al sagrario inmerso en una nueva esperanza-, mis dudas se habrían terminado porque, si existe este arcángel, existe Dios.

Allí podía estar la solución definitiva a su problema. Pero ni se alegró ni consiguió tranquilizarse porque, al tiempo, el posible hallazgo le produjo una gran confusión mental y se sintió incapaz de profundizar mucho más en sus consecuencias. Cansado, muy

cansado, decidió regresar al abrigo de su dormitorio, y al atravesar el portillo de comunicación con la casa parroquial la misteriosa voz resonó de nuevo a sus espaldas.

- Zacarías, la fe es un don de Dios que se gana con esfuerzo y no se entrega fácilmente. Sé que sufres, pero no desmayes porque contarás con mi ayuda.

Esta vez salió corriendo sin mirar siquiera atrás ni preguntar quién le hablaba. Aterrado, se encerró en su cuarto.

- Lo entiendo, el miedo es libre. A mí me hubiera dado un infarto caso de encontrarme en su lugar.

CAPÍTULO XI

TERCER DÍA, CONSUELO REPITE

Don Zacarías despertó sobresaltado, miró el reloj de la mesilla y supo que se le habían pegado las sábanas. Se aseó y vistió a toda prisa porque quería estar pronto en la iglesia para ver si Consuelo estaba cumpliendo con su penitencia, ya que en caso contrario sería prueba de que había recaído en las redes de Conchito y entonces le tocaría hacer la limpieza a él.

Se acercó al portillo de paso al templo con desconfianza recordando el tremendo sobresalto de la pasada noche, pero inmediatamente se olvidó de aquello al toparse inesperadamente con doña Enriqueta, doña Virtudes y doña Margarita al otro lado. Era obvio que lo estaban esperando y de inmediato barruntó problemas porque, cual negra guardia pretoriana armadas de velo, rosario y misal, habían formado barrera de contención. Y aunque trató de esquivarlas deslizándose entre ellas y saludándolas cortésmente con un apresurado buenos días, le cerraron el paso.

- Don Zacarías -rompió fuego doña Enriqueta con expresión dolida y voz ansiosa-, al principio pensamos que era un error, un mal sueño, una horrible pesadilla y que nuestros ojos nos engañaban... Pero tras indagar hemos sabido que no.

- ¿Que no, qué?

- Que ha pedido usted a esa gente que adecenten el templo de Dios -doña Virtudes había subrayado «esa gente» con un agudo gallo en la voz al tiempo que mostraba un mohín desdeñoso.

- ¿A qué gente se refiere?

- A las piculinas de Villa Nancy -afirmó doña Virtudes señalando hacia el interior del templo.

- ¿Y les parece mal? -don Zacarías mostró cara de enfado-. ¿Y se dicen cristianas? ¿Acaso no recuerdan la parábola del hijo pródigo? Mediten sobre lo que manifestó el padre al reencontrarlo y aplíquenlo al caso: «Alegraos porque esta hermana tuya estaba muerta y ha vuelto a la vida; estaba perdida y ha sido hallada». Además, la casa de Dios estaba muy sucia y había que limpiarla.

- Nos parece totalmente inapropiado e impropio porque, si usted nos lo hubiera pedido, nosotras mismas habríamos limpiado la iglesia encantadas y en un pispás. Sepa que nos duele mucho su olvido, don Zacarías. Sufrir este apartamiento tras tantos años de dedicación leal nos ha herido en lo más profundo. Considere que nosotras hemos cumplido con nuestras obligaciones cristianas durante toda la vida sin faltar un solo día a misa y asistiendo a todas las novenas, octavas, triduos, sermones y demás que usted tuvo a bien organizar... ¡Y ahora nos vemos desplazadas por gente de vida airada! -aseguró doña Margarita con retintín y trasluciendo un claro sentimiento de alarma en la voz.

- Ni olvido su entrega ni dudo de sus buenas intenciones, señoras. Pero consideren que ya no están para zafarranchos y los años no pasan en balde. Doña Margarita, ¿acaso se ve capaz de fregar todo el suelo de la iglesia de un tirón? Y usted, doña Enriqueta, ¿tiene fuerzas suficientes como para subirse a una escalera y quitar las telarañas de las lámparas?

No hubo respuesta, y la guardia pretoriana bajó la cabeza contrita y contrariada. Y don Zacarías, crecido, las invitó cortés pero firmemente a abandonar el templo para darse un paseo por la plaza, airear sus ideas y hacer examen de conciencia antes de que regresaran a verlo. Luego siguió su camino mientras se preguntaba quién sería esa otra hermana pródiga.

- Buenos días, don Zacarías -una sonriente y acalorada Consuelo, armada de cubo y fregona, lo saludó desde el presbiterio-. Le presento a Caridad, mi amiga, que vino a ayudarme y también quiere confesarse... Como podrá ver le estamos dejando la iglesia preciosa, limpia y reluciente como una patena.

La tal Caridad asomó por un instante de detrás de una columna en el transepto escoba en mano, ruborizada y con talante cohibido. Y lo saludó con una pequeña inclinación de cabeza, pero fue incapaz de articular palabra. El cura no le prestó mayor atención porque en su mente se acababa de encender una pequeña luz de alarma.

- A ver, Consuelo, aclárame ese también.

- Pues que mi amiga Caridad quiere confesarse y...

- ¿Y?

- Y yo también -manifestó Consuelo soltando lastre y acompañándolo con un profundo y desmadejado suspiro.

- Lo del propósito de enmienda te da poco resultado.

- ¡Ay, don Zacarías, no me regañe porque ya siento yo una gran vergüenza! No sabe bien lo pesado que es Conchito, que usted ve los toros desde la barrera y soy yo quien lo aguanta.

Por supuesto que don Zacarías entendía el drama de Consuelo, mas estaba totalmente decidido a poner fin a su carrusel de recaídas e inmediato arrepentimiento aunque solo fuera por salvar la honrilla profesional. Durante unos segundos quedó en silencio y pensativo, pero no le costó mucho volver a centrarse -debió iluminarlo algún santo- y tomó una rápida decisión.

- Consuelo, ¿quieres de verdad a Conchito?

- Mucho, padre, desde hace tiempo.

- ¿Y él a ti?

- Eso me dice aunque no sé..., ya sabe usted que los hombres solo van a lo que van.

- Pues vete ahora mismo a buscarlo y te quiero rápidamente de vuelta con Conchito al brazo o bajo el brazo. Tú verás cómo lo traes, pero tráetelo aunque sea atado para que hablemos los tres. Y tú, Caridad -llamó alzando la voz hacia el transepto-, ¿puedo tutearte, verdad? Vente a charlar un rato conmigo antes de seguir con la tarea.

- Don Zacarías era un intransigente y no le pasaba una a la pobre Consuelo.

- La deformación del oficio, aunque me reconocerá que lo alimentaba una santa intención. Con el Juicio Final en puertas no había que andarse con bromas.

Tras confesar a Caridad, don Zacarías abandonó el templo y se asomó a la calle. No vio un alma. El pueblo aparentaba seguir desierto, sin vida y amortajado con un manto de abandono. Cual último bastión de sus atemorizados moradores, las viviendas se mostraban herméticas tras puertas y contraventanas de despintada madera, remedando sus muros achacosos los lienzos de muralla de un viejo castillo que se sabía ya asaltado. ¡Pobre Villavieja!

Él conocía a todos y cada uno de sus moradores. Y sabía de sus virtudes y miserias tanto como de sus penas y alegrías. Anclados en una vida inane donde casi todo era ya rutina y lento transcurrir del tiempo, la mayoría de sus habitantes gustaban mostrarse ante

los demás como duques pomposos poseedores de mil virtudes y riquezas que tan solo existían en su imaginación porque eran mentirosos y mezquinos hasta en la pobreza. Y siendo broncos y huraños por desconfianza genética, sempiternos hurtadores de una sonrisa al prójimo aun a pesar de anhelarlas para ellos mismos, solo se mostraban abiertos en contadas ocasiones y casi siempre empujados por la propia conveniencia. Envidiosos y cobardes ante la vida, incluso en las más fútiles e insignificantes situaciones, sufrían más por la bonanza en casa del vecino que por la desventura en la suya. Predicadores farisaicos de una exigente integridad moral para los demás que para sí mismos no practicaban, despellejaban al más pintado ante la más leve sospecha de falta... Pero también sabía que, llegada la necesidad y empujados por ese rescoldo de bonhomía que afortunadamente guardan escondidas las almas, podían llegar a ser enormemente generosos y pródigos ante las causas perdidas y el mal sobrevenido. E incluso adalides arrojados frente a la injusticia de una forma improvisada, visceral e inconsciente, sin tan siquiera llegar a preguntarse por qué lo hacían...

- «Santos del viento y pecadores por demás, así son mis feligreses y así somos los humanos. Mitad ángeles y mitad pobres diablos» -se dijo don Zacarías mientras sentía la mordedura de la melancolía en su ánimo porque Villavieja se moría y él no podía hacer nada por remediarlo.

A lo lejos, haciendo guardia ante la taberna de Eustaquio, divisó a un perro. Sin duda era Diógenes, un curioso animal dueño y señor de la Plaza Mayor del pueblo. Amigo de todos, nunca quiso amo y jamás toleró collares ni tutelas por mucho que aceptara sin resabios un chusco de pan o un rascado de tripa de cualquiera. Ahora parecía contento porque movía alegremente el rabo, debía estar esperando a alguien o algo...

- ¡Vaya nombre para un perro!

- Se lo impuso don Práxedes porque mantenía que, al igual que el filósofo griego, aquel chucho era autosuficiente aun careciendo de todo y solo gruñía cuando alguien le tapaba el sol en invierno.

Y en aquel mismo instante le alcanzó un tufillo inconfundible y provocador. ¡Olía a churros! No se veía un alma en la plaza pero olía a churros; estaba seguro. Esperanzado, aguzó la mirada y el corazón le dio un emocionado vuelco. Efectivamente, el bar de Eustaquio

tenía medio abiertas sus puertas y, sin dudar un instante, se dirigió a ellas presuroso. Cinco minutos después, gozoso y reconfortado, se deleitaba con un café con leche y una generosa ración del delicado manjar.

- Don Zacarías -le apuntó Eustaquio-, esta casa tiene más de un siglo de antigüedad y jamás había cerrado un solo día desde su fundación. Ni siquiera durante la guerra civil que a todos nos machacó... Por aquel entonces el pueblo cambió tres o cuatro veces de manos en medio de duros combates, y aquí estuvo mi abuelo tras la barra sin faltar a su deber ciudadano como un buen samaritano. Y mi padre a su lado con tan solo doce años -con dos narices y al pie del cañón- sirviendo café con churros a tirios o a troyanos según fuera la batalla. Le echaron tanto arrojo que los republicanos los condecoraron por su valor y entrega aun cuando sabían que mi abuelo era bastante meapilas y de derechas. Así que, tras sentirme profundamente avergonzado por haber roto con esta firme y entera tradición familiar por causa del acojono personal que me invadió ayer, me dije que hoy abría el bar aunque se me cayera el mundo encima... Casa Eustaquio está otra vez en pie, orgullosa de su historia, y aquí estoy yo para lo que haga falta.

- Le alabo su valor y gallardía.

- Un hostelero también sabe estar a las duras... Dígame una cosa, ¿queda mucho para lo del Juicio Final?

- No tengo la menor idea.

- Pues si usted no la tiene siendo el cura...

Mientras hablaba, Eustaquio fregaba vasos tras el mostrador gastando una energía impropia de tal acto porque, a cambio, le ayudaba a desahogar sus nervios.

- Yo pensaba -prosiguió-, que lo del Juicio Final sería una cosita rápida, un visto y no visto, ya que en el pueblo quedamos cuatro gatos sin mucha substancia. Por eso no me explico la tardanza y me pregunto si no será un cuento imaginado por ese Mijaíl. La gente empieza a desconfiar, va perdiendo el miedo y comienza a salir de sus casas tímidamente aunque sin alejarse mucho de ellas. Está visto que hasta los sustos más gordos se acaban digiriendo... Por cierto, ¿sabía usted que el coronel se aloja en nuestra pensión? Bajó a desayunar hace un rato y se zampó un par de huevos fritos con chorizo para empezar. Tiene buen apetito el caballero porque remató con media docena de churros y un café. Al acabar se fue a dar un paseo por las afueras, según me anunció, así que ando algo más tranquilo. Además, por si no lo sabe, don José vuelve a ser nuestro huésped.

- Ya me lo comentaron. Tiene usted un enorme mérito atendiendo a tan particulares clientes.

- Alguien tiene que hacerlo y somos la única pensión que hay en el pueblo.

- ¿Qué dice su mujer?

- Que peche yo con ellos porque no está dispuesta a aparecer por acá... Y eso hago, es lo que toca.

Cuando don Zacarías fue a abonar su consumición, Eustaquio le rechazó las monedas.

- Ya no tomo dinero en pago, señor cura, porque a la altura de donde estamos no me sirve de nada. Ahora me propongo cobrar mis servicios de otra forma mientras esto dure: «yo te doy una cosa a ti, tú me das una cosa a mí» pasa a ser mi nuevo lema comercial. ¿Recuerda?, lo decían en una película.

- Lo recuerdo, ¿y cómo hago entonces?

- En la huerta parroquial tiene unas hermosas gallinas ponedoras. Le cambio el desayuno con churros por media docena de huevos, ¿le parece bien?

- Me parece justo el trueque. Pero dígame, ¿cómo cobrará a sus nuevos clientes? Ellos no tienen huerta ni gallinas.

- No sé, algo se me ocurrirá. Y si no, tampoco importará.

Diógenes lo aguardaba a la puerta y don Zacarías le dio un trozo de churro; y el chucho demostró ser un glotón porque se lo comió de una dentellada. Después el can lo escoltó de camino a la iglesia por ver si caía algún donativo más, pero no hubo lugar a más alegrías porque la fritanga se había acabado. Además, don Zacarías iba rumiando en su cabeza la idea de cómo podían cambiar los fundamentos económicos de la sociedad sin necesidad de que hubiera burbujas financieras ni mangoneos económicos de parecido calibre.

- «Adiós al dinero» -se repetía. Sonaba bien, y pensó que igual acababa siendo bueno aunque nadie tendría ocasión de comprobarlo dados los acontecimientos.

- Eustaquio tenía mucho mérito, ¿no le parece?, porque lo fácil era no dar la cara en situación tan delicada y esconderse. Se ve que el valor le venía de sangre.

- Tanto más dado su oficio. ¿Quién mejor para encerrarse en su negocio y agarrarse una consoladora melopea que le hiciera olvidar las penas de este mundo?

Periáñez accedió al cuartelillo con la esperanza de reencontrarse con sus subordinados, pero estos debían continuar en la mina porque no encontró la menor traza de su regreso. Decidió entonces descansar unos momentos y, de paso, gastar su tiempo en algo mejor

que deambular por las calles en un recorrido sin fin y sin sentido alguno porque no había nada que guardar ni proteger en Villavieja ya que el pueblo carecía de vida. Allí, al menos, no tendría que contestar a las continuas preguntas que medrosamente, desde alguna ventana o tras una puerta, le habían dirigido los aterrados y enclaustrados villaviejenses durante su guardia.

- Sargento, ¿sabe usted algo?...

- Periañez, ¿qué tiempo nos queda?...

- ¿Puedo acercarme a la farmacia?, mi mujer está de los nervios y yo ni le cuento...

Él también lo estaba pasando mal, pero debía aparentar una tranquilidad y confianza que en realidad no poseía. «Gajes del oficio de quien detenta autoridad», se decía para animarse, «así que a pechar con la tarea, Indalecio».

- La gente se cree que yo estoy hecho de cartón piedra y no paso apuros ni padecimientos en mi oficio. Pues no señor, aun siendo sargento y teniendo pistola, también tengo mi corazoncito y tropiezo con situaciones que me afectan mucho -solía señalar a su mujer. Y ella siempre asentía en silencio porque sabía que era cierto.

Una vez en el interior, le dio grima al mirar en derredor y ver la oficina vacía. Y entonces añoró la compañía del cabo Carranque y el agente García a pesar de que lo habían dejado más solo que la una por tal de hacerle la pelota al huído alcalde, don Arcadio Cifuentes. Echó la llave a la puerta de acceso, se despojó de la guerrera con un suspiro de alivio porque le quedaba algo estrecha y le agobiaba, la colgó en un perchero y, justo cuando iba a retrepase en un sillón, vio que alguien movía el picaporte de la puerta tratando de entrar. En cualquier otro momento no se hubiera alarmado, pero nada era normal en Villavieja por entonces y él ya estaba cansado de topar con resucitados y ángeles que llegaban sin avisar. Así que tomó su arma y se preparó para todo.

- ¿Quién vive? -bramó.

- No grite tanto, sargento, que le pueden oír -apuntó una voz apagada tras la puerta-. Somos Tomasón y Panduro, ¿podemos pasar?

Llegaban como equipados para una guerra vistiendo ropa de camuflaje, con los rostros tiznados y portando sendas escopetas repetidoras junto a unas cananas repletas de cartuchos.

- ¿Dónde vais con eso? -acertó a preguntarles Periañez sorprendido.

- A cargarnos al Mijaíl ese si es necesario -respondió con firmeza Tomasón.

- Bien empezamos... ¿Estáis locos?, ¿os habéis olvidado de lo que ocurrió en la plaza?

- Hay que salvar a Villavieja, sargento, ese tipo es un bandido que solo viene a robarnos y no nos puede tratar como a borregos que van al matadero -le respondió.

- ¿Tú estás de acuerdo, Panduro?

- Por supuesto, llegaré hasta donde haga falta. Además, me jodió la escopeta cuando lo de la plaza y no se lo perdono. Nada menos que una Sarasqueta herencia de mi padre, que Dios tenga en su gloria. Sepa que nos hemos constituido en milicia ciudadana y que tenemos la autorización de don Arcadio Cifuentes para hacerlo porque lo pusimos al corriente de nuestros planes antes de que desapareciera. Ahora solo necesitamos contar con su asesoramiento para organizar la captura del interfecto con plenas garantías de éxito.

A Periañez, el cuerpo le pidió unirse a aquellos dos locos por unos instantes porque reconocía en el fondo de su corazón que tenían su parte de razón, aunque esa razón fuese poca. Pero resistió el caer en tentación recordando las instrucciones del nuevo alcalde en funciones y, decidido a sostener la palabra comprometida, no lo dudó ni un instante más.

- Ya estáis dejando aquí las armas y la munición -manifestó con frialdad al tiempo que los encañonaba con la pistola-. Y salid corriendo para casa antes de que me arrepienta y os encierre.

Sorprendidos, tras unos instantes de duda, Tomasón y Panduro le obedecieron sin mostrar la menor resistencia. Y en completo silencio dejaron armas y pertrechos sobre la mesa y abandonaron el cuartelillo a toda prisa. Tan pastueña respuesta pudo deberse a la firmeza que vieron en el rostro del sargento que no andaba para bromas o, quizás también, porque eran más ladrones que mordedores y se asustaron al verse amenazados por su arma.

CAPÍTULO XII

TERCER DÍA, SANTIAGO APÓSTOL Y SAN TIGRIDO

- Conchito -llamó don Zacarías en cuanto el interfecto apareció por la iglesia junto a su amada Consuelo una hora después-. Ven y siéntate a mi lado, aquí mismo en este banco.

Aunque lo seguía sintiendo como un hecho sobrenatural y aún guardaba en su interior un rescoldo de desconfianza y rechazo, el cura había superado el miedo que inicialmente le habían causado los resucitados. Y el aludido se le acercó receloso y cojitranco sobre sus muletas porque maliciaba, estaba seguro, que iba a caerle encima una buena. Y no se equivocó un ápice aunque nunca imaginó los derroteros que habría de tomar la filípica.

- Verás, Conchito, te voy a contar una historia curiosa. Y presta atención porque guarda un gran mensaje.

- Usted me dirá.

- Hace ya unos cuantos siglos un rey prudente, don Alfonso X llamado el Sabio por sus muchas prendas intelectuales, redactó las «Cantigas de Santa María».

Y don Zacarías se detuvo en su parlamento a fin de escrutar el rostro de Conchito, mas este no traslucía la menor emoción.

- Veo que no sabes de qué te hablo, faltaría más, así que te lo aclaro. Aunque han quedado algo pasadas de moda, te diré que son unas composiciones muy instructivas y pías donde se relatan diversos milagros de la Virgen, nuestra madre celestial, que todo persona bien nacida debería conocer. Pues bien, sigo, don Alfonso relató en una de ellas algo que te viene al pelo.

Y don Zacarías comenzó a referirle una historia tocante a un joven y apuesto romero que, allá por la Edad Media, caminaba en santa peregrinación a Santiago de Compostela.

- Es bien sabido que el Camino requirió siempre un duro esfuerzo al penitente ya que las horas de soledad andariega bajo el sol o la lluvia, según toque, son muchas. Y la mente no siempre consigue centrarse durante ellas en provechosas meditaciones y piadosas oraciones como debiera ser. También es conocido que cuando el pensamiento vaga sin rumbo y descentrado se acaba debilitando y, más pronto que tarde, se enfanga en asuntos de faldas en lo tocante a hombres o de calzones en lo que afecta a la mujer. Y es que las hormonas trastocan y confunden el caletre de cualquier mortal con facilidad, también el de los peregrinos. Te suena esto último, ¿verdad?

Conchito asintió con la cabeza a pesar de que no sabía qué era aquello del caletre.

- A causa de ellas nuestro hombre llegó algo revuelto de ansias a cierta posada al finalizar una de las etapas. Y dio la casualidad de que fue bien recibido y alojado por una mesonera joven, lozana y vistosa con la que entabló dicharachera y amigable charla. El joven era galante, esbelto y bien parecido, y ella recia, alegre y bien plantada. Poco a poco, entre bromas, requiebros y risas, fueron intimando... Y sí, al final ocurrió lo que te imaginas. Nuestro peregrino, arrastrado por una incontenible lascivia, mantuvo trato carnal con aquella moza tentadora.

- Lo que no sabía el peregrino -prosiguió el cura- es que el diablo, por razón de oficio, está siempre atento a la comisión de cualquier pecado por si le surge la oportunidad de arrastrar un alma más a los infiernos. En consecuencia, detectada la oportunidad, Lucifer pergeñó una demoníaca artimaña y se apareció al lujurioso pecador encarnado en la figura de un ascético fraile. Y con voz severa y gesto grave le afeó su falta y lo conminó a hacerse oír inmediatamente en confesión para limpiar su alma. El ahora acochinado peregrino se prestó a ello convencido por la labia y aparente santidad de aquel falso servidor de Dios. Y el Maligno, siguiendo con la comedia, escuchó su declaración con dramática seriedad -pero con íntimo regodeo y deleite- para finalmente abroncarlo a modo antes de imponerle una trágica, lacerante y dolorosa penitencia... El pobre pecador habría de cortarse sin remedio y de inmediato su varonil distintivo como condición ineludible para obtener el perdón de la grave falta... Y nuestro buen romero, profundamente abochornado por no haber hecho honor a su deber de castidad, aceptó la dura penitencia contrito y con humildad ya que en el fondo era cristiano esforzado y muy

devoto del apóstol Santiago. Estremecido, cumplió lo sentenciado con prontitud y regular aseo; y también con harto dolor en sus carnes porque, como fácilmente comprenderás, no es fácil pegarse uno mismo un tajo de tal calibre.

- ¡Caray! -musitó Conchito con un hilo de voz.

- Parece una historia increíble, ¿no crees, hijo mío? Y debe ser cierta cuando todo un rey, nada menos que don Alfonso X el Sabio, se atrevió a ponerla por escrito... ¡Ay de muchos si yo mandase tales penitencias! Pero soy un simple cura de pueblo y de momento ni me corresponde por jerarquía ni es lo mío hacer de diablo.

Conchito debió pensar mientras escuchaba el parlamento de don Zacarías que aquello tomaba un camino oscuro y amenazador. Aunque también tuvo claro que él jamás cumpliría una penitencia de ese calibre por mucho que se emperrara el señor cura. Tanto más porque Consuelo le gustaba mucho y él ya había perdido media pierna sin causa de pecado, así que una cosa debía compensar a la otra.

- En aquellos tiempos no había mucha higiene ni antisépticos- siguió don Zacarías-, y la penitencial herida se infectó y nuestro pobre peregrino enfermó gravemente. Como resultado, solo duró vivo unos pocos días más tras la dolorosa mutilación. Y al entregar su alma, el diablo quiso arrastrarla rápidamente al fuego eterno porque la confesión hecha con él no valía, así que el infeliz había muerto en pecado mortal y su falta seguía vigente al no haber obtenido un perdón oficial a su lujurioso desliz... Pero un protector y atento Santiago apóstol, el de «¡cierra España!», salió en su defensa durante el juicio argumentando que se debía valorar la buena disposición y piedad del peregrino, quien había mostrado ampliamente tener dolor de corazón, propósito de enmienda y cumplida aceptación de la extrema penitencia. Y dado que fue engañado arteramente por el Maligno, rogó a Santa María que intercediera por él ante su hijo Jesucristo para salvarlo... Y la Virgen -siempre misericordiosa y protectora de los afligidos- arbitró como solución resucitarlo para que, estando otra vez vivo, pudiera redimir definitivamente su alma mediante una nueva confesión formalmente ortodoxa. Y así fue como nuestro hombre volvió a la vida tras estar bien muerto -tuvo mucha suerte, igual que tú Conchito-, aunque soportando una importante tara: sin recuperar su particularidad varonil... Trágico, ¿verdad? Debió obedecer la carencia a un olvido involuntario de Santiago apóstol que no medió ante la Virgen por este detalle. O quizás se debió a una alta decisión de los jueces celestiales a fin de que el peregrino no pecara nunca más y guardara su alma a buen recaudo para siempre.

Don Zacarías realizó una nueva pausa para permitir que su relato calara en las entendederas de Conchito.

- ¿Qué te ha parecido esta ejemplar historia? -preguntó don Zacarías reanudando la carga-. ¿Sacas alguna conclusión de esta cantiga?

- ¿Que me debo olvidar de recuperar mi pierna? -preguntó candorosamente el penitente tras meditar unos instantes.

- No exactamente, hijo mío. Me parece que no has entendido nada y te advierto que no está la situación como para que yo pierda mucho más tiempo contigo. Así que voy directo al grano, como no arregles de inmediato tu situación con Consuelo llegaré hasta donde haga falta para evitar que me la arrastres cada dos por tres al mal camino. E incluyo en ello lo que estás pensando y temiendo, porque yo también sé rezar a Santa María para que se tomen las decisiones precisas en forma adecuada y tiempo conveniente... Y si hay que cortar, se corta -amenazó con voz firme y grave don Zacarías-. ¡Lo único que me faltaba!, me sobran los problemas y cada vez que la rescato del pecado apareces tú al minuto para estropearlo.

- Don Zacarías, se está usted pasando tres pueblos -acertó a contraponer Conchito.

- Ya me dirás por qué.

- Porque es usted quien parece no haber entendido nada -atacó Conchito con voz firme-. Póngase en mi lugar y escúcheme ahora. De pronto resucito, vete a saber por qué, y me encuentro en medio de un Juicio Final y con el fin del mundo a las puertas. Y enseguida te preguntas que para qué se han tomado la molestia de devolverte a la vida por unas pocas horas cuando, al mismo tiempo, todo el mundo te hace ascos. Usted incluido, ¿se acuerda? Resultado: te sientes un completo infeliz y todo se te va en congojas y arrugas del alma. Y estando en plena zangarriana te acuerdas de la mujer de tu vida, aquella que nunca alcanzaste del todo aunque dejó profunda huella en tu alma. Y te vas a buscarla. Y ella te recibe con sorpresa, pero sin miedo. Y le dices que la quieres, que la quisiste siempre... Y ella te responde que también... ¡No me fastidie, don Zacarías!, ¿tendríamos que dedicarnos a rezar el rosario?

Don Zacarías estuvo a punto de responderle que eso nunca hubiera estado de más por aquello de guardar las formas, y al tiempo se dijo que habría sido una completa imbecilidad. Así que bajó la cabeza, sonrió a Conchito y no añadió una palabra más.

- Entiendo perfectamente al pobre Conchito, ¿pero usted cree que su pertinaz querencia era pecado dadas las

circunstancias? Ítem más, ¿lo de Consuelo fue también pecado o solo un acto de caridad?

- ¿Qué quiere que le diga?, a mí no me parece pecado. Aunque enfrentados a la ortodoxia del dogma, por un lado puede que sí y por otro... ¡Vaya usted a saber!

Un par de horas más tarde, tras una larga charla con los contrayentes y las correspondientes nuevas confesiones, don Zacarías unía en sagrado matrimonio a Conchito el Rasca y a su amada Consuelo en una rápida, improvisada y emotiva ceremonia que acabó con el repetido ir y venir de la novia al confesionario. Y don Zacarías descansó satisfecho y prometió premiarse con un nuevo café con churros, aunque ya fuera tarde, en cuanto los novios abandonaran la iglesia.

Firmaron como testigos del sacramental acto doña Enriqueta, doña Margarita y doña Virtudes, que incluso soltaron alguna lagrimita tras comprobar el hábil remate dado por don Zacarías al problema planteado por las de Villa Nancy con el que se daba fin a sus cristianas inquietudes.

- ¿Lo ve? Esto demuestra que la gente es buena aunque sus querencias la arrastren de entrada por caminos torcidos. Ahí tiene a doña Enriqueta y su tropa emocionadas con el acto y colaborando al final.

- No sé si darle la razón porque dicen que los cocodrilos también lloran.

- O sea, usted es de los que confía en la bondad de los reptiles pero no en la buena fe de las personas.

- Más o menos.

También firmó Caridad como testigo tras haberse hartado de llorar durante el acto lamentándose sottovoce de no tener la misma suerte que su amiga Consuelo. Y llevada por la emoción, en un aparte hecho con el señor cura al finalizar la ceremonia, le rogó que hiciera lo posible por buscarle también un marido para perfeccionar su regreso al rebaño.

- Le resultará raro y pensará que estoy loca ya que estamos en los compases finales de nuestra existencia. Pero siempre me he sentido muy sola en la vida y extraño a un compañero leal en el que apoyarme en estos difíciles momentos... ¿Podría ayudarme a encontrar alguno?

- Caridad, ¡que yo no hago milagros! No sé cómo me lo planteas a estas alturas sin tiempo material para encontrar una solución. Pero

en fin, ya veremos qué puedo hacer -se evadió el señor cura que no deseaba desilusionarla.

- *Lo he vuelto a pensar y me reafirmo en mi idea. Siento decirle que su relato no tiene ni pies ni cabeza.*
- *¿Le parece absurdo?*
- *No me encaja casi nada y, para terminar de arreglarlo, ahora resulta que el cura es un casamentero.*
- *Le digo lo de antes... Si quiere, déjelo y no siga.*
- *No, no, continúo. Tengo curiosidad por ver cómo acaba esta descabalada historia.*

- Zacarías, le aguardan tiempos difíciles.

La hornacina de piedra había actuado de bocina amplificadora y la frase retumbó entre los viejos muros de la iglesia haciendo eco. El cura acababa de apagar las luces del templo para retirarse a descansar y, al acercarse al portillo de comunicación con la casa parroquial, la voz misteriosa le había sobrecogido nuevamente el ánimo dejándolo petrificado.

- ¿Quién eres? -preguntó con voz trémula.

- Soy Tigrido.

- ¿Tigrido?

- Sí, Zacarías, el santito de la hornacina solo que en espíritu.

- ¡Santo Dios! ¡Va de retro Satanás! -medio gritó el párroco.

- Sorprendente -apuntó Tigrido con tono pausado-. Ve ya como algo normal que anden por acá un par de ángeles y unos pocos resucitados y ahora se asusta porque un santo haga acto de presencia.

Don Zacarías se había alejado unos pasos de la hornacina por precaución, pero luego se repuso y acortó distancias a fin de examinar la imagen de cerca impulsado por una irrefrenable curiosidad. Estaba como siempre, solo que algo sucia y descolorida bajo una tenue capa de polvo porque hacía tiempo que el sacristán no le pasaba el plumero, mas no vio en ella ningún cambio aparente. El rostro del santo guardaba la misma expresión distante y beatífica, ligeramente bobalicona, y mantenía su mirada dirigida hacia las alturas como si buscase algo perdido en la bóveda del templo.

- ¿Dónde está el altavoz? -se preguntó en voz alta don Zacarías buscando una explicación razonable al fenómeno.

- No hay altavoz -aseguró con firmeza la imagen.

Haciendo caso omiso a su miedo, el párroco tomó la imagen entre las manos para examinarla en detalle. Pero tampoco halló nada extraño y volvió a depositarla en su lugar con cuidado.

- ¿Se convence ya? -preguntó la imagen.
- Si es un santo, ¿por qué se tapa tras una imagen? -atacó el cura tras unos instantes de silencio-. Lo normal sería que se mostrara de cuerpo entero.
- No tengo permiso para apariciones de ese calibre, así que no tiene más remedio que aceptarme tal como estoy... Es usted un descreído y si no enfrenta el Juicio Final con mente abierta lo va a pasar muy mal -apuntó la voz con un cierto tono molesto-. Ha de hacerse a la idea de que ocurrirán cosas inusitadas en las próximas horas que ni imagina en estos momentos.
- No se lo tome a mal porque estoy bastante alterado -se disculpó el cura que había comenzado a tranquilizarse-. Últimamente no gano para sustos, y sus intervenciones no me ayudan a calmarme.
- Pues tiene que mantener el tipo para ayudar a sus parroquianos, y es lo que toca. Además va a contar con mi apoyo.
- ¿Con su apoyo?, ¿por qué? -a pesar de haber dominado su miedo, don Zacarías aún desconfiaba de aquel nuevo fenómeno sobrenatural y seguía maliciando que pudiera obedecer a una trampa del Maligno.
- Por simple agradecimiento personal.
- Ahora lo entiendo menos.
- Sepa que tan solo soy un santo de cuarto nivel y probablemente no merezco más que el olvido porque mi santidad se debió a hechos humildes y poco destacados que habrían pasado desapercibidos con toda seguridad si aquellos bárbaros no me hubieran cortado la cabeza. Y mi peculiar nombre tampoco ayudó a sostener mi popularidad porque desde siempre resultó antiguo y poco atractivo. Es tan raro que ni los historiadores se ponen de acuerdo en cuál fue exactamente. Para unos soy Tigrido, pero para otros que se dicen mejor informados, Teridio. Le diré que aciertan los primeros y se equivocan los segundos, lo que ratifica mi convencimiento de que nunca hay que fiarse de los llamados expertos. En consecuencia, cualquier día me borran del santoral por ser un desconocido y por tener un nombre de nula utilidad onomástica dado que nadie lo utiliza para bautizar a un recién nacido.
- Cierto, a causa de las modas hemos sepultado muchos nombres de santos. Mi madre quiso llamarme Teófilo -amado de Dios, ¡qué hermoso!- pero mi padre se negó y finalmente me quedé con el de Zacarías. Tampoco es que suene a modernidad, pero era el nombre de mi progenitor y venía casi forzado.
- Llevar el nombre de un profeta tan distinguido del Antiguo Testamento no es cosa menor, le felicito... Y ahora regreso al porqué

de mi agradecimiento. Nadie se acordaba de mí desde hace siglos, por lo que me llegó al alma su gesto de sacarme de aquel trastero para acicalarme y devolverme al culto. Fue como un renacer, no le exagero. Y la instauración a posteriori del triduo en mi honor llenó la copa de mi vanidad aunque esté feo decirlo. Además, el hecho de que me salude cada día al pasar ante mi imagen me llena de íntima satisfacción. Usted no es consciente, pero sepa que le debo mucho. En consecuencia, cuando conocí su complicada situación actual me dije: «Tigrido, hay que ayudar».

- ¿Ayudar cómo? ¡Estamos a las puertas del Juicio Final!

- No veo tan clara su inminencia porque sé de buena fuente que han suspendido temporalmente el acto. Lo mantienen en secreto, pero hay rumores confusos por las alturas de que topan con graves problemas y yo mismo he detectado nervios entre algunos responsables.

- ¡No me diga que no controlan un tema tan serio!

- A Dios le salen las cosas mal con mayor frecuencia de lo que se imagina la gente -afirmó en un susurro Tigrido como si estuviera descubriendo un secreto valiosísimo que nadie debiera conocer.

- ¡Santa María me proteja! -respingó don Zacarías-. Eso huele a herejía.

- No exagere. ¿Acaso cree que no se le han torcido algunos asuntos en ocasiones?

- Me resulta impensable porque Dios es omnipotente. Parece mentira que un santo mantenga lo contrario.

- Le voy a poner un ejemplo bien conocido en apoyo de mi tesis, ¿cómo explica que se le rebelaran los ángeles?

- Seguro que ese hecho desafortunado obedeció a su propio plan aunque desde aquí no alcancemos a entenderlo.

- Veo que es usted hombre de criterios firmes y leales... Dejémoslo estar por ahora y ya discutiremos este punto con tranquilidad si hay ocasión. Ahora váyase a descansar que falta le hace.

- Criterios firmes... No se equivoque conmigo porque soy una pura duda ambulante -afirmó Zacarías con humildad recordando sus tormentas espirituales-. ¿Le importaría oírme en confesión ahora mismo? Lo necesito y no tengo con quien, ya que soy el único sacerdote del valle.

- No es muy habitual hacerlo en estas condiciones y debe ser la primera vez que una imagen actúa de confesor -la estatuilla guardó silencio durante unos instantes mientras digería sus dudas-. Pero dado que nos encontramos en una situación excepcional, y que fui obispo en su momento, creo que tengo la potestad de hacerlo.

Y don Zacarías relató a san Tigrido cómo su pasada ojeriza a temas menores, como aquello de san Cartucho y lo de la virgen Amelberga martirizada por los hunos, había propiciado el enraizamiento de la cizaña del recelo en su alma hasta conducirlo a dudar de la propia existencia de Dios. Y que solo la presencia reciente de aquellos dos ángeles, Mijaíl y Omael, junto a su actual aparición, lo habían alejado del marasmo y propiciado su regreso al redil.

- Me avergüenzo profundamente de mi pecado, San Tigrido, porque es absolutamente impropio de un ministro de Dios y por no haber sabido rechazarlo hasta recibir pruebas contundentes de lo contrario.

- Me está resultando bastante inocente y simplón, Zacarías. No pensará que ha sido, es y será la única persona que cojea de ese pie aun siendo sacerdote. Pero no va por mal camino porque el ejercicio de la duda conduce tarde o temprano a la certeza. La capacidad de dudar es un regalo otorgado por Dios a los humanos para que intentemos discernir la verdad. Empléela sin miedo y no se avergüence de ella porque su ejercicio lo pondrá en relación directa con el Creador llevándole así a un diálogo sin mediaciones, sin interferencias y sin prejuicios.

- En cualquier caso mi pecado tiene una segunda derivada de la que aún no he hablado.

- Pues veámosla.

- Mi orgullo desmedido.

- No le entiendo.

- Como corolario a mis dudas acerca de la existencia de Dios, caí en la preocupación latente de que podría haber estado engañando durante años a mis pobres feligreses al predicar una religión sin fundamento, sin base.

- Resumiendo, en el fondo le duele más la posibilidad de haber malgastado la vida en un sacerdocio inane que la propia inexistencia de Dios.

- Sí.

- Ya veo, es humano... Insisto en mi consejo: dude siempre, dude incluso de sí mismo hasta conseguir que se le borre la vacilación del alma. Y si no lo consigue, no importa. Tan solo significará que aún se encuentra en una particular y dura senda donde el andar es tan importante como la meta.

Don Zacarías guardó silencio. Se sentía algo más tranquilo tras haber confesado, pero no del todo porque la solución propuesta engañaba por su complejidad aun pareciendo simple. El diálogo de la

duda era un ejercicio agotador, bien lo sabía por propia experiencia. Se necesitaba mucha entereza de espíritu para enfrentarlo, y él no andaba para muchos trotes ni disquisiciones teológicas en aquellos momentos. Era mucho más sencilla y llevadera la fe ciega, sin fisuras, abrazar lo ordenado sin preguntar.

- Lo tendré en cuenta, san Tigrido. Me queda solo conocer mi penitencia.

- Que se vaya a dormir ya... Y apéeme del san, soy solo Tigrido.

Camino de su dormitorio, el cura se dio de pronto la vuelta y regresó al templo para tomar una lamparilla de cera, la encendió y la puso en la hornacina al lado de la imagen del santo.

- Gracias, Zacarías.

- De nada, san Tigrido.

- He dicho que solo Tigrido.

- Bueno, pues eso.

Ya acostado, reflexionó unos instantes en torno a la particular penitencia recibida: irse a dormir. Y se dijo que en cuanto a originalidad competía casi en igualdad de condiciones con la de asear la iglesia que él impuso a Consuelo, solo que esta última era bastante más trabajosa de cumplir.

CAPÍTULO XIII

CUARTO DÍA, LOS NERVIOS SE DESATAN

El reloj de la iglesia acababa de dar las campanadas de las ocho y la Plaza Mayor estaba aparentemente desierta. De pronto, dos cabezas asomaron por una de las esquinas del edificio del ayuntamiento y, tras permanecer unos segundos observando el entorno, se volvieron a retirar. Eran Panduro y Tomasón.

- ¿Y si no se deja? -preguntó el primero mientras respiraba agitadamente porque los nervios le atenazaban.

- Nos lo llevamos puesto -respondió dramáticamente Tomasón.

- ¡Tampoco hay que pasarse! -dudó su compañero.

- ¿Te vas a rajar ahora? Te advierto que soy capaz de hacerlo solo, así que todavía estás a tiempo de largarte.

Y esto acabó por decidir a Panduro, quien juró por todos sus antepasados -aunque no con esas mismas palabras- que no daría marcha atrás y que llegaría hasta donde hiciera falta. Superadas esas dudas, rompieron marcha y entraron en la plaza avanzando encogidos, tal como habían visto tantas veces en películas de acción, con las armas en la mano y saltando de una columna a otra de los pórticos a fin de taparse con ellas. Al verlos, Diógenes abandonó su rincón y se dirigió a ellos con la esperanza de que aquello fuera un juego y, de paso, que le cayera algún donativo. Pero Tomasón no andaba para bromas y, cuando se le acercó, le dio un bufido que produjo la inmediata retirada del perro. La pareja siguió avanzando... Su plan era bien simple, llegar hasta la puerta de la taberna de Eustaquio para detener a Mijaíl por sorpresa mientras desayunaba y, tras maniarlo, llevarlo a una de las celdas del cuartelillo de la policía municipal para interrogarlo.

- ¡Les dio por la tremenda!
- *Es que las armas son malas consejeras en manos de orates porque les infunden un injustificado arrojito.*

Durante esa mañana la mayoría de los habitantes del pueblo seguían medio trastornados y haciendo locuras porque los calmantes se habían agotado y la oración causaba ya poco efecto. Pero afortunadamente supuso un parcial paliativo para tal ansiedad el que el sargento Periañez entregase a don Práxedes, en su doble papel de médico y alcalde, la marihuana incautada semanas atrás en una plantación ilegal en la sierra. Como la cantidad era pequeña, los antidroga de la capital no habían pasado a recogerla y quedó almacenada en el cuartelillo de los municipales. Y aquellos trece kilos acabaron en manos de la farmacéutica, quien ya andaba más sosegada y entera tras su forzado paso por el Valium y el anís del Mono, para su uso terapéutico.

- Lourdes, sé parca en la entrega o acabaremos con todo el pueblo enganchado a la droga -le apuntó don Práxedes al dársela.

- No creo que haya tiempo para tanto, doctor.

La farmacéutica le había dirigido una afectuosa sonrisa al tiempo de decirlo, lo que resucitó en don Práxedes gratos y lejanos recuerdos. Ambos habían mantenido una cordial relación hacía años, que incluso apuntó a boda. Pero sin saber por qué, y ante la desilusión de las comadres del pueblo, aquello se fue enfriando y acabó tan solo siendo una buena aunque distante amistad. El muermo de Villavieja lo corrompía todo.

- ¿Vas a ver al cura? -preguntó.

- Más tarde. Primero tengo que visitar a una paciente y ya voy con retraso.

- Me han dicho que últimamente se te ve con frecuencia por la granja de María.

- Ahí voy precisamente, necesita algunos cuidados.

- ¿Está enferma?

- Nada grave, cosas de mujeres.

- Práxedes -le volvió a llamar Lourdes justo cuando el galeno salía.

- Dime -respondió desde el umbral.

- ¿Crees que lo nuestro habría funcionado?

- ¿Te refieres a aquello? -titubeó él sorprendido buscando una respuesta-. No sé, ¿por qué te lo planteas ahora?

- Tonterías mías, no me hagas caso. En momentos como este te preguntas qué habría pasado si hubieras tomado otra senda en alguna de las bifurcaciones del camino de tu vida -su sonrisa se había apagado

y su rostro mostraba el gesto de quien acepta con resignación la fatalidad-. Ahora vete tranquilo que una ya tiene mucha experiencia con las drogas. Pienso dosificar tu marihuana en sellos de medio gramo y solo los serviré con tu receta.

Tornó a salir otra vez Práxedes y de nuevo lo retuvo la voz de Lourdes.

- Tiempos difíciles, doctor. Mucho ánimo y ojalá que te vaya bonito.

Lourdes había utilizado en su despedida una estrofa de su ranchera preferida, aún recordaba sus gustos. Y el galeno sintió que bajo aquella frase remedada se escondía algo más que un amable hasta luego. Pero no supo qué contestar y se limitó a despedirse con un gesto de la mano.

- «Soy un imbécil» -se decía tras abandonar la farmacia-. «¿Y si este hubiera sido nuestro último encuentro? Debí corresponder con alguna frase agradable, con un gesto de afecto, con un abrazo... O, quizás mejor, diciéndole que llegué a quererla mucho».

- ¡Cuántos amores y abrazos se pierden bajo la broza de la timidez!

- Y mueren congelados en el silencio frío del olvido sin llegar a brotar jamás.

El sargento Periañez tenía por costumbre pasarse por el cuartelillo a las nueve en punto de la mañana a fin de dar las pertinentes órdenes a Carranque y García sobre los asuntos del día. Y, a pesar de la ausencia de sus subordinados, se dirigió puntual a la acostumbrada cita un día más aun sin tener motivo concreto para ello. Y, justo al abrir la puerta de acceso al cuartelillo, se topó de frente con un uniformado Mijaíl que parecía salir. A pesar de la sorpresa de encontrárselo en sus dominios, en un acto reflejo acabó cuadrándose y saludándolo militarmente.

- ¡A la orden de usía, mi coronel!

- Gracias, sargento, descanse por favor -le respondió Mijaíl devolviéndole el saludo-. ¿Alguna novedad?

- ¡Sin novedad en Villavieja, mi coronel!

- Pues yo tengo una para usted que aguarda en los calabozos. Bueno, más bien dos. He detenido a Panduro y Tomasón por intento de atentado contra la autoridad, en este caso yo mismo. Y le ordeno que los mantenga encerrados aquí a pan y agua hasta que disponga lo contrario... Que me he cansado de sus tonterías y ya está bien de

finuras, así que vuelvo a los usos antiguos que siempre dieron buen resultado con los idiotas -anunció con gesto serio y voz grave-. ¡Y conste que salen bien librados!, porque en otros tiempos la solución hubiera sido mucho más amarga.

Y Mijaíl, sin añadir una palabra más ni aguardar respuesta del sargento, abandonó el cuartelillo.

Periáñez, medio imaginando lo que podría llegar a encontrarse, resopló aliviado tras la marcha del ángel y se dirigió a los calabozos. Y de camino lo hizo rezongando contra sí mismo porque no se acababa de explicar su disciplinada reacción al toparse con Mijaíl.

- «Eres un pardillo y te has comportado como un recluta, solo te ha faltado formarle la guardia. ¡Y a saber si es coronel o qué narices es!» -se repetía.

- Volvemos a lo dicho antes. Un coronel manda mucho y siempre impresiona, tanto más si se cubre con el tricornio. Además, cuando has hecho la mili te quedan para siempre esas respuestas reflejas.

- Le juro que no hemos hecho nada malo, sargento -confesó un atribulado Panduro de entrada mientras trataba de asomar la cara entre los barrotes.

- ¿Me tomáis por tonto? ¿Qué hacen ahí esas otras escopetas? -gruñó el sargento señalando unas armas arrinconadas al fondo del pasillo.

- Eran para asustar -terció Tomasón-. Tan solo queríamos detenerlo para poder interrogarlo porque estamos seguros de que es un quinqui..., pero le juro que no pensábamos hacerle daño.

- Cuando fuimos a buscarlo al bar de Eustaquio, no nos dio tiempo a nada -aclaró Panduro que temblaba ahora como un azogado-. El coronel se levantó al vernos entrar por la puerta y, al instante, sin saber cómo, nos encontramos desarmados y metidos en este calabozo... Es todo lo que recuerdo.

Periáñez no preguntó nada más porque hay situaciones en la vida en que cuanto menos sepas mejor te va. Y, aunque seguía desconfiando de Mijaíl por su nombre ruso por mucho que pudiera ser un ángel, no quería enfrentarse a él vistos los hechos. Además, le parecía de perlas la sanción impuesta a aquellos sinsustancias. Así que se limitó a mirar de hito en hito a los apresados, se dio media vuelta y se retiró hacia la oficina.

- ¡Eh, sargento! -le llamó Tomasón al ver que se iba- Nos pondrá ahora en libertad, ¿no?, que emprendimos la aventura solo por el bien de Villavieja.

- ¡Ja! -respondió el municipal-. Yo me limito a obedecer órdenes del mando y, por tanto, vais a pasar unas magníficas vacaciones a pan y agua invitados por el concejo.

- ¡No fastidie, sargento, que aún no he desayunado! -se lamentó Tomasón.

- Lo del pan y el agua ya no se lleva.

- Al menos por nuestras tierras, porque hay otros lugares en el mundo donde el pan y el agua son todo un lujo incluso sin estar encarcelado. Así que el ángel estuvo blando en las formas una vez más.

Entre los villaviejenses más excitados por causa de los acontecimientos se encontraba don Zenón Fernández de la Encina y Fuentes Corrientes. Llevaba dos noches medio en vela a causa del disgusto sufrido por la negativa de Mijaíl a facilitarle su juicio final en privado. Y desde entonces solo había latido una idea machacona en su cabeza: debía evitar a toda costa que Villavieja conociera los azarosos detalles de su vida por su propio bien y por el prestigio de su prosapia, mal que le pesara al ángel, porque en caso contrario sus ilustres ancestros jamás se lo perdonarían. Y prueba de ello fue la aparición de su bisabuelo -el que fuera general carlista cuando la Sorpresa de Lácar- durante la duermevela de la pasada noche. Se le había mostrado desde el más allá ataviado con su uniforme de gala, incluida la chapela blanca con enorme borla y el acerado espadón, para advertirle de las trágicas consecuencias que habría de enfrentar en la otra vida si llegaba a caer la menor tacha sobre el prestigio de los Fernández de la Encina.

Bien es cierto que lo del general, más que un sueño, fue una alucinación provocada por la compulsiva ingestión de media botella de marrasquino y otra media de licor de guindas en poco menos de una hora. Zenón no pudo escoger otra bebida para olvidar sus apuros porque era todo lo que restaba en la antes bien provista bodega familiar, y sabido es que los espirituosos con mucho contenido en azúcar suelen provocar unas borracheras monumentales. A pesar de su lógica opacidad en el discernimiento al despertar, o quizás debido a ella, se tomó muy en serio la onírica orden de su antepasado y enseguida buscó una vía para darle cumplimiento.

El plan improvisado entre residuos de vapores etílicos fue bien simple. Y, aunque meridianamente truculento, era potencialmente efectivo y podría haberle llevado a conseguir sus fines en pura lógica. Maquinó que si se suicidaba adelantaría su muerte y tendría derecho a un juicio celestial en privado e inmediato, evitando así el oprobio de ver sus aventuras difundidas entre la gentuza de Villavieja. O eso creyó.

Ni corto ni perezoso, aun estando gravemente lastrado en lo físico y mental por las secuelas resacasas de lo ingerido la noche anterior, consiguió subir hasta lo más alto del torreón de la casa solariega. E incluso llegó a poner pie inseguro en una de sus almenas a pesar de que padecía vértigo y llevaba muchos años sin merodear por aquellas cimas. Pero al mirar hacia el lejano y adoquinado suelo y sentirse inseguramente aupado en aquella atalaya, sostenido tan solo por sus temblorosas piernas, expuesto cual giraldillo al empuje del viento que bajaba fuerte desde la ronca tormenta de las montañas, le asaltaron todos los miedos del mundo.

- «Es mucha caída y te va a doler un horror» -le aconsejaba su conciencia-. «Al fin y al cabo jamás conociste a tu bisabuelo por lo que no le debes nada... , ya encontrarás otra solución al problema».

Se tambaleó inquieto sobre la almena dudando escoger entre el pánico al salto y la vergüenza de sufrir el Juicio Final en público. Incluso en el último instante estuvo a punto de venirse atrás y abandonar. Pero no había calculado que el viejo muro llevaba sometido a la mordedura de la lluvia y el hielo más de cinco siglos sin que jamás nadie hubiera revisado su firmeza. Y, con tanta duda y tanto temblequeo de piernas, las viejas piedras se vinieron improvisadamente abajo, y él con ellas.

- Resumiendo, que don Zenón no se suicidó.

- Así es, su conducta fue claramente imprudente, pero la caída resultó involuntaria.

Tras precipitarse al vacío y golpear sordamente en el empedrado de la rúa junto a cascotes y piedras, nadie acudió a socorrerlo porque la calle estaba prácticamente desierta en el momento del accidente. Solo hubo un testigo casual y lejano del salto involuntario que salió corriendo y gritando aterrado al verlo, pues imaginó que en eso habría de consistir el fin del mundo y no quería que le tocara nada parecido a la hora de morir.

- Lo entiendo, ver un acto así impresiona mucho.

- Y pocos tienen los redaños suficientes para atender a la víctima.

Los gritos de aquel involuntario espectador alertaron a una vecina de los Fernández de la Encina -nuestra ya conocida doña Virtudes, una de las piezas fundamentales del trío de beatas de Villavieja- quien divisó a Zenón inerte y estampado en medio de la calle al escudriñar curiosa entre las rendijas de la persiana del mirador de su casa. Lógicamente se apresuró en avisar a Manuela, el ama de llaves de don Zenón, aunque no en ayudar al caído porque desde siempre le había dado mucho reparo la visión de la sangre. Así que la fiel criada hubo de enfrentar sola el reto prorrumpiendo en grandes lloros en cuanto vio a su señor inmóvil sobre los duros adoquines, y de entrada pensó en lo peor porque no mostraba signos aparentes de vida. Pero los cortó de raíz tras acercarse y comprobar que, para su sorpresa, aún respiraba y andaba aparentemente entero y consciente.

- ¿Estoy vivo, Manuela? -le preguntaba repetidamente un Zenón trastocado y también algo frustrado por el resultado fallido del salto.

- Solo por un instante más, porque ya me encargaré yo de rematarte en cuanto estemos a solas -rugía la susodicha entre dientes mientras acababa de examinarlo.

Así que, tras alzarlo con gran trabajo y sacudirle el polvo, la buena mujer lo retornó a su casa. Y allí echó al saltador un rapapolvo de padre y muy señor mío haciendo gala, uso y abuso de grandes voces que pudieron oírse desde la calle y fueron objeto de escucha atenta por parte de algunos. Particularmente por parte de doña Virtudes, quien nunca llegó a explicarse cómo una criada -servidora leal de los Fernández de la Encina de toda la vida- tuteaba y se permitía ciertas expresiones no solo ineducadas sino claramente procaces con su señor, al que estuvo vapuleando de palabra durante un buen rato hasta que se cansó.

Como don Zenón no entendía cómo había salido indemne de la caída y lo achacaba a una excepcional mala suerte, no cesó en su desvarío suicida. Y, mientras aguantaba callado la bronca de Manuela, se estuvo repitiendo que él no pensaba soportar un Juicio Final en público con el consiguiente escarnio de la plebe por mucho que Dios lo mandara.

- «Los Fernández de la Encina hemos tenido el derecho inalienable a elegir el momento de nuestra muerte desde Las Navas de Tolosa» -se añadía para animarse.

- ¡No me diga!

- Pues sí señor. El por entonces arzobispo de Toledo cuando la batalla, don Rodrigo Jiménez de Rada, se lo concedió a uno de sus antepasados, don Nuño Fernández de la Encina,

y por ende a sus herederos en los prolegómenos del famoso enfrentamiento. Obedeció tan particular distinción al hecho de que nuestro buen don Nuño se había mostrado bastante reacio a capitanear la vanguardia extrema de los cristianos, y fue una forma de motivarlo al convertirle la necesidad en virtud.

- *¿Y cómo acabó don Nuño?*

- *Muy mal como era de prever, hecho un acerico por la lluvia de flechas y virotes que se le vino encima nada más comenzar el combate. Eso sí, a cambio entregó su alma a Dios muy gozoso y satisfecho por haber sido el primer caballero de la cristiandad en recibir tan alto derecho.*

Y, sin salir de su irracional ofuscación, su furor suicida se acrecentó sobradamente al tomar conciencia plena de que el trastazo no le había dolido en absoluto y tenía todos los huesos enteros y en su sitio. Animado con ello, se propuso repetir el intento en cuanto surgiera la más mínima oportunidad. Y apenas una hora después, con ocasión de una inesperada salida de Manuela a la calle, se puso manos a la obra.

Entre tanto, la noticia de su caída sin daño se había expandido por Villavieja, aunque la gente se mostró reacia a creérsela de entrada. ¡Cómo imaginar tanta fortaleza en un setentón! Pero ahí estaban los resultados, proclamaba en público doña Virtudes a la puerta de la iglesia, don Zenón seguía vivo y parecía estar más espabilado que antes.

- Solo hay una explicación razonable a tanta fortuna -acabó defendiendo atrevidamente doña Enriqueta contando con la aquiescencia de doña Virtudes y doña Margarita-. Mientras tengamos en puertas el Juicio Final aquí no se muere nadie..., y el que no se lo crea que haga la prueba.

Dado este cúmulo de circunstancias, don Zenón consiguió captar de inmediato el interés y la voluntad del vecindario circundante en cuanto volvió a asomar por una segunda almena de la torre. Y al poco de estar allá arriba tratando de digerir los miedos que volvían a revolverle el cuerpo y a encogerle el alma, un nutrido corrillo de mirones asistía ya atento y en solemne silencio a lo que pudiera pasar mientras guardaba una prudente distancia de seguridad con la potencial zona de impacto del saltador. Tanto interés popular halagó mucho a don Zenón, de siempre sensible a cualquier posibilidad de convertirse en foco de atención, por lo que se sintió obligado a lucirse ante los espectadores a modo de despedida antes de proceder al salto

final. Y, a fin de darle mayor enjundia y morbo a la escena, decidió amagar un primer vuelo al vacío sacando una pierna hacia fuera.

En ese momento un ¡oh! estalló en boca de los estremecidos observadores, nunca se sabrá si impulsado por un noble sentimiento de conmiseración o uno pérfido de desilusión ya que el salto no se produjo. Pero don Zenón lo interpretó en clave admirativa, lo que elevó su autoestima hasta niveles nunca alcanzados en toda su existencia. En aquellos instantes se sintió heroico, épico e indomable, como el intrépido trapequista que se juega la vida volando acrobáticamente de un balancín a otro sin red de seguridad mientras escucha los aplausos de un público temeroso y, al tiempo, alucinado con la hazaña.

Mientras esto ocurría, la noticia del posible nuevo intento suicida había sobrevolado el pueblo y llegado hasta la parroquia donde ya se encontraba Manuela. Desesperada con los desvaríos de Zenón, había corrido hasta allá para contarle a don Zacarías la aventura vivida y, de paso, para volcar sus desdichas en él buscando consuelo.

- Ya ve usted, señor cura, y todo por querer tener un juicio final en privado. ¿Usted lo entiende? Porque yo no y ya estoy harta de soportar a este mastuerzo... ¡Y ahora quiere repetir!

- Pues yo sí lo entiendo, Manuela, y me va a oír... Él y toda Villavieja. Quédate aquí tranquila que esto te lo arreglo yo en un momento.

- *Nunca hubiera imaginado que con la llegada del Juicio Final todos quedarán protegidos contra la muerte.*

- *Considere que no era conveniente estar resucitando a don Zenón cada dos por tres para poder tenerlo presente durante el gran acto. Además, esas actitudes se contagian con suma facilidad, enseguida salen imitadores y acaban convirtiéndose en una epidemia.*

Don Zenón había sacado esta vez el torso al vacío con gran atrevimiento, según su opinión, pero apenas había conseguido arrancar un apagado murmullo entre los espectadores. Tan parco interés resultaba lógico porque había sido el quinto amago inconcluso de salto al vacío y, claro está, la gente estaba cansada de tan larga espera. Incluso ya habían surgido algunos comentarios de reprobación entre los mirones ante la continua dilación. Y justo en ese momento apareció en la calle don Zacarías armado con el megáfono que utilizaba para dirigir las procesiones de Semana Santa.

- Don Zenón, bájese inmediatamente de la torre -conminó el cura.

- ¡No pienso! -respondió tonante desde las alturas el ahora crecido hidalgo mientras daba la espalda al párroco en gesto despreciativo.

- Como no baje se van a enterar hasta en la China de lo suyo. ¡Sepa que estoy decidido a contarle todo! -amenazó don Zacarías al tiempo que aumentaba el volumen del altavoz.

- ¿Contar qué? -gritó algo descolocado Zenón al no entender la trastienda del mensaje.

- Todo lo que no quiere que se conozca durante el Juicio Final.

- Usted no sabe nada de nada -ahora su tono, aunque despreciativo, había sonado mucho menos firme.

- ¿Que no sé nada de nada?... ¡Infeliz! Fui confesor de su santa madre durante años y ahora también lo soy de Manuela -alardeó el cura provocando un renovado murmullo de curiosidad e incrementando la expectación entre los mirones.

- ¿Será capaz de violentar el secreto de confesión? -preguntó Zenón dubitativo tras permanecer callado durante unos segundos.

- No lo dude, soy capaz de eso y de mucho más -el altavoz se encontraba ahora al máximo de potencia y la parrafada retumbó entre las casas como un largo cañonazo-. O baja ya o empiezo a largar ahora mismo.

- ¡Caramba con don Zacarías!

- A grandes males, grandes remedios. Ya le dije que el cura era pastueño, pero resultaba temible cuando lo enfadaban

- ¿Y largó finalmente o todo quedó en un farol?

- Para disgusto de buena parte de los mirones, don Zenón arrió velas y se recogió en su casa al instante.

- ¿Ahí acabó el furor del hidalgo?

- Ahí terminó.

CAPÍTULO XIV

CUARTO DÍA, UNAS PASTAS DE ALMENDRAS Y UN COMITÉ DE CRISIS

A pesar de los nervios, aquella tardanza, aquel ver pasar las horas sin que hubiera noticia alguna del temido acto, había ido relajando el recelo de parte de los villaviejenses hacia los extraños aparecidos. Algunos ya no salían corriendo despavoridos al ver acercarse a Mijaíl, e incluso unos cuantos osados se le aproximaron para cambiar algunas palabras aun guardando siempre una adecuada distancia. Y cualquiera que lo deseara podía ver a don José paseando por la plaza o sentado a una mesa de la taberna de Eustaquio matando las horas, charlando o incluso jugando al dominó con el ángel y el tabernero. Por el contrario, Conchito y Remigio no se dejaban ver. Y Omael, tras su breve visita a Mijaíl, había desaparecido. El cuidado del ganado, o lo que fuera, debía requerir toda su atención.

En el extremo opuesto de la prudente actitud general se encontraban doña Virtudes, doña Enriqueta y doña Margarita, quienes empujadas por una poderosa, irrefrenable y bien intencionada curiosidad decidieron llevar unos pastelitos de almendra a Mijaíl hasta el bar de Eustaquio. El ángel recibió con mucho agrado los dulces y, tras degustar alguno, los alabó calurosamente para satisfacción de doña Margarita, la autora de los mismos. Y, aprovechando la cercanía del momento, esta extrajo una cámara fotográfica de su bolso -solapado fin último de la visita- y le rogó que les permitiera hacerse unas fotos con él. Mijaíl se prestó con sumo gusto a la petición sin añadir un pero, y las buenas señoras quedaron encantadas con su cortés y cálida acogida.

- ¡Qué majo es!, ¡todo un caballero! Esta tarde repetiremos la visita porque yo también he hecho unas magdalenas buenísimas que debería probar don Mijaíl -propuso doña Virtudes mientras se retiraban camino de la iglesia.

- Mejor mañana, Virtudes, si hay ocasión -corrigió doña Enriqueta-, que tampoco hay que abusar de los ángeles.

- Lo de las señoras estaba justificado porque no es frecuente poder hacerse una foto con un ángel.

- Sin duda alguna. Pero debo aclararle que todas las instantáneas salieron quemadas por un extraño exceso de luz.

- ¡Lástima!

- ¿Da usted su permiso?

- Adelante sargento.

El médico había citado a Periañez y a don Zacarías en su consulta, abandonado ya el provisional refugio en la rebotica de la farmacia tras la reincorporación de doña Lourdes, porque estaba decidido a romper de una vez por todas con el compás de espera a que los había sometido Mijaíl.

- Aquí me tiene para lo que guste mandar -manifestó Periañez, el sargento de la policía municipal felizmente reincorporado al servicio, quien buscaba asegurarse el perdón administrativo mostrándose muy servicial con el alcalde en funciones en toda ocasión.

- Siéntese por favor, don Zacarías aún no ha llegado.

- Igual tarda porque salió a dar la extremaunción a Teodosio, el de la barranca.

- Lo examiné hace una semana y estaba como una rosa -se sorprendió el médico.

- Y sigue igual de sano. Pero, como es muy aprensivo, se metió en la cama cuando empezó todo el lío y desde entonces no ha parado de pedir los santos óleos a voz en cuello. Ha traído de cabeza a su familia hasta conseguir que le llevaran el cura a su casa.

- Teodosio quiere servicio a domicilio -murmuró el médico-. Con esto de los miedos cada uno rompe por donde puede en lo tocante a manías y creencias.

- Tanto más ahora que a todos nos sale la veta religiosa.

- Periañez, perdone la imprudente curiosidad, ¿usted cree en Dios?

- Sin duda, como está mandado.

- ¡Hombre!, nadie le obliga.

- Si lo mamas desde pequeño, al final se te queda. Usted no conoció a mi madre, ¿verdad? Aún me duele el capón que me soltó el día en

que le insinué lo contrario. Luego, sin duda influido por los efectos benéficos de aquel pescozón, lo he venido aceptando sin reservas... Y le añado más, sin reservas y por necesidad.

- Explíqueme eso de la necesidad porque ahí no llego.

- Usted bebe agua o un refresco o lo que encuentra a mano cuando tiene sed, ¿no?

- Sí señor.

- A mí me ocurre algo parecido con esto, yo siento la necesidad de creer en Dios... ¿Y por qué?, me preguntará... Porque me sale de dentro como el apagar la sed. Ya sé que usted no cree en estas cosas porque le he visto discutir muchas veces con don Zacarías sin llegar jamás al menor acuerdo sobre el tema. Y no espere que yo pueda exponerle ahora el intríngulis de mis razones porque no las sé... Le parecerá infantil mi postura viniendo de un policía que tiene fama de ser algo tarugo.

- ¡Ni hablar! -protestó don Práxedes-. No se avergüence jamás de ejercer su derecho a pensar como quiera y a creer en lo que le dé la real gana. ¡Faltaría más! Tiene usted todo mi respeto y consideración aun siendo mi enfoque personal distinto al suyo. Además, cualquiera sabe cuál de los dos tiene razón si es que la tenemos alguno.

A don Práxedes le impresionó saber que el sargento creía en Dios por necesidad vital. Y concluyó que Periañez no era un simple adicto a la fe de carbonero, porque la aparente sencillez de su propuesta iba más allá de la aceptación ciega. Incluso le pareció mucho más respetable y profunda que la mayoría de los argumentos utilizados por don Zacarías durante las diatribas teológicas. Simple y sencillo... En nada se parecía a lo suyo, siendo como era un especialista en perderse en enredos mentales.

- ¿Qué tal va el reparto de marihuana? -inquirió el sargento cambiando de tercio.

- Doña Lourdes lo tiene bajo control, no hay problema.

- ¡No me diga que también repartimos marihuana! -el párroco acababa de irrumpir en el despacho y había escuchado sus últimas palabras.

- Respete mis asuntos, don Zacarías, que yo no me meto en sus misas y confesiones. Y vayamos al grano ahora que ya estamos todos. O hay Juicio Final o no lo hay, pero que se decidan de una puñetera vez porque soy la máxima autoridad del municipio y no puedo tolerar que nos ninguneen de esta forma. Así que ahora mismo nos vamos a buscar a ese Mijaíl porque nos tiene sobre ascuas y sin dar una sola explicación a cambio -expuso abruptamente don Práxedes.

- Tiene usted mucha razón, señor alcalde. Ni vivimos ni morimos, ¡qué asco de Juicio Final! Y aunque llevo horas patrullando sin

descanso por Villavieja y estoy molido, los escoltaré porque no me fío de ese coronel por muy ángel que sea -remachó el sargento.

Minutos después el voluntarioso comité de crisis de Villavieja atravesaba la Plaza Mayor en dirección al bar de Eustaquio. Al acercarse, y sin razón concreta, Don Zacarías alzó la vista hacia los ventanales de la pensión y pudo divisar la cabeza rala y canosa de don José asomando por uno de ellos. Lo saludó con un gesto de la mano, que fue devuelto con una leve inclinación de cabeza por parte del maestro. Habían sido buenos amigos durante su vida anterior, y en ese momento le pareció vislumbrar una infinita tristeza en su rostro, un abismo de desesperanza y, quizás, incluso de hastío. Entonces se echó en cara no haberlo visitado tras su resurrección, no haber cruzado algunas palabras con él, no haberse interesado por su estado...

- *Con demasiada frecuencia maltratamos a los amigos mediante el olvido o la indiferencia.*
- *Pero, si es un verdadero amigo, siempre estará a tu lado.*
- *Hasta que se canse de estar, ¿no le parece?*

- ¿Me recuerda? Soy Práxedes Canalejas, actual alcalde en funciones del muy noble y muy leal lugar de Villavieja -dijo el médico tras irrumpir en el bar y mientras estrechaba la mano de Mijaíl al tiempo que le mostraba un amago de cortés sonrisa-. Y permítame que le presente a quienes me acompañan: don Zacarías Coutiño, cura párroco de este pueblo y velador de la salud de las almas, y don Indalecio Perriáñez, sargento jefe de nuestra policía municipal. Coincidimos la otra noche en la alcaldía, pero ni entonces ni después hubo tiempo para cortesías ni presentaciones.

- Conozco al sargento Perriáñez, del que tengo una gran opinión por su dedicación y disciplina, pero no a don Zacarías. Mucho gusto señor párroco -añadió Mijaíl mientras los invitaba a sentarse.

- Don Mijaíl, el motivo de nuestra visita radica en la necesidad imperiosa de discutir con usted cierto problema -Don Práxedes, sin preámbulos, fue directamente al meollo con voz firme y decidida-. Y, aunque solo lo hemos hablado entre nosotros, estimo que representamos bien el sentir de todos los habitantes de Villavieja en estos momentos... Verá, usted nos dio el gran susto hace pocos días al anunciarnos el Juicio Final aquí mismo, en plena Plaza Mayor y ante medio pueblo, con un despliegue de fuerza que aterró a todos. Las consecuencias fueron inmediatas: pánico generalizado, ataques de nervios, huidas a los montes y arrepentimientos sumarísimos que causaron colas interminables ante el confesionario de don Zacarías.

En resumen, que nos acollonó con el Juicio Final y el fin del mundo. Y desde entonces vivimos en un sinvivir porque siguen pasando las horas y los días y aquí no ocurre nada de nada. Esto nos parece muy poco serio y estamos llegando a la conclusión de que amagan pero no aciertan. Incluso empezamos a pensar que todo es una farsa.

- ¿Se lamentan de que no haya sucedido nada? -preguntó Mijaíl sorprendido-. Suponía que agradecerían nuestra tardanza ya que les da tiempo a prepararse convenientemente.

- Pues no señor, y le aclararé el porqué. Los cataclismos, sean o no sean debidos a un Juicio Final y por simple respeto a los sujetos pacientes, o se hacen sin avisar o no se hacen ya que no son ninguna broma. ¿Qué ganan con haber creado este clima de miedo? Reconozco que el dar margen de tiempo para ir a confesarte o para poner en orden tu conciencia es un detalle de agradecer. Pero su efecto benéfico remitió a las pocas horas, y de inmediato la gente comenzó a preguntarse cómo será el subsiguiente fin del mundo y si dolerá mucho. En esto hay opiniones para todos los gustos a cual más dolorosa y truculenta: unos vaticinan que caerán rayos y centellas sobre nuestras cabezas, otros que nos abrasarán con lenguas de fuego, lluvia de azufre ardiente y chorros de metal fundido mientras se hunde la tierra a nuestros pies... Así que algunos redoblaron las huidas a los montes y hasta el encerrarse bajo siete llaves poniéndose los colchones alrededor por si dan alguna protección. Incluso uno se ha metido en la antigua mina abandonada y ahí sigue..., debe estar tratando de escapar profundizando en el agujero. Contra esos miedos descabalados hay poca defensa, créame, los tranquilizantes de la farmacia se acabaron en un suspiro y la tila lógicamente sirve de bien poco en estas circunstancias. Incluso se ha acabado el tabaco en el estanco. Otros se entregaron a la bebida, pero el alcohol tampoco es solución porque deja resaca, mal aliento y dolor de cabeza. Por todo ello me he visto forzado a ir contra mis principios e iniciar el reparto de un alijo de marihuana que habían decomisado los municipales. Ahora debemos tener a medio pueblo colocado, aunque los que no la fuman siguen sin encontrar consuelo.

- ¿Y qué desean?

- Saber cuándo va a empezar la fiesta y, de paso, rogarle que acabe pronto.

- ¿Usted qué opina, don Zacarías? -preguntó Mijaíl dirigiéndose al cura.

- Pues verá... -el cura carraspeó un par de veces para aclararse la voz o quizás para ganar tiempo y poder pensar antes en lo que iba a decir-. Opinar opino poco por razón de oficio, ya que debo ser disciplinado

con la superioridad y no quiero líos con el de arriba. Por tanto, como cura acato lo que Él haya dispuesto sin discutir. Pero debo decirle que en lo estrictamente personal estoy de acuerdo con lo manifestado por el señor alcalde. En principio, según la doctrina de la Iglesia a la que humildemente represento en Villavieja, durante el Juicio Final sabremos por qué Dios permitió el mal y la injusticia, los accidentes, las enfermedades y las guerras, el dolor y la tristeza... Por qué con demasiada frecuencia los malos triunfan y los buenos fracasan... Y también por qué nos está pasando ahora mismo esto... E iluminados por su sabiduría comprenderemos que nuestro actual sufrimiento ha sido para nuestro bien y para mayor gloria del Altísimo... Todo eso lo entiendo y lo acepto, ¿pero cuándo sucederá? Los nervios de mis pobres feligreses están machacados por la angustia, y comprenda que vivir con esta zozobra está resultando muy poco caritativo. Si tiene que ser que sea, pero que sea cuanto antes, ¿me explico? En resumen, que apoyo la petición de nuestro alcalde.

- Tampoco entendemos por qué nos mantienen aislados -reincidió don Práxedes-. Estamos en puertas del fin del mundo y deberían permitirnos entrar en contacto con familiares y amigos de fuera para despedirnos.

- Señores, yo solo estoy aquí para que todo discurra en orden y con tranquilidad cuando llegue el momento. Cumplo instrucciones y no soy quien toma las decisiones, créanme. Y sepan que desconozco las causas del retraso porque no me las han comunicado -mientras hablaba, Mijaíl mostraba una expresión apacible y neutra, distante, como si su comentario tan solo acotase la dimensión de un problema menor.

- Pues pregúntele a Dios -propuso don Práxedes con ácido descaro-, a ver si nos aclaramos de una pajolera vez.

- ¿Cree que puedo distraer a Dios así como así? -inquirió Mijaíl.

- Usted sabrá, ¿acaso tiene mal carácter?

- Dios es un poco suyo y tiene sus cosas, pero no tiene mal genio. Debe entender que anda muy liado porque ha de estar en todas partes, y eso no es fácil y entretiene mucho. Ya saben que el universo guarda trillones de estrellas y planetas a los que atender, así que figúrense lo descomunal de su tarea.

- Y nosotros somos una mota de polvo impalpable olvidada y perdida en ese infinito almacén.

- Ni olvidada ni perdida. Les aseguro que Dios se preocupa de todas sus criaturas y por supuesto de los humanos.

- A mí me suena a disculpa para salir del paso. He pisado un hormiguero sin querer al venir hacia acá y he aplastado a unas cuantas

hormigas, pero no he visto que Dios haya salido en su ayuda -insistió don Práxedes-. Me temo que nos está pasando algo parecido porque no somos dignos de mejor trato que ellas.

- ¿Existe alguna posibilidad de que Dios cambie de opinión? -cortó don Zacarías para rebajar la tensión y cambiar de tema.

- Es posible, aunque lo creo improbable. Considere que Dios estableció las leyes que regulan el universo al inicio de la creación y no contempla interferir en ellas cada dos por tres ante cualquier situación contraria. ¿Cree acaso que no hay otros mundos y estrellas chocando entre sí y generando grandes cataclismos? ¿Saben algo acerca de los destrozos que causa un agujero negro? En cualquier caso, aunque sus designios son inescrutables, no duden que Él tiene su propio plan de la creación y procura mantenerlo -afirmó Mijaíl con un cierto tono de misterio en la voz mientras recorría con la mirada el rostro de sus interlocutores-. Nunca acabaré de entender a los humanos. Convivís con el hecho ineludible de la muerte, pero os empeñáis en vivir de espaldas a ella aun siendo un acto usual que fatalmente os alcanzará tarde o temprano. Cada persona la acepta como algo normal para otras, mas no la visualiza para sí misma ya que inconscientemente se cree inmortal. De ahí procede en buena parte vuestra angustia vital, y por ello suponía que veríais este retraso como un hecho positivo.

- Don Mijaíl -terció don Práxedes-, entiendo que le resulte atrevida y heterodoxa nuestra petición, pero no es descabellada ni tonta. Y si le cuesta encajarla en sus planes, considérela la última voluntad de unos condenados a muerte y tramítela.

- De acuerdo, don Práxedes -respondió Mijaíl tras meditar durante unos instantes-. Dada la importancia que tiene el problema para ustedes, iré a preguntar, pero le aviso que tardaré unas horas en regresar. Mientras tanto, procuren controlar esos nervios.

- Queda un asunto pendiente, mi coronel -terció Periañez para finalizar-. ¿Mantengo encerrados a Panduro y a Tomasón en el cuartelillo?

- Sin duda, sargento. Y ya sabe, a pan y agua.

- Mijaíl hablaba de calmar los nervios como si en Villavieja solo estuvieran esperando a un autobús que llegara con retraso.

- ¡Ya ve! Aun siendo un ángel se mostraba poco empático y solidario.

- Don José tenía razón, huele a melón soso y frío.

- Zacarías, estuviste blando con Mijaíl. Solo el médico le mostró los dientes en algún momento.

- Yo diría que en mi caso estuve respetuoso. ¡Qué remedio! No esperará que un pobre párroco de pueblo ponga de vuelta y media a un ángel por el retraso.

- No, pero tenéis que apretarle algo más.

Había cerrado la iglesia, apagado luces y finalmente llevado una nueva lamparilla hasta la hornacina de san Tigrido con la esperanza de charlar un rato con él antes de dormir. Y fue la propia imagen quien había iniciado la conversación.

- Os queda lo peor y tenéis que ser duros y exigentes. Mijaíl es un gran tipo que jamás irá en vuestra contra, pero no olvidéis que la nomenklatura celestial se las trae.

- ¿Nomenklatura?

- La élite de arcángeles, tronos, dominaciones, potestades, virtudes, principados y demás encargados de aplicar las directivas celestiales a través de comités decisorios. Para ellos el procedimiento es el procedimiento, lo defienden a ultranza y mantienen por sistema que jamás hay que salirse del mismo.

- ¡Santo Dios! ¿También hay burocracia en el cielo?

- ¡Si yo le contara!, pero no es momento de perder el tiempo.

- ¿Pero cómo nos puede ayudar Mijaíl si su misión es la contraria?

- No pierda la esperanza porque en las alturas siguen tropezando con problemas.

CAPÍTULO XV

QUINTO DÍA, LA MELANCOLÍA DE REMIGIO Y LA GLORIA DE DOÑA ENRIQUETA

Don Zacarías se estaba tomando unos minutos de descanso en su casa a media mañana cuando lo desvelaron unos toques tímidos en la puerta de la calle. Alguien llamaba aunque lo hacía sin mucha fe, quedamente, con desgana. Y pensó que algún pecador dudaba en demandar su ayuda por lo que corrió a abrirla por si retrocedía en su propósito.

- ¡Remigio!

Remigio Cantalapiedra, alias Tirocorto, estaba frente a él demacrado, mustio y encogido en su traje de los domingos -el mismo con que lo enterraron- y parecía hundido en la melancolía. Mostraba los ojos enrojecidos como de haber llorado mucho, y su mirada mansa y rendida le recordó a la de un buey camino del matadero. Esta vez no le infundió miedo como cuando lo vio resucitado por vez primera, ya que el ser humano se acostumbra a todo y acaba pechando con las situaciones más extrañas.

- Don Zacarías, ¿podría darme la extremaunción? -le preguntó con voz trémula.

- Pues sí que llegas con aires alegres. ¿Y por qué?

- Porque voy camino del cementerio a morirme.

- No lo tendrás fácil. Aquí no se muere nadie mientras sigamos aguardando al Juicio Final -le aseguró el cura sin explicar detalles.

- ¿Y qué puedo hacer si no? -preguntó Remigio sofocando un sollozo-. No aguanto estar más tiempo resucitado, me siento un estorbo y le juro que esta nueva vida no es vida.

- ¿No te habían acogido Jacinto y Dosia?

- Sí, pero he decidido abandonar su casa.

- Entonces vamos dentro a tomar un buen café de pote y me lo cuentas todo -propuso el cura mientras lo tomaba cariñosamente por un brazo con gesto paternal.

Y entonces Remigio, derrumbado una vez más ante aquella pequeña muestra de afecto, rompió a llorar con total desconuelo. Y relató a don Zacarías entre hipidos y algún sorbetón la razón de sus males: había huido de la que fue su casa para no causar daño a Dosia y a su amigo Jacinto.

- He caído entre ellos como una maldición que troncha sus vidas. Verá, don Zacarías, sé que Dosia aún me quiere, pero Jacinto fue mi amigo... Y no está bien, y no debe ser, que yo ande incordiando entre dos personas que se aman porque corro el riesgo de amargarles estas últimas horas de vida. Mi tiempo, me guste o no, ya pasó. Y no puedo seguir al lado de Dosia ni por un instante más porque la quiero con toda mi alma y tendría que cortarme los brazos para retener mi afán de abrazarla. Así que vuelvo a estar muerto en aparente vida porque sin ella no sé vivir -afirmó con tono trágico.

Don Zacarías no supo qué decir de inicio. Llevaba desde primera hora de la mañana confesando de nuevo a feligreses y estaba fatigado. Superado el susto inicial y sus secuelas, los villaviejenses habían vuelto a las andadas a pesar de la amenaza que pesaba sobre ellos y de nuevo habían aflorado las mismas miserias y los mismos pecados de siempre. Así que no había mejoras en el comportamiento de sus parroquianos ni con el Juicio Final en puertas y, en añadido, su retraso les había conducido a un redundante círculo vicioso. La idea de que «mientras esto se aclara o no yo sigo a lo mío» compendia la respuesta de muchos a la nueva situación. Y la remataban con un «de vez en cuando paso a confesarme no vaya a ser que esto se precipite y me coja desprevenido». Y él no daba abasto de nuevo para tanta confesión. Además, era obvio que la cancamurria de Remigio no se arreglaba con penitencias ni rezos... Pero la solución le llegó inopinadamente por caminos imprevistos.

- ¿Me ha llamado, don Zacarías?

Caridad, lucida y rozagante a pesar de vestir mandilón y portar cubo y fregona, había aparecido en la rectoral a través del portillo de comunicación con el templo. De nuevo enfrentaba un zafarrancho en la iglesia junto a Consuelo, aunque debe aclararse que en esta ocasión no obedecía a una nueva penitencia sino al hecho de que el templo no quedó del todo limpio en el primer intento.

- No, no te he llamado.

- Pues me había parecido. Será que alguien ha querido gastarme una broma..., y menudo vozarrón tenía porque ha retumbado en toda la iglesia. En fin, vuelvo a la tarea.

Y en ese mismo instante, como por inspiración santa, se le iluminó el cacumen al señor cura.

- Guarda un momento, Caridad, porque me vienes como caída del cielo. Mira, te presento a un buen amigo: Remigio Cantalapiedra -el cura hubo de dar un pequeño empujón al citado para que se acercara a Caridad a darle la mano-. Supongo que habrás oído hablar de él... Sí, es el amigo de Conchito. Gran persona, hombre bueno y leal donde los haya, te lo garantizo. Ahora tiene algún problemilla y necesita sostén, apoyo y mucho cariño porque se siente muy solo y no encuentra consuelo a sus desdichas. Y, justo cuando has aparecido, estaba yo cavilando en quién podría confiar para sacarlo de su melancolía... ¿Tendrías sitio para él en Villa Nancy?

- *Don Zacarías está resultando ser un perfecto alcahuete.*

- *Alcahuete, pero bien intencionado.*

- *¿Y quién dio la voz en la iglesia?*

- *¿Quién podía ser sino Tigrido?*

- ¿Qué tal se encuentra don José? -preguntó doña Enriqueta con tono inocente.

- Bien, parece que no han pasado los años por él -le respondió Eustaquio, el tabernero-. Sigue igual de viejo que siempre.

- ¿Se ha marchado con don Mijaíl? -reincidió Enriqueta.

- No, pero lleva todo el día encerrado en su habitación. ¿Sabe usted?, no le gusta salir a la calle porque la gente lo rehúye y lleva muy mal ese rechazo.

- ¡Pobre mío!

Las tres amigas habían degustado un chocolate bien espeso con churros en la taberna y acababan de abonar la consumición entregando a cambio un hermoso bizcocho dado que Eustaquio seguía con su particular revolución económica. Fue en ese instante cuando Enriqueta tomó la difícil decisión y, nada más salir a la plaza, anunció a sus amigas que le dolía la cabeza y se volvía a su casa. Y en cuanto las vio alejarse camino de la iglesia, dirigió sus pasos hacia una calle adyacente para dar un rodeo y retornar a la plaza desde el lado opuesto. Aun así esperó unos instantes escondida tras un pilar de los soportales hasta cerciorarse de que doña Virtudes y doña Margarita

habían entrado en el templo, y solo entonces se dirigió de nuevo a la taberna de Eustaquio.

Desde la barra del bar se divisaba perfectamente el vestíbulo de entrada a la pensión y hubo de esperar a que el tabernero se introdujera en la cocina a buscar algo antes de deslizarse escaleras arriba. Subió tan aprisa como pudo, los años no pasan en balde, procurando no hacer un ruido. Pero los traidores peldaños de madera crujieron a su paso y temió que eso alertara a Eustaquio. Se habría muerto de vergüenza si la hubiera descubierto, ya que la acción ponía en entredicho su honra y hubiera dado mucho que hablar en Villavieja.

- «Doña Enriqueta ha visitado a solas a don José en su habitación».

- «¡Qué me dices!».

- «Ya ves, mucha misa y mucho rosario, pero luego...».

- «No me extraña porque fue muy casquivana y siempre anduvo detrás del maestro».

Por un instante dudó en seguir avanzando atemorizada por las posibles consecuencias de su atrevimiento, mas apartó decidida de su cabeza las reservas y siguió adelante. El corazón le saltaba del pecho al alcanzar por fin el rellano de la primera planta, y no tan solo por el esfuerzo realizado sino también por los nervios. Trató de calmarse haciendo un alto y respirando profundamente porque, se dijo, debía estar serena para enfrentar aquel trascendental encuentro. Después se acercó a la puerta del cuarto de don José y pegó un oído a ella. No oyó un ruido, pero Enriqueta supo que su Pepe estaba allí porque lo sentía en la sangre, le olía... Entonces la golpeó suavemente con los nudillos.

- Pepe, ¿estás ahí? -inquirió con tono acaramelado.

Don José se sobresaltó al oírla y soltó el libro que estaba leyendo, que cayó al suelo haciendo ruido. A pesar de los años pasados bajo tierra había reconocido de inmediato la voz de Enriqueta y se echó a temblar.

- Ábreme, por favor -rogó Enriqueta al tiempo que volvía a golpear suavemente la puerta-. Sé que estás, te he oído.

Don José, amedrentado, no sabía qué actitud tomar. Enriqueta era muy tenaz con sus propósitos y sería muy difícil alejarla sin atender a sus deseos, pero él no deseaba enfrentarse a ella cara a cara ni loco.

- Solo necesito preguntarte una cosa -insistió Enriqueta.

- ¿Qué quieres? -respondió finalmente al tiempo que se acercaba al otro lado de la puerta.

- Verte.

- No, imposible -afirmó con rotundidad.

- ¿Por qué?

- Porque no.

A pesar de su contundente y nada amable contestación, don José se sabía perdido de antemano. Enriqueta respondería incansable a cada una de sus respuestas con una nueva pregunta para, poco a poco, conducirlo al deseado clímax final en su redil del despecho. Largamente aficionada a la lectura folletinesca, Enriqueta amaba el drama por tradición y principios. Pero sobre todo amaba su propio drama al que consideraba casi una tragedia. Jamás entendió por qué su Pepe la había rechazado e hizo del análisis de aquel desplante la razón de ser de su vida, rememorando y desmenuzando una y otra vez la urdimbre de aquella relación hasta en el menor detalle. Al igual que el doctorando se enfrasca en su tesis, ella analizó cada situación vivida con don José con tenaz disciplina, incluso con fruición, y acabó encontrando una insana complacencia en tan arduo ejercicio. Más tarde, agotada su capacidad de introspección, pasó a exponer el caso a sus íntimas amigas, doña Virtudes y doña Margarita, a las que suministró todo género de minuciosos detalles sobre el tema. Y con el andar del tiempo, casi sin quererlo e impulsada por un raro morbo, fue incorporando nuevos datos fruto ya tan solo de su imaginación a los hechos realmente vividos. Y, con el transcurrir del tiempo, la enriquecida historia de sus pretendidos amores con Pepe terminó siendo como un trasnochado serial radiofónico de carácter cuasi épico. En todo caso, el cien veces manido y alterado relato tuvo la virtud de distraerlas durante muchas tardes de frío y bruma en invierno sin que jamás llegaran a encontrar una explicación lógica al abandono.

- ¡Que me abras! -el tono de Enriqueta arrumbó hacia lo imperativo.

- No empecemos, mujer, que luego acabamos como el rosario de la aurora.

Don José rememoraba en esos instantes un agrio encuentro, mantenido en plena calle del pueblo y a la vista de todos, en el que Enriqueta le echó en cara su falta de atención personal por algún asunto ya olvidado y de poco calado. Ella era una persona extremadamente cordial y afectuosa que de entrada caía muy bien entre los nuevos conocidos por las cálidas acogidas que usualmente les dispensaba. Se comportaba con los recién llegados como una reina madre protectora. Y sus demostraciones de afecto para todo bienvenido eran continuas, plenas de detalles y cordiales palabras, incluso algo excesivas, con lo que conseguía capturar de inmediato la voluntad de la persona halagada. Pero, aun sin demandarlo explícitamente, esperaba a cambio de sus generosas atenciones una respuesta fiel, paralela y tan extrema en lo afectivo como la ofrecida por ella, fuera o no congruente con

el talante y forma de ser del inicialmente alabado y ahora exigido. Jamás entendió ni aceptó que nadie respondiera a su cálida entrega con menor afecto y entusiasmo que el suyo. Y, si eso se producía, acababa entrando en crisis y cantándole sus agravios al descastado o descastada a la menor ocasión que se le presentaba y donde fuera. Esto fue lo que ocurrió con don José a los pocos meses de conocerlo por ser este hombre parco en devolver floreos y lisonjas y, también, por no haberse dejado seducir por sus fervores. En resumen, doña Enriqueta se movía inconscientemente bajo un particular y extraño egoísmo: tan solo amaba a los demás para poder sentirse adorada en justa correspondencia.

Don José pasó a rehuirlo como si fuera la peste a partir de aquel desafortunado desencuentro, lo que exacerbó aún más el enojo de Enriqueta. Y ella convirtió su otrora maraña de afectos en un odio extremo y africano que ya jamás la abandonaría. El resto de la historia es más o menos presumible y tuvo por colofón la actitud mantenida durante el entierro del maestro: vestido rojo, mantilla blanca y peineta, clavel reventón en la pechera y brindis con un vermú con sifón al paso de su cadáver.

- *Resulta difícil catalogar el extraño afecto de doña Enriqueta. Es evidente que su amor no fue perruno, donde el amante se entrega en cuerpo y alma a la persona amada aun sin ser correspondido, porque no existió tal generosidad.*
- *Y tampoco gatuno, que en todo caso cabría achacárselo a don José.*
- *El envolver en halagos, afectos, lisonjas, mohines y zalamerías a la parte contraria me recuerda al entretejido que realiza una araña sobre el cuerpo de la presa tras capturarla.*
- *¿Amor de viuda negra?*
- *Me parece excesiva la calificación porque no devoró a su víctima.*
- *Quizás no halló la ocasión.*

- ¡Al menos respóndeme a una pregunta!

El tono de Enriqueta seguía siendo imperativo, aunque parecía haber disminuido un ápice su exigencia y don José lo captó.

- Si puedo..., pero procura no alterarte.

No respondió de inmediato. Don José la oyó respirar y removerse agitadamente al otro lado de la puerta durante unos segundos. Y temió

que se estuviera rearmando para desatar sobre él una nueva tormenta enumerando los agravios y desprecios sufridos por su culpa, pero esta no estalló. Finalmente le oyó musitar algo en voz baja que no alcanzó a entender.

- Enriqueta, ¿qué dices?, no te oigo.

- Ya, lo siento -parecía haberse calmado-. Mira Pepe, me da mucha vergüenza planteártelo. Pero debes saber que casi acabé perdonando tu desprecio..., y solo digo casi porque aún me queda algún reconcome. Te parecerá raro, pero es la verdad; incluso te he llevado en ocasiones alguna flor a tu tumba. No muchas, no quiero exagerar, pero sí algunas. Rosas rojas por más señas, para que veas que mi amor no murió contigo... Pero aún me late un resquemor, una profunda duda interior que necesito aclarar ya que nunca entendí por qué huiste de mí... ¿Acaso te ofendí?, ¿hice algo mal?, ¿o quizás existió alguna otra causa, para mí desconocida, que te empujara a abandonarme? Por favor, líbrame de esta pesada carga porque no quiero que me alcance el fin del mundo sin conocer la respuesta.

- La eterna aspiración humana: no emprender el gran viaje sin dejar resueltos olvidos y rémoras.

- Nos pasa a todos.

- Enriqueta, lo hiciste muy bien y fuiste muy cariñosa conmigo. Te aseguro que recuerdo aquellos días con gran afecto.

Don José había medio balbuceado una roma y rápida respuesta aun a sabiendas de que no satisfaría a Enriqueta. Y, por supuesto, ni se le pasó por la cabeza enumerar las razones reales de su alejamiento porque no hubiera conducido a nada, tan solo a retorcer más la situación. Mientras, algunas de las palabras oídas giraban en su mente tratando de encontrar encaje.

- «¿Acaso te ofendí?, ¿hice algo mal?, ¿o quizás existió alguna otra causa, para mí desconocida, que te empujara a abandonarme?».

Y de pronto una idea afloró en su cabeza tomando rápidamente cuerpo: a Enriqueta le importaba muy poco que él no la hubiese amado. Lo hiriente para ella, lo que no aceptaba, era su fracaso personal en amores. Y su orgullo de hembra exigía identificar alguna razón objetiva que lo justificase y disculpase. Conociendo su inclinación dramática, ahí vio el viejo maestro -el que sabía antaño cómo era un niño tan solo por su olor- la oportunidad de escapar de aquella celada.

- Enriqueta -prosiguió don José-, debí decírtelo en su día pero me retuvo mi maldita timidez..., y ahora sé que me equivoqué

al silenciarlo. Fui muy torpe y egoísta al no pensar en las posibles repercusiones que eso tendría en tus sentimientos. Ahora solo puedo pedirte perdón aunque ya sea muy tarde.

Y pasó a relatarle con acento dolido que estando Martita -la que fuera su esposa- en su lecho de muerte, él había jurado fidelidad eterna a su memoria sobre un crucifijo. Y se esforzó en describirle la inventada escena con todo género de detalles, incluso con ampulosidad, ya que convenía al caso y a la oyente.

- Lo hice sin pensar. Arrastrado por la lacerante angustia de su inminente pérdida puse a Dios por testigo de que jamás habría de enamorarme de otra mujer, de que jamás volvería a acercarme a ninguna... Y no preví, infeliz de mí, que más tarde habría de conocerte. Te aseguro que me fue tremendamente difícil y doloroso dejarte partir venciendo la tentación de caer en tus brazos.

Don José era hombre de pocas palabras en lo referente a desvelar sentimientos, pero se sintió satisfecho con su actuación aun sabiéndola breve. Además, por mucho que rebuscó en su mente no acertó a encontrar ninguna frase adecuada más para apuntalar el consuelo de Enriqueta. Así que calló y esperó a ver el resultado. Ella no había hecho el menor comentario durante su parrafada y seguía en silencio. Don José la oyó respirar agitadamente de nuevo tras la puerta mientras murmuraba..., y después le pareció escuchar que daba un gran suspiro al tiempo que contenía un sollozo.

- Gracias, Pepe -su voz sonó quebrada-. Yo sabía en lo más íntimo de mi corazón que no me había equivocado contigo. Acabas de hacerme muy feliz y, cumpliendo con tu juramento, jamás volveré a acercarme a ti... Pero antes de partir definitivamente debes saber que te quiero y te querré eternamente.

- Para que luego digan que la mentira es pecado.

- Es que hay mentiras y mentiras.

- Pues sí. Yo prefiero mentir antes que ser descortés o dar un disgusto.

- ¿Ahora vamos a convertirla en virtud?

- Todo depende de su finalidad. Si es buena, probablemente queda justificada.

Aunque nadie lo había visto salir del pueblo el día anterior, a mediodía era público en toda Villavieja que Mijaíl no estaba. El sargento Periañez había actuado como voluntarioso pregonero de la buena nueva sin necesidad de que se lo indicasen. Al principio, la

nueva fue tomada con gran desconfianza por parte de sus habitantes dada la también anunciada inmediatez del regreso, pero aun así tuvo la virtud de producir un mediano sosiego. Con el relajo de los nervios, las peticiones de confesión desaparecieron lentamente, y don Zacarías pudo disfrutar de una tarde tranquila y de una nueva merienda de chocolate con churros en el bar de Eustaquio.

- ¿Ha visto a don Práxedes? -preguntó al tabernero tras abonar su consumición con media docena de huevos.

- No ha aparecido en todo el día por esta casa.

- Yo tampoco lo he visto y me parece raro.

Diógenes aguardaba en la puerta moviendo con entusiasmo el rabo, y don Zacarías tuvo que volver al interior del bar para pedirle a Eustaquio un nuevo churro.

- Se lo pago mañana.

- Como quiera, señor cura.

En ese momento entró el sargento Periañez en el bar.

- ¿Saben dónde se encuentra el señor alcalde en funciones? -preguntó el municipal.

- Ni idea -advirtió don Zacarías-. ¿Pasa algo?

- El cabo Carranque y el agente García han reaparecido tras abandonar la mina. Y venían eufóricos cargando con sendos sacos de piedras porque mantienen que encontraron oro en una de las galerías y se iban a dar la vida padre a partir de ahora.

- No sé yo a qué vida aspiran esos ilusos mientras sigan pintando bastos -apuntó el tabernero-. Están en la inopia.

- ¡Y que lo diga! Solo hablaban de su oro y no escuchaban otras razones. Entonces les pedí que me lo enseñaran y...

- Y comprobó que solo era pirita, el oro de los tontos -sentenció Eustaquio, el tabernero-. Lo que yo les decía, están en la inopia. Todo el pueblo sabe que la mina tuvo que cerrar porque solo tiene pirita y era una ruina explotarla... Bueno, todo el pueblo menos esos dos chorrorros.

- ¿Le dieron noticia de don Arcadio Cifuentes? -preguntó el cura.

- Solo que se metió por una galería tras estudiar unos planos. Y que desapareció sin dejar rastro no sin antes ordenarles que guardaran la bocamina y no dejaran pasar a nadie más.

- ¿Qué va a hacer con ellos?

- Son desertores y, mientras esto dure, van a hacer más guardias por el pueblo que en la mili... Y de paso descanso yo un poco.

- *¡Lo que es la ambición humana!, al borde del fin del mundo y solo preocupados de su oro.*

- *Hasta en las circunstancias más extremas aflora. Nos va de nacencia.*

El animal lo escoltó hasta la misma puerta de la iglesia llevando entre los dientes el delicado manjar recibido y tan solo lo engulló tras verlo acceder al templo. El sosiego parecía haberlo alcanzado también o, quizás, otra alma misericordiosa había calmado sus ansias de fritanga con anterioridad. Dado que no había feligresía aguardándolo ni otras premuras formales, don Zacarías decidió acostarse pronto. Se dirigió a su casa y por toda cena tomó medio vasito de vino de misa que le iba a venir muy bien para digerir con mediano orden el chocolate y los churros.

- Descanse, Zacarías -le deseó Tigrido mientras el cura depositaba una nueva lamparilla encendida en la hornacina tras cerrar el templo-. Mañana va a tener un día muy revuelto.

- ¿Sabe algo de lo nuestro?

- No me haga preguntas que no deba contestar, solo le confirmo que hay grandes discusiones en el seno del Consejo Supremo.

CAPÍTULO XVI

SEXTO DÍA, LA SUERTE ESTÁ ECHADA

Villavieja, lentamente y con desconfiada prudencia, había recobrado un cierto pulso durante la mañana aunque sin llegar a desperezarse del todo porque en la serranía se mantenía la tormenta y su ronco bramido suponía un pertinaz recordatorio de lo que estaba por llegar. Pese a ello, algunos paseaban por sus calles y hacían corrillos mientras cambiaban impresiones y bulos. E incluso los más atrevidos se acercaban a la taberna de Eustaquio para tomar un café aun sabiendo que allí residía Mijaíl. Pero lo hacían fijando un ojo en la taza y otro en la puerta para poder salir corriendo si regresaba. La partida del ángel había supuesto un bálsamo para la ansiedad de muchos porque aventuraban que no habría Juicio Final ni fin del mundo en su ausencia, así que la consideraban como una grata prórroga de sus vidas. Y hasta hubo algún optimista que, agarrándose a un clavo ardiendo, mantenía que el peligro ya había pasado tras ver que se retrasaba y todo seguía igual. Los villaviejenses no acababan de creerse lo que pasaba en el fondo de sus corazones y, si no hubiera sido por lo ocurrido con el amorcillo travieso de la fuente y la aparición de los resucitados, algunos habrían apostado que todo era un engaño.

- Don Zacarías, seguimos en las mismas -saludó don Práxedes al entrar en el despacho parroquial algo después del mediodía-. Mijaíl no da señales de vida aunque hablase de estar fuera unas pocas horas.

- ¡Dichosos los ojos! Llevo día y pico buscándolo, llegué a pensar que había tirado la toalla y me tocaba lidiar en solitario con el problema a partir de ahora.

- No señor, no he abandonado mi puesto. Estuve dedicado de hoz y coz a mi profesión médica en la granja de María mientras Lourdes

me mantenía informado de las novedades en el pueblo. Se ve que no tiene usted demasiada confianza en mí.

- Tampoco exagere. ¿La granjera está enferma?

- No en sentido estricto, pero necesitó cuidados importantes y Omael no podía atenderla solo.

- ¿Entonces?

- Por indicación expresa de la parte afectada, no debo dar detalles.

- ¡Cuánto misterio!, ni que estuviera también sometido al secreto de confesión.

- En mi caso, al juramento hipocrático.

- No es lo mismo.

- Tanto monta, monta tanto. A ver si se cree que yo no callo muchas cosas que sorprenderían al más pintado. Por cierto, me enteré del cisco montado por don Zenón y de su acertado órdago a la grande... O te bajas o lo cuento todo. ¿De verdad estaba dispuesto a violentar el secreto de confesión?

- No.

- Entonces fue de farol.

- Tampoco, no hay nada que yo sepa de don Zenón que esté bajo protección sacramental.

- Pues cuéntemelo.

- Cuando usted me aclare qué sucede en la granja.

- Me lo pensaré.

- Ahí los tiene discutiendo en torno a sus particulares secretos mientras olvidan la amenaza que pesa sobre sus cabezas. ¿No le parece fuera de lugar?

- Las personas enfrentamos la hiriente fatalidad con dos herramientas básicas: la esperanza y el olvido. Con la primera abrimos un portillo de escape a la angustia imaginando que finalmente todo se arreglará, y con la segunda intentamos apartar de la mente al mal que nos aprieta.

- Pero el olvido solo es eficaz con lo rutinario e intrascendente. En todos los demás casos revivimos el problema una y otra vez por mucho que intentemos taparlo.

- Y acabamos recurriendo entonces a la esperanza porque es un bálsamo que consuela mucho aun sin cumplirse.

- Buenas tardes.

- ¡Don Mijaíl! Hace un instante hablábamos de usted -apuntó el cura con cierto sobresalto y algo de temor mientras se alzaba del sillón para recibirle.

- Y ahora piensan que se acabó la paz.

- Algo así. Compréndalo, nosotros somos las víctimas de esta aventura.

- Lo entiendo y no hace falta que se disculpe. Pero, por favor, siéntese don Zacarías -le apuntó Mijaíl al tiempo que hacía lo propio-. Como les prometí, estoy de vuelta y con noticias.

- ¿Buenas o malas? -preguntó don Práxedes, quien no se había movido de su asiento y solo había torcido ligeramente la expresión a la llegada del ángel.

- En cierto sentido son buenas... aunque no para todos.

- Explíquese y no nos oculte nada porque necesitamos acabar de una vez con tanta incertidumbre.

Mijaíl ya no vestía el uniforme de coronel de la Benemérita, lo que le restaba prestancia, sino unas holgadas ropas blancas que le daban el aspecto de un luchador de artes marciales, lo que tampoco tranquilizaba a sus interlocutores. Y, tras disculparse por su retraso, les avanzó que se habían producido profundos cambios en la situación.

- Desde hace milenios teníamos previsto el choque de un cuerpo celeste de gran tamaño contra la Tierra por estas fechas. Y habíamos calculado con total precisión que ese gran meteorito impactaría justo aquí, en lo que hoy es el centro de Villavieja, en plena plaza Mayor -puntualizó Mijaíl de entrada.

- Pues nos podían haber avisado y nuestros antepasados la habrían fundado bien lejos -gruñó el médico.

- Don Práxedes, entienda que no guardamos una animadversión particular contra este pueblo y sus habitantes. Este es un episodio catastrófico más de los muchos que ocurren en el universo desde el inicio de la creación y solo obedece a la pura dinámica astral.

- Sí, pero no les ha dado la real gana de hacer algo por evitarlo a pesar de que lo saben desde hace tiempo -insistió el médico dejando traslucir una clara irritación en el tono de sus palabras.

- Ni debemos ni queremos intervenir en el equilibrio universal de los cuerpos celestes bajo ninguna circunstancia -cortó con sequedad Mijaíl.

- Y como somos morralla con más razón -remachó el médico.

- ¿Nunca hicieron una excepción? -intervino don Zacarías siempre proclive a buscar una salida dada la creciente tensión.

- No, que yo recuerde.

Era evidente que Mijaíl se sentía incómodo. Había cruzado los brazos sobre el pecho y, a pesar de su usual tranquilidad, traslucía ahora una cierta incomodidad en sus gestos. Obviamente se sabía portador de malas noticias y le dolía.

- Permítanme seguir con el relato porque este caso presenta matices singulares de última hora que lo cambian casi todo -prosiguió el ángel-. A pesar de que habíamos calculado todos los detalles de la trayectoria del meteorito, inesperadamente surgió un hecho que alteró profundamente nuestras previsiones. Al pasar el bólido cerca de una estrella mil veces mayor que el Sol, comenzó a deshacerse en cientos de partes debido al calor recibido porque en su mayoría estaba formado por hielo... Y tardamos en ver las consecuencias de ese calentamiento porque esos trozos continuaron navegando juntos como un todo durante bastante tiempo manteniendo la trayectoria prevista, de ahí que no nos alarmáramos y siguiéramos con nuestros planes. Posteriormente los fragmentos comenzaron a colisionar entre sí y acabaron dispersándose por el espacio por esa causa, lo que cambió todo. Como resultado, podemos afirmar con rotundidad que solo algunos fragmentos de pequeño tamaño se acercarán al planeta Tierra...

- ¡Entonces estamos salvados! -exclamó gozoso el cura.

- No, don Zacarías -corrigió Mijaíl con ligero tono pesaroso en la voz-. La Tierra se salvará y no habrá Juicio Final ni fin del mundo..., pero no así Villavieja. El núcleo metálico del meteorito, su parte más densa y pesada, mantiene la trayectoria inicial y golpeará al pueblo de lleno provocando un cataclismo en el valle.

- A Dios también le salen las cosas mal -masculló el cura desesperanzado.

- ¿Podremos escapar? -inquirió don Práxedes.

- No.

- ¿Por qué?

- El impacto se producirá de aquí a pocas horas, más o menos hacia la media noche, y los caminos siguen cortados.

- ¿Por qué no nos ayudan? -medio imploró don Zacarías-. Podrían hacerlo fácilmente, una tormenta que cesa, una carretera que se abre... Un milagro pequeñito en resumidas cuentas.

- El Consejo Supremo ha reconocido su responsabilidad al haber invocado torpemente los prolegómenos del Juicio Final y, como resultado, dos serafines han sido apartados de sus cargos. Pero al tiempo ponderó que los habitantes de Villavieja han sido testigos de varios sucesos sobrenaturales y considera que, por razones obvias,

jamás deben llegar a conocimiento del resto de la humanidad. Así que decidieron no interferir en la dinámica celeste y dejar que el meteorito siga su ruta.

- O sea, que aun pudiendo ayudar nos condenan a morir. Villavieja desaparece y todo queda enterrado y oculto... ¿Y se dicen ángeles? -rugió don Práxedes.

- Les aseguro que el Consejo Supremo discutió el asunto con gran detalle y buena voluntad, pero jugó muy en su contra el convencimiento de que este pueblo carece de todo porvenir. Sopesaron que no hay gente joven, que no hay niños, que no hay savia nueva y, en consecuencia, que no existen ilusiones renovadas. «¿Para qué salvarlos?», se preguntó una de las potestades, «Villavieja morirá por consunción más pronto que tarde», añadió. Eso les hizo muchísimo daño -precisó Mijaíl.

- ¿No tienen corazón?, ¿saben lo que es misericordia? -medio le gritó el médico.

- El Consejo no quiere arriesgar el orden ya establecido. Se lo acabo de explicar.

- ¿Y dónde está Dios?, ¿qué dice a todo esto?, ¿está conforme con la decisión? -volvió a arremeter el galeno con un claro tono de desprecio en la voz.

Mijaíl no respondió, su rostro permanecía impasible pero se removió inquieto en el asiento. Don Zacarías permanecía callado, encogido, mientras se tapaba el rostro con las manos y mantenía la cabeza hundida en el pecho. Había perdido toda capacidad de reacción. La limpia y descarnada frialdad de Mijaíl junto a su neutra y lejana actitud hacia las desgracias de Villavieja lo habían desarbolado. En aquellos instantes hubiera querido contar con la suficiente energía como para insultar al ángel y también gritarle que se sentía profundamente engañado... ¡Toda una vida dedicada a la defensa de los valores cristianos para acabar asistiendo a su elusión por parte de la mismísima corte celestial solo por razón de un conveniente sigilo!

- Caridad, ¿allá arriba saben lo que es? -escupió entre dientes.

- El tal Mijaíl es incorregible. Podía haber dejado que la mala nueva se revelara por sí sola con la llegada del meteorito, incluso haberlos engañado diciéndoles lo contrario de lo que iba a suceder.

- O sea, mintiendo bien por acción o bien por omisión.

- Exactamente, y eso hubiera sido un acto de amor al prójimo. ¿Piensa cambiar ahora de opinión?, antes me dijo

que usualmente prefiere mentir antes que ser descortés o dar un disgusto.

- Este caso es muy diferente. Un espíritu puro no debe engañar jamás, y el galeno le había pedido que no les ocultara nada.

Mijaíl no acusó el duro aserto de don Zacarías, casi un insulto, y continuó impávido en el sillón. Don Práxedes miraba al techo buscando vaya usted a saber qué, aunque sus ojos se mostraban ahora carentes de vida tras los cristales de sus gafas. Y el cura había vuelto a hundir su cabeza en el pecho mientras respiraba afanosamente, como si le faltara el aire, al tiempo que movía los labios aun sin pronunciar palabra.

- Estaría rezando, ¿no?

- No creo.

- ¿Por qué?

- Ya le dije que don Zacarías era un pan bendito, pero cuando se le cruzaban los cables se convertía en un basilisco... A saber lo que andaba pensando y diciéndose para su colete en aquel momento.

En el despacho parroquial imperaba ahora el silencio. Un silencio mordido, áspero y frío que no dejaba espacio al menor susurro. Ni tan siquiera el rumor de la tormenta en la sierra lo rompía porque las viejas piedras del templo apagaban su lejano ronquido.

- ¡Zacarías!

La inesperada llamada estalló como un trueno disipando la mudez reinante y encontrando repetido eco en la bóveda del templo.

- Cura, lo buscan en la iglesia. ¡Menudo vozarrón tiene el caballero! -precisó el galeno con voz cansada por la desilusión.

- Me extraña que alguien haya podido entrar porque dejé todo cerrado. En fin, iré a ver.

Don Zacarías abandonó el sillón con desmadejamiento porque aún estaba muy lejos de haber encajado el golpe recibido. Y tras atravesar el portillo que enlazaba la rectoral con la iglesia entró en ella. No divisó a nadie en el templo pero oyó un siseo a sus espaldas.

- He sido yo, Tigrido -precisó la imagen.

- No podía ser otro -aceptó el cura acercándose-. Supongo que ya lo sabe, acaba de regresar Mijaíl con la tremenda noticia de que estamos definitivamente en las últimas. De esta no nos salva ni Dios.

- No sea irreverente, Dios no ha dicho todavía su última palabra y se podría molestar.

- Pero el Consejo Supremo...

- ¡Burócratas! Aceptarán lo que Él finalmente dictamine, no les queda otro remedio.

- ¿Cree que aún nos podemos salvar? Porque Mijaíl se comporta con la frialdad del verdugo que solo aguarda la orden de ejecución para dar el tajo.

- Os ayudará si está en su mano. Pero tendréis que aportarle argumentos sólidos que él pueda esgrimir ante la superioridad.

- Ya me dirá cómo.

- Zacarías, le veo oxidado. ¡Sodoma y Gomorra!, capítulo dieciocho del Génesis.

CAPÍTULO XVII

SEXTO DÍA. OMAEL SE CONFIESA

- En el Génesis, capítulo dieciocho, se describe cómo Abraham intentó salvar a Sodoma y Gomorra del exterminio por causa de sus múltiples y nefandos pecados. Para ello recordó al Altísimo que con su castigo podrían pagar justos por pecadores -apuntó don Zacarías a Mijaíl tras regresar a toda prisa del templo y enfrentarse cara a cara con él.

- Efectivamente -ratificó el ángel al tiempo que dejaba traslucir en su rostro una ligera expresión de curiosidad.

- Pues entonces demando..., demandamos a Dios idéntico trato para Villavieja -precisó el cura con tono firme.

- Don Zacarías, recuerde que Dios puso una condición no pequeña al ruego de Abraham: que al menos hubiera cincuenta justos en Sodoma para justificar su perdón.

- Eso fue al inicio de la discusión. Al final rebajó la cifra a diez, ¿me equivoco?

- Cierto -la expresión de Mijaíl había cambiado, ahora medio sonreía al cura y parecía animarlo con la mirada para que prosiguiera con su demanda-. Me resulta prometedor su enfoque, procure ser más preciso.

- ¿Qué se entiende por justo? -interrumpió don Práxedes que llevaba rato en silencio.

- La persona que vive según la ley de Dios -definió Mijaíl.

- ¿Que vive según la ley de Dios durante cuánto tiempo? -volvió a preguntar el galeno- ¿Una hora?, ¿un día?, ¿un mes?...

- No existe una definición precisa del periodo necesario, al menos que yo sepa. Pero estimo que, si bien Dios está abierto a perdonarlo todo, no le valdrán advenedizos de última hora -apuntó el ángel-. En mi opinión un justo debe mostrar una trayectoria constante a lo largo de toda su vida.

- ¿De toda la vida?

- Entiendo que sí.

- Mal camino emprendemos por ahí, señor cura -intervino el médico-. ¿Dónde va a encontrar a diez personas que cumplan con esa condición en Villavieja?

- Dios fijó esa cifra para dos ciudades, Sodoma y Gomorra. Y yo estaba pensando que, como somos un solo pueblo y además pequeño, quizás podría reducir a la mitad su exigencia dejándola en tan solo cinco justos -apuntó ahora con timidez don Zacarías.

- Ni por esas -sentenció el médico.

- Hagamos balance, señores. Contando con ustedes dos, que me caen muy bien porque se han volcado en ayudar a los demás en momentos difíciles -apuntó el ángel-, habría que encontrar solo a tres personas más... ¿Podrían ser doña Enriqueta, doña Virtudes y doña Margarita?

- Escuche -cortó el galeno-, conmigo no cuente para esa suma. Ni de lejos satisfago la condición.

- Y conmigo menos -se dolió el cura al tiempo que daba un gran suspiro.

- La humildad es una gran virtud... ¿Y nuestras amigas?

- Tampoco, don Mijaíl -respondió ahora con mayor firmeza don Zacarías-. Y no porque sean malas, líbreme Dios de afirmarlo, pero me consta que también guardan sus cositas en la trastienda como todo el mundo.

- Ya avisaba yo que lo de toda una vida era mucho pedir -insistió don Práxedes.

- Por una vez tiene razón -concedió don Zacarías cuyo ánimo volvía a venirse abajo-. Hay que ser realistas, entre los diez mandamientos y los siete pecados capitales no existe humano sobre la Tierra que supere estos filtros. O al menos no existe en Villavieja.

- No se desanimen y seamos creativos -alentó Mijaíl-. Aventuro ahora una nueva hipótesis de trabajo, ¿qué pasaría si la exigencia se redujera a un solo justo?... Yo estoy dispuesto a defender esta alternativa ante el Consejo Supremo con todas mis fuerzas, siempre que me presenten a ese justo o justa, claro está.

- Es inútil. Por mucho que rebusco en mi memoria no hallo a nadie en el pueblo que cumpla con el perfil exigido -afirmó el cura tras unos segundos de reflexión.

- Pero yo sí y sé dónde está -afirmó con rotundidad don Práxedes mientras se ponía en pie de un salto-. Y ahora véngase conmigo cura porque quizás pueda ayudarme. Usted, don Mijaíl, espérenos aquí sin moverse hasta que regresemos.

- Sigue sin parecerme un ángel... Y mucho menos un arcángel como pretende el párroco. ¡Se rebaja al nivel de los humanos, dialoga con ellos sin ninguna necesidad y hasta les acepta órdenes! Si yo fuese el jefe de las huestes celestiales lo iba a dejar bien claro desde el principio. Y la gente se iba a poner de rodillas dándose golpes de pecho nada más verme.

- Pecaría de soberbio.

- Es el líder de los ejércitos de Dios, ¿le parece poco?

Ante el desconcierto de don Zacarías, don Práxedes lo arrastró casi en volandas hasta su coche tras abandonar la casa parroquial. Los nervios del cura aumentaron con ello y por el camino planteó un sinfín de preguntas al galeno, aunque solo consiguió una respuesta.

- Cállese de una puñetera vez y límitese a rezar -ordenó don Práxedes.

Diez minutos después llegaban medio ahogados por las ansias a la granja. María y el ángel estaban sentados en el porche, a la puerta de su casa, pero solo Omael salió a recibirles porque ella medio corrió a ocultarse en el interior. Y eso sorprendió mucho a don Zacarías.

- ¿Sigue bien? -preguntó don Práxedes al ángel por todo saludo.

- Todo en orden, doctor..., aunque veo que no cumple su promesa de guardar nuestro secreto -le acusó Omael con cierto desagrado al tiempo que miraba al cura.

- Y sigue a buen recaudo porque don Zacarías no sabe nada... Y nada sabrá si no recibo vuestro permiso para contárselo.

- Está bien, ya veremos...

A don Zacarías le reconcomía la curiosidad. No le gustaban las sorpresas, intuía que allí pasaba algo raro y que el único ignorante de los detalles era él. María no regresaba y, aun a riesgo de parecer ineducado, no se atrevió a preguntar por ella porque era obvio que su presencia era mal recibida, así que decidió permanecer callado.

Una vez sentados en torno a la mesa de la cocina, eje de la vida en toda casa de pueblo que se precie, don Práxedes no perdió un

segundo y puso a Omael al corriente de lo hablado con Mijaíl con cierto nerviosismo y precipitación. Y, cuando finalizó, el ángel se mantuvo en silencio durante largos segundos antes de hablar.

- ¿La decisión del Consejo Supremo es definitiva? -inquirió Omael.

- Sin duda, Mijaíl nos aseguró que la sentencia es firme y que no detendrán al meteorito en ningún caso... Imagínese nuestra desesperación en esos momentos. Pero cuando dábamos todo por perdido nos insinuó esa última salida, la presentación de una persona justa -puntualizó el médico.

- Y fue entonces cuando pensó en nosotros.

- Así es, tenéis la solución en vuestra mano y sois nuestra última esperanza.

- Pero eso no garantiza nada porque el peso de Mijaíl en las decisiones del Consejo es escaso... Se ve que no los conoce, los del Consejo son unos puristas defensores a ultranza de la letra exacta de la norma. Estoy convencido de que rechazarán la propuesta -murmuró el ángel.

- En cualquier caso no lo sabemos y deberíamos intentarlo porque supone nuestra última esperanza.

- ¿Se da cuenta de que, si accedemos a lo que pide, nosotros correremos grandes riesgos? -señaló Omael.

- Piense en las gentes de Villavieja que lo acogieron y le abrieron los brazos.

- Y lo agradezco mucho pero ahora tengo otras prioridades -Omael volvió a quedarse en silencio durante unos instantes-. Solo veo riesgos en su idea y no encuentro razón alguna para aceptarla. Tanto más cuando poseo mi propia solución ahora que ya no habrá Juicio Final. Soy un ángel y trasladaré a María a la capital inmediatamente, allí estará a salvo.

- ¿Y se lo permitirán los del Consejo Supremo? Quieren enterrar la memoria de lo ocurrido a toda costa, y usted será reo de rebelión si interfiere en sus planes... Medítelo bien, probablemente le estoy proponiendo la única alternativa razonable.

- ¿Acaso cree que me importa un nuevo castigo? Yo pertenecía a la mesnada de Luzbel cuando se levantó contra Dios. Y, sin saberlo, me encontré convertido en medio demonio por aquello de la obediencia debida a tu superior. Te ordenan haz esto o haz lo otro y tú obedeces sin preguntar. ¿Qué sabía yo acerca de que maquinaba una rebelión?... Me salvé por los pelos de la condena porque pude demostrar mi desconocimiento. Pero me pusieron en cuarentena por sospechoso y me destinaron a tareas de vigilancia de una perdida galaxia desde aquel momento. ¿Saben lo que eso supone? El calabozo

del cuartelillo de la policía del pueblo es un parque de atracciones en comparación a aquello. Finalmente, sin saber por qué, me sacaron de allá y me asignaron una nueva misión: la de ser el ángel pregonero del Juicio Final en Villavieja. Me recalcaron que era una prueba y que debía hacerlo muy bien si quería ser rehabilitado, así que vine aquí decidido a todo por tal de no regresar a la galaxia. De camino imaginé que me encontraría con algo terrible, un lugar cenagoso, maloliente y moribundo..., pero en realidad fue como llegar al paraíso. ¡Qué maravilla!, ¡no se dan cuenta de lo bella que es la Tierra! Dios se esmeró al crearla... Reconozco que llegué bastante descolocado, debió ser por mi largo aislamiento, pero también decidido a cumplir con lo ordenado a toda costa por tal de no regresar a la galaxia... Y, sin duda, me excedí en el papel tanto en el fondo como en la forma. Creísteis que estaba loco y no os faltaba razón. Luego, poco a poco, me fui centrando, conocí a María y con ella a mi salvación...

- ¿Y?

- No, don Práxedes, no voy a sacrificar a lo que más quiero en beneficio de Villavieja porque el Consejo Supremo no será misericordioso. Prefiero correr mi propia aventura y escapar -manifestó con firmeza al tiempo que abandonaba su silla dando por terminada la conversación.

Al verlo, don Práxedes se echó las manos a las sienes en un gesto casi instintivo de desolación. Don Zacarías lo vio desarbolado y se dijo que el galeno era la viva imagen de la derrota. De una derrota que aún no alcanzaba a entender por desconocimiento de sus circunstancias.

- Sí, lo haremos -la puerta de la cocina había chirriado al abrirse mientras María entraba en la habitación llevando a un pequeño bulto en los brazos-. Entiéndelo, Omael, yo no podría huir sabiendo que dejamos a tanta gente atrás sin ayuda. Y tú tampoco, estoy segura... Y si en el peor de los casos nos sucede algo malo, al menos estaremos juntos y con la conciencia tranquila. Lo he escuchado todo, don Práxedes -añadió-, y por mi parte estoy dispuesta a hacer lo que nos pide. Intentemos que esta pequeña, fruto de mi amor hacia Omael, sea la salvación de Villavieja.

- Don Zacarías -anunció el médico con resucitado alborozo mientras se alzaba de un salto y señalaba a la recién nacida que dormía en brazos de su madre-. Aquí tenemos a nuestra justa que vive conforme a la ley de Dios desde el mismo instante de su nacimiento. Ahora vayamos corriendo a presentársela a Mijaíl.

- *No me lo esperaba. Ha trazado usted un curioso arabesco en el relato.*

- *Para mantener la esperanza.*

- No corra usted tanto, don Práxedes, que me va a despertar a la niña -rogaba de vez en cuando una preocupada María mientras trataba de amortiguarle los saltos del coche a la recién nacida abrigándola contra su pecho.

- Nos queda poco tiempo -se disculpaba el médico mientras volaban con el vehículo hacia Villavieja por la pista de tierra.

Al tiempo, entre bache y bache, don Zacarías no cesaba ni por un instante de darle vueltas en la cabeza a lo que había visto y oído.

- «¡Santa Madre de Dios!, esto es un no parar. Ahora tenemos a un bebé nacido de una buena mujer y un ángel. ¿Cómo es posible?... Bueno, es evidente que es posible visto el resultado, ¿mas será la solución? ¡Dios mío, cuánta zozobra!» -se repetía en forma desordenada una y otra vez.

Omael no abrió la boca en todo el trayecto. Encerrado en sí mismo, mostraba una expresión hermética y distante, como si nada de aquello le afectara. Pero al tiempo mantenía un brazo protector sobre los hombros de María y una mano apoyada sobre la toquilla que envolvía a la niña delatando así cuál era el centro de sus preocupaciones. Por el contrario, y para sorpresa de don Zacarías que seguía desconfiando de todo aquello, a don Práxedes se le veía sonriente y feliz porque debía estar convencido de que Villavieja se salvaría de una vez por todas. El amor, la generosidad, la esperanza y la angustia caminaban de la mano hacia el pueblo...

Finalmente el vehículo frenó con premura frente a la portada de la parroquia y todos bajaron rápidamente entrando en la iglesia. Don Práxedes abrió camino por el templo hacia la casa parroquial mientras trataba de avivar el paso del pequeño grupo.

- ¡Deprisa, vamos!

Pero el cura se detuvo bruscamente a media nave.

- ¡Un momento! -clamó ante la sorpresa del resto-. Aclárame un detalle, María, ¿la niña ha sido bautizada?

- No señor, no ha habido tiempo material -se disculpó la madre- ¡Pobre mía!, ¡si nació ayer!

- ¡Pues hay que bautizarla inmediatamente porque en pura teoría está en pecado! -señaló el cura con acento dramático.

- No nos dé ahora la tabarra con formalismos -intervino don Práxedes con enfado-. La niña está libre de toda falta y yo no creo en las culpas heredadas.

- Usted podrá creer en lo que le dé la gana, pero o bautizo a la niña ahora mismo o yo no sigo -retó don Zacarías con firmeza-. Piénselo por unos instantes, don Práxedes, nos han dicho por activa

y por pasiva que el Consejo Supremo es de cuidado porque exige total respeto a las normas. Y aquí todos somos cristianos, ¿no?... Pues hay que cumplir con lo mandado en nuestra religión y bautizar a la criatura para no dar bazas al enemigo.

Segundos después se agrupaban en torno a la pila bautismal.

- ¿Cómo la llamamos? -preguntó el cura a los padres mientras sostenía la concha con agua bendita en la mano.

- No sé, les parecerá raro pero no lo había pensado -murmuró María con timidez.

- Yo sí y exijo que se llame como su madre -afirmó firme y orgullosamente Omael al tiempo que sonreía a María.

Don Zacarías, sin más preguntas, inició inmediatamente la ceremonia pronunciando las oraciones debidas a la impartición del sacramento con una rapidez inusual. Sin duda le habría gustado rezarlas con la parsimonia debida a la trascendencia del acto porque hacía muchos años que no había bautizado a nadie en su parroquia. Pero dejó a un lado el perderse en añoranzas ya que el tiempo apremiaba y aceleró aún más los rezos, con lo que ninguno de los presentes pudo seguir con exactitud sus palabras. Tanto más cuando la neófita rompió a llorar a pleno pulmón al sentir la fría mojadura del agua bendita en su pequeña cabeza. Instantes después, y seguramente alertado por el eco de sus llores en la bóveda del templo, Mijaíl asomó por el portillo y se acercó a ellos.

- Nosotros hemos cumplido con nuestra tarea, don Mijaíl -le señaló el médico-, ahora le toca llevar la nave a buen puerto.

- Haré todo lo que esté en mis manos, aunque no garantizo el resultado.

CAPÍTULO XVIII

SEXTO DÍA. LA TENSA ESPERA LLEGA A SU FIN

- Tigrido, vengo solo a despedirme por si finalmente no hubiera suerte. Y también a agradecerle de nuevo su ayuda.

Don Zacarías acababa de colocar una nueva lamparilla en la hornacina y, tras santiguarse ante la imagen, se dirigió presuroso hacia la puerta de la iglesia sin esperar respuesta.

- Zacarías -llamó el santo-, no corra y vuelva acá.

- Lo que usted diga -respondió disciplinadamente el cura mientras volvía sobre sus pasos.

- Confiese, ¿qué nombre le puso a la niña?

-Cuál iba a ser, el que pidieron sus padres, María.

- María... ¿qué más? Piénselo bien porque odio que me mientan.

Don Zacarías se lo pensó dos veces y, tras dar un profundo suspiro de alivio porque soltaba una pesada carga, respondió:

- María Tigrida.

- ¡Ha traicionado la confianza de unos padres! -regañó el santo.

- No se apure porque ya se me ocurrirá alguna disculpa llegado el momento. Al fin y al cabo solo realicé un pequeño añadido a lo propuesto.

- ¿Por qué?

- Porque le debía un homenaje, san Tigrido, y decidí tomarme esa libertad. Además, no hay derecho a que su nombre caiga en el olvido por no estar de moda.

- Por no estar de moda y por ser raro, para qué engañarnos. ¡Pobre niña!, menuda faena le ha hecho.

- Mírelo de otro modo. Imagine que la criatura llega a ser una cantante famosa y decide utilizar como nombre de guerra el de Tigrida por parecerle exótico. Se iban a ver de inmediato tigridas y tigridos por medio mundo. Y, si no le encajara el nombre completo, siempre podría quitarle la primera sílaba dejándolo en Grida, que suena a muy moderno. Ahora se acortan los nombres por cualquier sinrazón.

- Grida, una aféresis de Tigrida... Debo reconocer que no está nada mal, incluso me siento halagado. Muchas gracias por el detalle, Zacarías.

- De nada, san Tigrido.

- Tigrido a secas.

- Pues eso, Tigrido. Y le dejo porque me voy a la plaza. Don Práxedes y yo hemos decidido recibir al meteorito a portagayola si al final vienen mal dadas.

- Bonito detalle el del cura.

- Nadie muere mientras se le recuerde. Y don Zacarías, a su modo y manera, trataba así de resucitar al santo.

- Se acerca la medianoche y seguimos sin noticias de Mijaíl -murmuró don Práxedes tras oír las campanadas del tercer cuarto en el reloj de la iglesia.

- Pero la tormenta en la montaña ha cesado, ¿se ha dado cuenta? -comentó el cura.

- A saber si es buena señal.

- Tampoco se oye el menor ruido en el pueblo ni se ve una luz en las casas.

- Villavieja duerme tranquila. La ausencia de Mijaíl supone un bálsamo para sus miedos.

- ¡Pobres!, desconocen la realidad de la situación.

- Más vale así.

- El sargento Periañez y su gente han hecho una gran labor propagando la idea de que el peligro ha pasado. Tuvo usted una gran idea al ordenarles hacerlo.

- Me duele haberles engañado siendo yo su superior.

- Pero cumplió como alcalde en pro de sus vecinos con una verdad a medias. Si esto acaba bien, habrá acertado, nadie sospechará y todos tan contentos. Y si acaba mal morirán en pleno sueño y ninguno le pedirá cuentas..., al menos en esta vida.

Estaban sentados en un banco de la Plaza Mayor y las farolas fernandinas alumbraban su angustiada espera. Luchaban por no caer

en la desesperanza mientras aguardaban el milagro de una buena nueva, pero aquella tensa espera era una tortura para sus castigados nervios y, de vez en cuando, daban cortos paseos para tratar de calmar la ansiedad. Por primera vez en días se podía oír el susurro de las hojas de los árboles de la plaza temblando bajo la brisa porque el grave ronquido de la tormenta en las montañas había cesado, pero ninguno de los dos se había fijado en su renovado canto.

- Don Zacarías, desde que sé que voy a morir hay un pensamiento que no me abandona y me atormenta -apuntó el médico casi en un susurro, como si estuviera a punto de confesarse.

El cura lo miró con afecto antes de responderle.

- ¿Solo uno?, es usted muy afortunado.

- En cuanto tengo un instante de sosiego, y menos mal que ahora son pocos, me ha dado por repasar mi vida de una forma espontánea, sin poderlo evitar. Y curiosamente solo soy capaz de recordar mis errores, mis faltas, mis debilidades, el daño que en tal o cual ocasión produje... Nada positivo aflora de mi memoria en esos momentos y, si lo hace, inmediatamente es borrado por la irrupción de algún hecho lamentable, de alguna torpeza cometida. Y acabo preguntándome si alguna vez hice algo bueno, si mi vida sirvió de algo.

- No se maltrate, hombre de Dios, porque no se lo merece. Usted es una gran persona, buena y cabal, y ayudó mucho a la gente desde su profesión de médico.

- No crea, en el fondo no soy tan bueno como cree. Uno acaba haciendo bien las cosas por pura responsabilidad personal, impulsado por la razón que nos lleva a obviar la dejadez y la huida medrosa, y no porque lo impulse el amor al prójimo... Así que cargo con demasiado lastre en las alforjas. Y me ha dado por concluir que el ir al cielo, al cielo que usted predica, podría consistir en morir rememorando una última imagen positiva de tu existencia antes de sumergirte en el infinito de la nada, lo que no será mi caso. Por ello tengo el infierno asegurado en ese último instante de mi existencia.

- Su temor no tiene ningún sentido. Y además se equivoca porque se empeña en no creer en otra vida tras la muerte a pesar de las pruebas que ahora mismo tenemos.

- Respóndame con sinceridad y deje a un lado su condición de cura. ¿De verdad cree en ella?

- Por supuesto -afirmó don Zacarías.

- ¿Y nunca dudó?

- Jamás -respondió el sacerdote mostrando una aparente firmeza que no se correspondía con su propia realidad-. Tanto más a la vista de los hechos recientes.

- No me diga que el comportamiento frío y lejano de los representantes de esa otra vida ante el mal que nos aguarda le empuja a creer en ella. Piénselo bien y considere estas otras evidencias: de Dios, ni la menor noticia; y de su cohorte, ni la más pequeña ayuda. ¿Por qué debo concluir que me darán otra oportunidad en su reino celestial al morir cuando no se muestran generosos ni misericordiosos ahora?... Pero, déjelo estar, olvídense de mis dudas y sigamos con otro tema -apuntó ahora el médico dando por cerrado el capítulo y mostrando al tiempo un cierto desasosiego en los gestos-. Sepa que me fue muy doloroso asistir a la separación de Omael y María. A él, aunque trataba de permanecer impassible, se le notaba ahogado por la tristeza al abandonarlas cuando hubo de partir con Mijaíl. Y ella no dejó de llorar ni por un instante abrazada a su pequeña María mientras las conducía a casa de doña Lourdes.

- No debe ser fácil ser un ángel y tener que escoger entre tus sentimientos y el deber -señaló don Zacarías.

- ¿Piensa que los ángeles tienen sentimientos? Lo digo porque la corte celestial parece anclada en la neutralidad de la norma por aquello de estar formada por espíritus puros -volvió a la carga el médico.

- ¡Hace usted unas preguntas!... Yo diría que sí, y a la vista están los resultados en el caso de Omael.

- Debe ser la excepción que confirma la regla. Opino que, como en el caso de Dios, si los tienen se les nota poco ya que las desgracias humanas parecen pillarles habitualmente en la inopia -azuzó de nuevo don Práxedes.

- No sigamos por ahí que después acabamos enzarzados y ahora nos falta tiempo para ello. Además, le juro que no tengo el cuerpo para discusiones más o menos profundas que resultan totalmente inútiles a estas alturas.

- Perdóneme, don Zacarías, tiene usted razón. No he estado oportuno.

Cedió el médico, ya que en el fondo no había querido contrariar al cura, y ambos quedaron en silencio. Había provocado a don Zacarías tan solo por costumbre, porque era su particular forma de expresarle su respeto y su amistad, pues no existe peor desprecio en la vida que el de ignorar a la contraparte. Durante las dos últimas horas habían hablado de multitud de temas intrascendentes y ajenos en su mayoría a lo que realmente les ahogaba. Y también habían realizado constantes esfuerzos para no mantener la mirada cautiva en el reloj del campanario con la callada y vana esperanza de que el tiempo se detuviera. Aun así, las puntiagudas manecillas, como rejonas de

muerte, seguían hiriendo inexorablemente sus anhelos y esperanzas con el gotear de los minutos.

- Me debe una explicación sobre don Zenón -apuntó de nuevo el médico para romper el silencio-. Usted ya supo de mi pequeño secreto con María y no me ha desvelado el suyo.

- Hace bien en recordármelo porque supone una muestra más de lo peculiar de la naturaleza humana. Todos sabemos que don Zenón presumió de grandes hazañas y brillantes negocios que, en realidad, jamás existieron excepto en su imaginación. Porque, otra cosa no, seremos de pueblo pero no bobos. Y el desvelarlo durante el Juicio Final nunca hubiera supuesto una novedad en Villavieja por mucho que él lo temiera desde su engreída tontuna. Lo que lo achantó y le obligó a bajar del torreón fue otro secreto mejor guardado que apenas conocemos unos pocos... Zenón, en su juventud, dejó embarazada a la buena de Manuela que por aquel entonces era criadita de su madre. Y doña María del Manzano -que así se llamaba su progenitora en memoria de la Virgen del Manzano, patrona de Castrojeriz- le exigió que reparara el desliz casándose con ella. Decisión infrecuente viniendo de una noble en defensa de una plebeya, ¿no le parece? Pero totalmente justificada en este caso por ser doña María del Manzano una grande y cristiana señora y querer mucho a Manuela, a quien trataba como a una hija. El donjuán se negó en redondo por considerarlo indigno de su alta alcurnia y salió huyendo por pies de Villavieja. Y doña María del Manzano, deseosa de tener un nieto y harta del zascandil de su hijo, lo desheredó al tiempo que prohijaba a la embarazada.

- Entonces, ¿quién ha heredado a los Fernández de la Encina?

- El nieto de doña María del Manzano e hijo de Manuela -distinguido notario hoy día en la capital-, que si bien perdonó la hazaña paterna no la ha olvidado y apenas ha mantenido relación alguna con su progenitor desde su retorno. Pese a ello, y forzado por los ruegos de su madre, se ha mostrado generoso y don Zenón tiene hoy abrigo y comida asegurada porque el notario cubre sus gastos. Así que, por mucho que nuestro hombre siga dándose aires de gran señor, no tiene un duro y vive de la caridad familiar.

- *Manuela debía ser una santa.*

- *No lo dude.*

- *¿Cómo pudo aceptar la ficción que le imponía don Zenón?*

- *Quizás lo hacía por misericordia... O en póstumo homenaje a doña María del Manzano porque al fin y al cabo Zenón era su hijo... O por añoranza de aquel amor*

juvenil traicionado y perdido... ¡Cualquiera sabe! Pero sí sé que las mujeres son capaces de las más generosas e inexplicables entregas sin esperar nada a cambio, y esta es una clara muestra.

- Otra cosa quiero que me aclare, don Zacarías -prosiguió el galeno-. Cuando el bautizo de la pequeña tuve la sensación de que al imponerle usted el nombre de María añadió alguno más de propina. ¿Me equivoco?

- Imaginaciones tuyas -aseguró tajante el cura mientras hacía como si escrutase el cielo.

- Rezó tan deprisa que no había forma de seguirlo, pero yo juraría que metió algún nombre más de coletilla...

- ¡Mire aquello! -le interrumpió el cura con tono alarmado mientras se ponía en pie de un salto y mantenía la mirada fija en el firmamento.

- ¿El qué?

- A la derecha del remate del campanario... ¿Lo ve ahora? Hay una especie de gran bola de fuego.

- Sí, parece que algo ha estallado en el espacio. ¿Será...?

- Son las doce menos diez -murmuró don Zacarías con tono ronco y apagado-. Y me temo que esto ya no tiene arreglo, el meteorito se acerca y Mijaíl no ha regresado.

En ese instante se les acercó Diógenes que hasta entonces había permanecido echado sobre la hojarasca del alcorque de uno de los árboles. Se le veía asustado, estaba encogido y mantenía el rabo entre las piernas al tiempo que emitía pequeños gañidos.

- Tú también lo has visto y tienes miedo -le dijo el cura mientras le daba unas palmaditas en la cabeza y lo acariciaba-. No te preocupes, no eres el único.

- Don Zacarías -el médico carraspeó para aliviar la súbita sequedad de su garganta-, he cambiado de opinión a la vista de lo que se nos avecina y permítame que me vaya ahora a pesar de lo antes hablado. Si no fuera por las mujeres permanecería a su lado hasta el final, pero están solas y me siento obligado a pasar con ellas estos últimos minutos.

- Por supuesto, don Práxedes.

- Estuvo bien nuestro empeño, ¿no cree?

- Peleamos como leones por Villavieja, lástima que la suerte no nos acompañe.

- Un abrazo, don Zacarías -dijo el médico estrechándolo.

- Otro para usted, don Práxedes -respondió el cura al tiempo que le palmeaba la espalda-. Nos veremos pronto en la otra vida.

- ¿Pero de verdad cree en ella?
- No empecemos otra vez... ¡Es usted insufrible!

- Genio y figura...
- Hasta la sepultura.

A don Zacarías comenzaron a fallarle las fuerzas en ese mismo instante. Pero permaneció de pie mientras don Práxedes se alejaba, rindiendo así un mínimo homenaje de respeto hacia el mejor colega posible para enfrentar entuertos y apuros. Lo siguió con la mirada en silencioso gesto amical pero fue incapaz de añadir una sola palabra de despedida. El médico se volvió hacia él justo antes de abandonar la plaza y le dirigió un postrer saludo con la mano, a lo que respondió el cura con una bendición que le salió del alma. Y don Práxedes le sonrió, asintió con la cabeza y le dijo algo en la distancia que no llegó a entender.

- Hasta siempre, querido amigo -contestó quedamente el cura.

La plaza quedó después en absoluto silencio.

- La mudez de la muerte -se dijo don Zacarías y entonces sintió miedo.

No podía más, se había quedado sin fuerzas tras ver partir al galeno y se derrumbó sobre el banco. Él siempre había deseado que, llegada la hora de su muerte, pudiera afrontarla sin perder la compostura. Pero llevaba varias noches sin descansar apenas, envuelto en una interminable duermevela, digiriendo pesadillas y negros ensueños, y dando un salto en la cama ante cualquier crujido extraño del viejo templo. Y después, durante el día, se había visto obligado a domeñar su tremenda inquietud personal llamando a la esperanza en común, aparentando ante los demás que poco o nada pasaba y que en cualquier caso allí estaba él para calmar las almas de quienes lo pidieran. Su débil entramado de energía se acababa de venir abajo porque ahora se sabía abandonado por todos y profundamente desvalido... Por un instante fijó la mirada en los restos calcinados del amorcillo travieso que se hallaban allí mismo, a unos pasos, pero la apartó enseguida llevado por el rechazo al recuerdo. Allí había comenzado toda aquella desgracia.

Diógenes dio un salto, se tendió en el banco a su lado y apoyó la cabeza en su regazo. Lo miraba inquieto con sus grandes ojos, a medias tristes a medias inquisitivos, como si entendiera su miedo y deseara darle ánimos. Luego, tras emitir un suave gruñido, comenzó a darle lengüetazos en las manos.

- Ya no estoy solo -se dijo don Zacarías a media voz para animarse-. ¡Triste compañero te has buscado para estos duros instantes, Diógenes!... Pero no me lo tomo a la tremenda porque ¿sabes en qué estoy pensando?... En que asistiremos cómodamente a nuestra muerte, viendo cómo cae el telón sobre nuestras vidas, sentados en un banco y en primera fila. Y es de agradecer la concesión porque, como del nacimiento nadie guarda recuerdo, justo es que nos permitan contemplar así nuestro final.

El reloj de la iglesia se preparaba para señalar la media noche. Pero don Zacarías no llegó a escuchar las campanadas ya que en ese mismo instante el meteorito anunció su llegada con un ruido ensordecedor, como si un ejército de desdentados cuchillos rasgase la trama de miles de lienzos al unísono. Aterrado con el fragor se le encogió aún más el alma, pero pese a ello alzó la vista y pudo ver cómo se abría en el negro firmamento una deslumbradora herida luminosa que parecía avanzar hacia él...

Y ahí acabó todo. Nuestro buen cura, incapaz de soportar más emociones, se desmayó sin llegar a asistir a su inminente final.

CAPÍTULO XIX

MADRUGADA DEL SÉPTIMO DÍA

- ¡Despierte cura! -le ordenó el médico mientras lo sacudía ligeramente. Y, como don Zacarías siguiese sin reaccionar, pasó a propinarle un par de ligeros cachetes en el rostro.

- ¿Qué ocurre? -acertó a preguntar sobresaltado el cura al tiempo que se erguía agitado en el banco y abría los ojos.

- No pasa nada, tan solo que estaba profundamente dormido.

Don Zacarías parpadeó un par de veces y enseguida pensó que el tránsito a la otra vida había resultado rápido e indoloro. Se restregó los ojos, fijó la vista en el galeno y entonces distinguió su cabeza nimbada por un halo de luz que arrancaba reflejos dorados en sus ralos cabellos. Y, aunque él lo consideraba un hombre bueno y honrado, se sorprendió al ver que le habían concedido una aureola en poco tiempo por ser distinción usualmente reservada a los santos.

- ¡De nuevo juntos, don Práxedes!, ¡qué alegría!... ¿Ve como yo tenía razón?, existe otra vida y afortunadamente también la vamos a compartir.

- ¡Dios me libre de tamaño castigo! Está visto que lo suyo no tiene remedio, ¡cabezón hasta las últimas consecuencias! -le zahirió el médico-. No, no estamos en esa otra vida que usted predica porque seguimos en Villavieja y sin novedad.

Don Zacarías calló intentando digerir aquella nueva. Instantes antes su corazón había saltado de gozo al creer que se encontraban en la antesala del cielo, pero ahora se sentía desconcertado e incluso desilusionado. Entonces pudo ver que el pretendido nimbo de

santidad de don Práxedes tan solo se debía al contraluz de una farola fernandina situada a espaldas del médico

- ¿Y el meteorito? -acertó a preguntar.

- Pasó de largo sin tocarnos.

- ¡Bendito sea Dios! Al final el Consejo Supremo se apiadó de Villavieja -afirmó don Zacarías.

- No, mi gestión fue un fracaso y no conseguí hacerles cambiar de idea... Ya saben, los procedimientos son los procedimientos y no hay porqué alterar la dinámica celeste por tan poca cosa.

Era Mijaíl. Había aparecido de repente sin que ninguno de los dos se percatase. Su rostro reflejaba una rara serenidad, una extraña placidez rayana en la indiferencia, como si nada de lo ocurrido tuviese importancia ni fuera razón suficiente para mostrar siquiera la más cauta alegría.

- ¿Se encuentra bien? -inquirió al cura en gesto cortés mientras se sentaba a su lado en el banco.

- Sí, eso creo, solo que estoy muy cansado -murmuró el aludido mientras lo observaba con evidente desconfianza.

- Es normal. Han estado bajo mucha presión durante estos días, pero afortunadamente todo ha acabado bien -añadió el ángel-. Al final han tenido muchísima suerte.

- ¿Suerte?, ¿por qué? -preguntó el cura.

- Porque el meteorito se desvió de su trayectoria poco antes de entrar en la atmósfera terrestre. No mucho, pero sí lo suficiente como para rozar solo las capas altas y regresar al espacio abierto.

- Y si no fue decisión del Consejo Supremo... ¿Acaso intervino el de más arriba? -preguntó don Zacarías con esperanzada ilusión.

- No señor, que yo sepa -puntualizó Mijaíl-. La razón del desvío estuvo en que cierto país asiático lanzó hace meses una nave al espacio equipada con un artefacto nuclear con el objetivo de amenazar a quienes ustedes ya suponen, no hay porqué entrar en mayores detalles. Pero el lanzamiento medio fracasó ya que el artefacto emprendió camino fuera de control por donde le dio la real gana y acabó dando vueltas en torno a la Tierra sin orden ni concierto... Y ahí dormitaba la nave, olvidada y silenciada por conveniencias políticas, hasta que nuestro meteorito tropezó con ella. El choque produjo su estallido y, como resultado, originó el cambio en la trayectoria. En resumen, Villavieja se ha salvado por un afortunado e increíble azar.

- Don Zacarías, ahora sabemos el porqué de la bola de fuego que vimos en el cielo -le recordó don Práxedes.

- ¡Qué extraña casualidad! -murmuró el cura que se resistía a aceptar aquella explicación de los hechos mientras crecía en su

interior la grata idea de haber asistido a un milagro-. ¿Terminaron entonces nuestros apuros?

- En relación al meteorito, sí. Pero aún queda algo muy importante por solucionar... Como ya les dije, el Consejo Supremo no quiere que nada de lo ocurrido en Villavieja sea conocido por el resto del mundo y, tras el desvío del meteorito, me ordenaron tomar ciertas medidas añadidas con los habitantes del pueblo.

- ¡No estarán pensando en liquidarnos ahora! -gruñó el médico.

- No somos tan malos, don Práxedes. Veo que a usted le priva la tragedia -reconvino Mijaíl.

- Normal, después de todo lo que ha ocurrido.

- Tranquilícese porque tengo las soluciones adecuadas al caso y son sencillas. Verán, todos los habitantes de Villavieja olvidarán cualquier detalle de lo ocurrido al amanecer sin que les quede el más mínimo rastro en la memoria.

- ¿También nosotros? -preguntó el cura.

- También, ¿le importa?

- Un poco..., pero no me haga caso, son manías mías.

- En añadido desaparecerá cualquier huella de nuestro paso. Como pueden ver, la fuente ya está reparada, el amorcillo vuelve a estar en su lugar, las mordeduras de las postas sobre la fachada de la alcaldía han desaparecido... Y sí, creo que no dejamos ningún rastro atrás.

- Es cierto -murmuró el médico con sorpresa tras mirar hacia la fuente y ver al pináculo entero y en su sitio-. ¿Pero qué me dice de los resucitados?, ¿piensan volver a meterlos en el hoyo?

- Me halaga ver la gran confianza que tiene depositada en nosotros -ironizó Mijaíl-. Para ellos también tengo una solución porque les propondré iniciar una nueva vida lejos de Villavieja... Olvidarán su vida anterior y tampoco recordarán nada de lo ocurrido durante estos días.

- ¿Y no le parece una decisión inhumana? -atacó el médico.

- Le recuerdo que nosotros no somos humanos, por si lo ha olvidado. Y en consecuencia no tenemos sus mismos miedos y reservas.

- ¿No había otra salida? ¡Borrar en-un instante las vivencias de toda su vida! Ilusiones, alegrías, amores, desdichas, miserias, dolor... ¡todo tirado al vertedero de la nada de un plumazo!

- ¿Qué hay de malo en dar un giro a tu existencia? ¿No ve que supone una segunda oportunidad? ¿Por qué teme renovarse?... En todo caso, si cree tener alguna solución mejor, dígamela y la estudiaré con sumo placer -respondió Mijaíl con frialdad.

- No le haga caso, son los nervios -interpuso el cura.
- Así lo entiendo y lo disculpo, no tiene mayor importancia -comentó el ángel mientras se ponía en pie abandonando el banco-. Y esto es todo, mi misión ha terminado, solo me queda desearles una feliz y larga vida y añadirles que fue un placer conocerlos.
- Un momento, acláreme un último punto antes de marcharse. ¿Sabe qué le ocurrirá a Omael? -terció don Práxedes.
- Está siendo juzgado -respondió con sequedad Mijaíl.
- ¿Y quién cuidará de María y su hija?
- La providencia.
- ¿Le parece justo?
- Omael desobedeció al Consejo y se dejó llevar por unos sentimientos poco angélicos, prácticamente humanos. Tiene que responder por ello.
- ¿Qué le puede pasar?
- Podría dejar de ser un ángel.
- ¿Pasará a ser un demonio?
- No necesariamente.
- No me aclara mucho.
- Lo sé..., quizás lo degraden y se quede a mitad de camino entre ángel y demonio.

Y Mijaíl se fue tal como había llegado. Sin dejar el menor rastro y desvaneciéndose en un instante entre las sombras de la noche como por ensalmo. Y entonces don Práxedes se preguntó si su presencia había sido una alucinación, un renovado engaño de su mente, un sueño. Pero al mirar al cura y ver su expresión de sorpresa, incluso de temor, se convenció de que todo aquello había sido real.

- Don Zacarías, ¿y ahora qué? ¿Tendré que creer forzosamente en los ángeles, el cielo y todo lo demás? -preguntó con cierto desgarro buscando tapar su inquietud.

- No sé, usted verá.
- ¿Sabe qué le digo?, que estoy contento porque al amanecer no recordaré nada de lo ocurrido. En caso contrario tendría que aceptar como ciertas cosas que siempre he negado... Y con ello habría perdido parte de mi libertad.
- ¿Perder su libertad? No le entiendo, ¿por qué?
- En mi opinión, la aceptación de una doctrina y el sometimiento implícito a sus dogmas y reglas reduce la libertad de las personas. Y yo prefiero seguir bregando con mis dudas en solitario sin someterme a tutelados ni directrices. Prefiero enfangarme en mis dilemas y dolerme con ellos antes que encajonarme en un marco cerrado de creencias que me lleve por la vida tal como el ronzal dirige al burro.

- ¿Acaso le parece mal seguir una doctrina?
- No digo eso, allá cada cual con sus creencias..., yo solo mantengo que prefiero otro camino.
- Pero yo sí necesito recordar lo ocurrido-apuntó don Zacarías con voz queda-. Le desvelaré un secreto personal dado que antes no fui del todo sincero... Yo también he dudado mucho, y mis recelos religiosos eran extremos ya que llegué a desconfiar incluso de la existencia de Dios. ¡Menudo cura párroco era! Pero los hechos recientes, en particular la presencia de los ángeles y las resurrecciones, cimentaron la renovación de mi fe. Y sin estos recuerdos, sin esa muleta de apoyo, temo volver a las andadas.
- Ahí nunca podré ayudarle porque lo confundiría aún más con mis particulares ideas, pero usted es un hombre entero y lo sabrá superar, don Zacarías. Y ahora debo regresar con las mujeres, aún estaban muy asustadas cuando me fui y necesitarán calmarse -anunció don Práxedes tras permanecer unos segundos en silencio.
- Y yo me voy a la vicaría corriendo por si aún me da tiempo a hacer una última cosa... ¿Cree que volveremos a ser los mismos mañana?
- ¡Cualquiera sabe!

- *La misma situación y dos respuestas distintas.*
- *Lógico porque el galeno y el cura parten de enfoques alejados. El primero acepta la meta pero desconfía de los caminos. Mientras el segundo se refugia en un camino, el de la doctrina, para tratar de afianzar la meta.*

CAPÍTULO XX

LOS RESUCITADOS

Habían escuchado las explicaciones de Mijaíl sin interrumpirle una sola vez. Y, cuando el ángel acabó de hablar, continuaron en total silencio. La tensión se respiraba en el saloncito de Villa Nancy porque ninguno parecía dispuesto a tomar la palabra aun cuando se cruzaban fugaces miradas entre ellos, en parte de sorpresa y en parte en demanda de ayuda. Recién salidos de sus dormitorios y aún somnolientos, estaban confundidos y desarmados frente al dilema que les planteaban. El agente García les había anunciado, apenas unas horas antes, que todo había pasado y que no habría Juicio Final. Y, no sin cierta desconfianza, le habían creído porque era lo más fácil y grato de llevar -aun sin reflexionar en las posibles consecuencias- porque el cansancio acumulado durante aquellos días era ya mucho y la ansiedad siempre busca encontrar un fácil descanso en la esperanza.

Conchito, de pie y medio encorvado sobre sus muletas, mostraba un rostro desencajado y parecía abrumado por la noticia. Consuelo y Caridad, sentadas una junta a la otra en un sofá, se habían cogido de las manos impulsadas por el afán de búsqueda de un mínimo y mutuo apoyo. Y Remigio se había apartado del resto desde el principio, como tratando de esconderse, y había buscado apoyo en un taburete en el extremo más alejado del salón. Parecía debatirse en un mar de dudas, encogido y con los brazos cruzados sobre el pecho a modo de escudo se mecía sobre el precario asiento, atrás y adelante, buscando un infantil consuelo en aquel vaivén.

- En resumidas cuentas, o acepto una nueva vida lejos de Villavieja perdiendo todo recuerdo de ella o vuelvo al cementerio. ¿Me equivoco?
-sintetizó finalmente con aspereza Conchito.

- Lo plantea como si le forzáramos a escoger entre lo malo y lo peor, y no es así -respondió Mijaíl-. Mire el lado positivo de nuestra propuesta: le ofrecemos reanudar con total libertad una nueva vida..., solo que con alguna pequeña limitación en relación a su memoria.

- ¿Y Consuelo?

- Si ella decide acompañarlo, tendrá el mismo trato. Si no, reanudará su existencia en Villavieja como si nada hubiera ocurrido porque olvidará totalmente los hechos recientes.

- ¿En ese caso me olvidará?

- Sí -respondió con rotundidad el ángel.

- ¿Y tú qué quieres hacer, Consuelo? -preguntó finalmente Conchito tras permanecer unos segundos en silencio.

- Lo que tú decidas, Conchito, porque donde tú vayas iré yo.

- Yo deseo seguir viviendo, amor, siempre que pueda tenerte a mi lado. Si no, no merecerá la pena. Y como mi vida nunca valió nada, no temo perder su recuerdo porque jamás fui nadie. Lo único positivo que hice a lo largo de ella fue enamorarme de ti -le confesó él-. Pero tu caso es distinto, has tenido una vida grata y aún puedes volver a ella. No tienes por qué permanecer atada a mi destino.

- ¿Una vida grata? Ya ves, haber sido la barragana de un banquero. ¿Me jura que seguiremos queriéndonos? -preguntó ahora Consuelo dirigiéndose al ángel.

- Os aseguro que, si iniciáis esa nueva vida, conservaréis intactos vuestros lazos de afecto -precisó Mijaíl-. Lo que después ocurra dependerá de vosotros ya que el verdadero amor no se regala y hay que ganarlo día a día en un afán compartido. Así que tendréis que cuidarlo como quien mimaba a una planta delicada porque caso contrario se marchitará y morirá.

Consuelo y Conchito asintieron y quedaron en silencio. Luego ella abandonó el sofá y se le acercó. Se miraron cara a cara, aun sin tocarse, y cuchichearon unos instantes entre ellos. Después ella lo abrazó con todas sus fuerzas, ambos estaban emocionados.

- Me vas a tirar al suelo -se oyó decir quedamente a Conchito que se había tambaleado ligeramente sobre sus muletas con los abrazos de Consuelo.

- Yo seré tu apoyo firme por siempre jamás y, vayamos donde vayamos, juro que permaneceré a tu lado. Lucharemos por mantener nuestro amor, don Mijaíl -sentenció volviéndose ahora hacia el ángel mientras se espantaba unas lágrimas que corrían por su rostro-. Estamos los dos de acuerdo y aceptamos su propuesta.

- ¿Y usted ya se ha decidido? -preguntó ahora el ángel dirigiéndose a Remigio.

Con el rostro medio hundido en el pecho, en continuo y nervioso balanceo sobre el taburete, aún no había articulado una sola palabra desde que apareció el ángel. Y ahora, por toda respuesta, se limitó a mirarle con expresión rendida mientras respiraba afanosamente como si estuviera realizando un gran esfuerzo. Viendo su zozobra y su ahogo, una maternal Caridad se le acercó, se sentó en el suelo a su lado y tomó sus manos.

- Sé que quieres mucho a Dosia, Remigio. Y es posible que ahora mismo te pase por la cabeza la idea de que prefieres morir antes que olvidarla. Y lo entiendo pero, si esa fuese tu decisión, serías injusto contigo mismo porque no eres culpable de nada de lo sucedido. Demostraste lealtad en el amor hasta la muerte..., e incluso la has seguido manteniendo al resucitar. Pero Dosia, te guste o no, siguió su camino en tu ausencia. No, no la acuso de nada, y no fue egoísta porque así es la vida y era natural. Acéptalo y reemprende ahora tu propia senda sin remordimientos, añoranzas ni miedos. ¡Sé valiente y ábrete un nuevo camino!, no pierdas esta nueva oportunidad que te ofrecen porque la vida es algo maravilloso... Yo solo te añado que, si lo intentas y quieres, me tendrás a tu lado ayudándote en lo que pueda y sin pedir nada a cambio... Y luego será lo que deba ser, el tiempo dirá.

Remigio pareció despertar de su marasmo al oír aquellas palabras y una triste sonrisa, casi una mueca dolorida, asomó en su cara. Después acarició con la punta de los dedos el rostro de Caridad y tomando una de sus manos la besó suavemente.

- Adelante, don Mijaíl -anunció con voz empañada.

- Debe ser horrible perder tus recuerdos.

- Pero el camino, por duro que sea, siempre resulta más ligero si lo recorres en compañía.

- Don José, esta es mi propuesta, pero usted decide.

De pie, apoyado en el alféizar del ventanal del cuarto del maestro en la pensión de Eustaquio, Mijaíl había ido desgranando su mensaje sin prisas y con gran prudencia. Tras las charlas mantenidas paseando entre ambos paseando por Villavieja o sentados a una mesa en la taberna de Eustaquio, el ángel había llegado a sentir un gran respeto por él y sus particulares ideas. Sus repetidas reticencias acerca de la oportunidad de su resurrección, y sus dudas valientemente expresadas acerca de su utilidad, lo habían sorprendido. Ningún otro resucitado había reaccionado jamás así.

Don José abandonó el silloncito en el que estaba sentado junto a la cabecera de la cama y se unió a Mijaíl en el ventanal.

- Ha quedado una noche espléndida, ¿no le parece, don Mijaíl? -apuntó el maestro mientras contemplaba el cielo cuajado de estrellas.

- Sin duda. Pasó la tormenta y la madre naturaleza nos sonrío ahora.

- ¿Ve a Diógenes allá abajo? -el maestro señaló con la mano a un bulto parduzco echado a los pies de un árbol de la plaza.

- Sí, por supuesto.

- Diógenes está tranquilo porque intuye que ya pasó el peligro... Bien es verdad que casi siempre lo está y solo se inquieta cuando tiene hambre, frío o calor. Y aun así nunca se altera demasiado, pues sabe que alguien piadoso le dará un trozo de pan para saciar su necesidad en cuanto se le acerque y le muestre una mirada implorante y desvalida. ¡Es un pequeño truhan! Y, si no aparece el samaritano de turno, él mismo se buscará la vida hurgando en algún cubo de basura... Nunca se apura, durante el invierno duerme en el zaguán de la pensión y en verano se suele tumbar bajo aquellas arcadas de los soportales que descaran al norte ya que es el rincón más fresco de la plaza. Don Mijaíl, Diógenes vive feliz porque come todos los días y tiene lugar de abrigo y descanso..., pero yo no deseo esa vida.

- Lo que dice es muy serio. Alguien se podría molestar allá arriba.

- Me explicaré para que me entienda mejor. Yo no aspiro simplemente a vivir si con ello me limito a alimentarme y ser acogido como un puro animal. Para mí ser persona es ir mucho más allá de cubrir mis necesidades básicas. Ser persona es existir... ¡Grandísima apuesta la de existir! -subrayó con tono grave don José tras un corto silencio-, porque implica caminar siempre hacia adelante por estrecha, espinosa y humilde que resulte la vereda. Y no se consigue fácilmente, bien lo sabe, ya que acarrea grandes retos... Amar y ser amado, ver y no solo mirar, ser útil a los demás, perdonar y ser perdonado, sobreponerte a la contrariedad, hundir la reja del arado en tu alma para conocerte algo mejor cada día... Y yo ya tengo demasiados años y escasas fuerzas como para volver a enfrentarlos.

El maestro se detuvo durante unos instantes, se le había quebrado la voz, y Mijaíl creyó ver algún amago de lágrimas en sus ojos.

- Usted me propone que viva, pero no me garantiza que exista -prosiguió-. Desenraizarme e ir a un lugar extraño donde no conocería a nada ni a nadie, ¿qué inquietudes podrían impulsarme en esas circunstancias?, ¿qué haría vibrar mis sentimientos? Solo soy un viejo solitario que resucitó contra su voluntad y al que la gente mira

con recelo. Sí, me asegura que en ese otro lugar no sabrán quién soy, pero eso no calma mi inquietud. Mis años ya pasaron, no me restan anhelos ni esperanzas y no deseo olvidar lo ya recorrido. ¿No ve que mi único patrimonio son mis recuerdos? Dicen que la muerte hace soportable la vida y nos incita a desear vivirla porque la tememos, pero yo no opino lo mismo porque la conocí y afirmo que en ocasiones es más dura la propia vida... Al perder a mi primer y único amor perdí mi razón de ser, ¿quieren arrancarme encima su añoranza a cambio de seguir viviendo? Mi camino ya se cerró una vez y ahora carezco de fuerzas para abrir una nueva senda porque con mis años seré tan solo un simple espectador del caminar de otros. Y fatalmente, más pronto que tarde, recaeré en la decrepitud y volveré a un lugar en el que ya estuve: la cama de un hospital frío y aséptico viendo pasar las horas enfermo mientras aguardo lo inevitable sin que una mano amiga tome las mías y sin escuchar una sola palabra de afecto... No deseo ofender a nadie, y menos a quien me creó a quien estoy muy agradecido. Pero ya estuve demasiado tiempo caminando solo y no quiero renovar ese aislamiento. Mi ciclo ya se cumplió.

- ¿Entonces?

- Sé que usted no fue responsable del error de mi resurrección, pero le ruego que ahora corrija el entuerto... Permítame volver al lugar que nunca debí abandonar.

- ¿Está seguro?

- No solo estoy seguro, me sentiré feliz y contento al hacerlo.

- Le entiendo... En ese caso, le acompañaré.

- Será un honor para mí, don Mijaíl.

- El honor es mío, don José.

- *Lleva un buen rato callado.*

- *A veces es mejor no hablar, me pasa con una cierta frecuencia.*

- *Eso dice mucho en su favor.*

CAPÍTULO XXI

TRES MESES DESPUÉS

Tras la acostumbrada y vespertina partida de dominó, que había discurrido en paz y tranquilidad tal como venía siendo usual desde hacía semanas, el tabernero había regresado a sus quehaceres en la cocina y Perriñez, el sargento de la policía municipal, se acababa de despedir de ellos para dirigirse al cuartelillo a fin de recibir novedades del cabo Carranque.

- Don Práxedes, yo emprendo camino a la iglesia porque debo supervisar los preparativos de la celebración del día de nuestra patrona -comentó don Zacarías haciendo ademán de iniciar a su vez la marcha-. Marcelino pone buena voluntad en la tarea pero es algo atropellado y se aturulla con facilidad. Y, aunque cuenta con la ayuda de Doña Enriqueta y sus amigas, tampoco me fío de ellas y de sus nervios a la hora de pechar con imprevistos. Así que me toca estar encima de todo...

- ¿Se ha fijado en las jacarandas?, están preciosas -le interrumpió don Práxedes.

- Sí, son una belleza -confirmó el cura mirando hacia los árboles de la plaza-. Un milagro más de la madre naturaleza.

- A mí me tiene encandilado la que da flores blancas, ¿sabe que es muy raro? Estos árboles las dan usualmente azules, violáceas o incluso rosadas, pero raramente blancas... Así que lo acompaño para verla de cerca -propuso el médico.

- Será un placer.

La Plaza Mayor lucía espléndida bajo la cálida templanza de la naciente primavera. Los nuevos brotes de los mirtos comenzaban

a romper en los setos, y los plataneros se cubrían con sus primeras galas de hojas jóvenes que parecían estar revestidas en terciopelo. El ayuntamiento había plantado pensamientos, ciclámenes, violetas y jacintos que comenzaban a florecer; y los rosales, tenaces supervivientes del duro invierno, granaban ya sus primeros capullos. Los abejorros zumbaban entre todos ellos buscando libar el primer néctar, y las lagartijas, al amparo del sol, se perseguían entre la hiedra que cubría algunos parterres ante la indiferencia de Diógenes, señor de la plaza, que ya buscaba algo de frescura tumbado sobre sus hojas rastreras.

- Verá, don Zacarías, llevo tiempo queriendo comentarle un extremo que me tiene inquieto -añadió de pronto el médico tras dar los primeros pasos.

- Soy todo oídos -respondió de inmediato el cura que supo entonces cuál era el motivo real de contar con su compañía.

- ¿Usted no intuye que nos ha pasado algo raro? -inquirió el médico tras unos segundos de silencio.

- ¿A qué se refiere?

- Yo soy muy puntilloso en lo tocante a mi profesión y, desde que la inicié, he mantenido vivo un diario donde incluyo anotaciones sobre las incidencias profesionales más destacadas de cada jornada a fin de preservar mis experiencias a salvo del olvido. Y jamás dejé un día sin rellenar, aunque solo fuera para anotar un «sin novedades dignas de interés»... O eso creía yo porque, tras repararlo, encontré siete páginas en blanco.

- El tiempo no pasa en balde y va durmiendo nuestros buenos hábitos en brazos de la pereza.

- Podría ser... Pero por esos mismos días dio a luz María y me resulta muy extraño que, por un lado, apenas recuerde haberla asistido y, al tiempo, que no anotase nada en él tras estar varios años sin asistir a un parto.

- No le dé mayor importancia, don Práxedes, tome rabos de pasa que dicen son muy buenos para la memoria.

- No se lo tome a broma, don Zacarías, porque no he sido el único en sufrir extraños olvidos. El sargento Perriáñez vino muy preocupado a mi consulta hace unos meses porque dijo haberse encontrado inesperadamente con Panduro y Tomasón encerrados en el calabozo del cuartelillo.

- Algo malo harían esos zotes.

- Pues ahí está el problema, porque ni los encerrados ni Perriáñez recordaban el motivo del encierro y estaban muy escamados... Y

Ceferino, el pastor, también se pasó por ella al haberse encontrado con tres cabritos recién nacidos en el hato sin que él se hubiera enterado de los partos. Y lo lleva muy a mal porque lo considera un grave e inaceptable descuido en su oficio. Desde entonces se lamenta y mantiene que ya no sirve para nada y que está demasiado viejo, así que lo tenemos muy deprimido... Y podría contarle parecidos casos de algunos otros pacientes.

- Son ganas de buscarle tres pies al gato -el cura reincidía en quitarle importancia a aquellos hechos aun cuando lo manifestaba sin gran firmeza, como si lo hiciera forzado.

- Pero lo que más me preocupa tiene distinto matiz porque no se atiene a un hecho concreto sino a un cambio de actitud para el que no encuentro explicación -apuraba su incertidumbre el galeno-. ¿No se ha fijado en que ya no discutimos?

- Pues no.

- Me lo señalaba hace unos días Eustaquio, y confieso que hasta ese momento no había caído en ello. Asegura que las actuales partidas de dominó resultan aburridas sin la sal de nuestros enganchones en torno a cualquier tema.

- Será porque ya está de acuerdo con mis ideas.

- ¡No me fastidie, cura! Y no trate de arrimar el ascua a su sardina aprovechando la oportunidad, así que váyase preparando para la próxima partida porque pienso volver a las andadas... ¡Estar yo de acuerdo con sus ideas!, ¡lo único que me quedaba por oír!

- Le plantaré cara, don Práxedes.

- No espero menos de usted, don Zacarías.

- Constató que a don Mijaíl se le olvidaron algunos flecos al borrar huellas...

- Tampoco hay que darle mayor importancia. Si, como dijo san Tigrido, a Dios le salen las cosas mal de vez en cuando, los ángeles también tendrán derecho a cometer errores.

Don Zacarías, una noche más, cerró las puertas del templo y se dirigió a la sacristía para coger una botella de vino de misa -un Málaga muy decente- junto a una copita y la cajita de almendrados que le había regalado doña Margarita la semana anterior. De regreso tomó un par de sillas de la iglesia y, tras colocarlas junto a la hornacina de san Tigrido, se sentó en una de ellas mientras convertía a la otra en mesilla donde depositar el vino y las pastas.

- Buenas noches, san Tigrido -saludó tras santiguarse-. Sí, ya sé lo que piensa, que está harto de oírme la misma tabarra cada dos por

tres desde hace algunas semanas. Lo acepto, cansinos como yo debe haber pocos en este mundo, pero sepa que necesito imperiosamente hablar con usted una vez más. Además, hoy también traigo noticias interesantes que espero le hagan más soportable mi perorata.

Don Zacarías se detuvo para dar un prudente sorbo al vino tras lo que mordisqueó un almendrado.

- Esta mañana ha venido un viejo amigo de la capital para asistir a las fiestas de Villavieja. Y me ha confirmado que por fin dieron el alta a don Arcadio Cifuentes, el que fuera alcalde cuando todo empezó. Al pobre lo tomaron por orate porque no se puede salir a la luz del día desde una vieja galería de mina, hecho un manojo de nervios, para anunciar a bombo y platillo que unos quinquis estaban organizando el Juicio Final en tu pueblo. Supuso correr mucho riesgo dados los tiempos materialistas en que vivimos. ¡Inocente!, ¿quién se lo iba a creer? -ironizó el cura-. Así que lo agarraron, lo metieron de cabeza en un hospital y allí ha estado hasta hace poco... No, no creo que aparezca por Villavieja porque le habrá cogido miedo.

Don Zacarías repitió la pausa para degustar un nuevo sorbito del Málaga, tras lo cual prosiguió.

- Me maravilla que la mayoría del pueblo siga con su vida como si no hubiese pasado nada. Solo algunos sospechan por pequeños detalles que algo pudo ocurrir, pero sin poder precisar el porqué. Por cierto, ¡menudo olvido tuvo don Mijaíl al no liberar a los encerrados en el cuartelillo!; aunque salvado el enfado de los implicados, ahí ha quedado todo... En resumen, nadie parece recordar un ápice excepto yo mismo. La prueba es que esta misma tarde me topé con doña Enriqueta a la entrada del pueblo y, si ella recordase el menor detalle, ya habría armado la marimorena. Me dijo que venía de dar un paseo por las afueras, aunque sospecho que en realidad regresaba de depositar una flor en la tumba de don José. Le aplaudo el detalle porque no morimos mientras nos recuerden y el bueno del maestro se lo merece... También pude ver a María Tigrida en la plaza, su padre la paseaba en el cochecito en tanto su madre hacía la compra. Está sana y gordita como un lechón, ¡por fin un renuevo!, ya comienza a sonreír y hace ruidos extraños como queriendo decirte algo por lo que se ha convertido en la admiración y la esperanza del pueblo. Con Omael tan solo crucé unas pocas palabras sin mayor trascendencia. Se le ve muy bien, satisfecho, serio y centrado en su papel de padre. Cada vez que me lo encuentro recuerdo lo que afirmó Mijaíl augurando su sentencia: «quizás lo degraden y se quede a mitad de camino entre ángel y demonio». Luego caí en la cuenta de que eso mismo somos

los humanos. Y me pregunto si recordará que hubo un tiempo en que fue un ángel... No parece, aunque todo podría ser. No, no seré yo quien dé un solo paso para recordarle el pasado, para mí como si fuera un secreto de confesión. Pero sí quiero animarle a casarse con María por la Iglesia porque lo de inscribirse en el ayuntamiento como pareja de hecho está muy bien, pero tiene que perfeccionar esa unión. Tanto más porque fue un ángel y, en todo caso, porque es mi obligación como cura apretarle un poco las tuercas para que todo quede correctamente dispuesto.

Esta vez se detuvo solo a mordisquear la pasta y enseguida prosiguió.

- Ahora vuelvo a lo mío. Ya sé que hice trampas, que no respeté lo señalado por don Mijaíl y corrí a escribir esa misma noche un resumen de lo ocurrido sin tener permiso. Lo que no estuvo nada bien y debió enfadar a los de arriba, estoy seguro. Pero conste que olvidé todo al amanecer, tal como me habían impuesto, así que obedecí en segunda instancia. Después, casualmente, encontré aquellas hojas escritas de mi puño y letra escondidas en el sagrario, bajo los copones, con la historia de lo ocurrido... Bueno, lo reconozco, fue una casualidad forzada y que soy el único que tiene las llaves y debí suponer que las encontraría tarde o temprano al guardarlas allí. Pero no soy culpable de que lentamente se me reavivaran los recuerdos tras releerlas una y otra vez... Que le pidan cuentas a don Mijaíl que hizo un mal borrado de ellos.

Esta vez dio un trago largo a la copa y acabó su contenido aunque no se sirvió más.

- San Tigrido, necesito imperiosamente su ayuda -apuntó dejando entrever una clara inquietud en su voz-. No, no es que vuelva a desconfiar de la existencia de Dios porque, por lo que leí y pude recordar luego, no creo que el desvío del meteorito obedeciera a un choque casual con ese cohete. Intervino el de más arriba, estoy seguro. Estaría muy ocupado en aquellos momentos, como siempre, pero al final llegó justo a tiempo... Hasta ahí, como puede ver, estoy de acuerdo con la ortodoxia doctrinal y no desbarro. Pero ahora me vuelve a inquietar una duda que me tiene angustiado y me quita el sueño: ¿hay realmente una nueva vida tras la muerte? El credo católico habla de «la resurrección de la carne y la vida eterna», lo que está muy bien y da ánimos al creyente, mas no precisa que vaya a ser igual para todos porque solo te pide que creas pero no afirma claramente que las vayas a obtener... Sí, ya sé que hubo en Villavieja unos resucitados pero bajo unas circunstancias extraordinarias, el fallido Juicio Final.

Y eso no disipa mi desconfianza porque dos han desaparecido sin dejar rastro y el tercero vuelve a estar en su tumba, así que... Entiendo y acepto que un santo como usted, que sufrió martirio a manos de paganos, tenga todo el derecho del mundo a disfrutar de las ventajas prometidas. Sin embargo me pregunto, ¿y la gente de a pie?... Considere que no es una reflexión banal en mi caso ya que, si esa segunda vida eterna estuviera reservada solo a ciertos elegidos en base a sus méritos, yo estaría predicando una gran mentira a mis feligreses imbuyéndoles falsas esperanzas desde hace muchos años. Porque le seré sincero, ni en sueños espero que salga un solo santo de Villavieja, se lo digo yo que conozco bien el percal. Y abona mis temores el constatar al mismo tiempo una hiriente realidad: nadie confía en esa otra vida porque ninguno queremos morirnos. Y conste que trato de combatir ese mal pensamiento recordando a santa Teresa con aquello de «muero porque no muero», pero también confieso que no alcanzo a contraponer muchos ejemplos más. Así que vuelvo a pasarlo fatal, san Tigrido, porque apenas duermo y no paro de darle vueltas en la cabeza a todo esto.

- *¡Pobre don Zacarías!, ¡con lo que ha luchado por Villavieja!
¿Piensa dar alguna solución a sus apuros?*
- *No está previsto.*
- *¿Por qué?*
- *Porque el ejercicio de la duda enriquece más que la aceptación ciega de lo establecido.*

- Sigue sin hacerme caso... Bien, no insisto más por hoy pero lo volveré a intentar -amenazó finalmente con dolido acento ante su renovado fracaso-. Pero por lo que más quiera, san Tigrido, necesito que me escuche.

- Sí, sí, sí -la inesperada respuesta retumbó entre los muros del templo y llegó hasta él clara y nítidamente acompañada de un extraño chirrido final.

Don Zacarías, sorprendido, quedó paralizado. No supo si era la voz de san Tigrido porque no podía recordarla, pero provenía de las alturas y esa era razón más que suficiente para renovar sus esperanzas. Su corazón se inundó de gozo, abandonó su marasmo y se puso en pie de un salto mientras recorría con la mirada la bóveda del templo en busca de alguna otra señal.

- ¡Por fin! -gritó emocionado-. ¿Eres san Tigrido?
- No, no, no, no... -respondió al instante la voz, esta vez sin chirrido de acompañamiento.

- Entonces... ¿eres un ángel? -volvió a preguntar el cura.

- Sí, no... Siiií, noooó... Siiiií, nooooó... Siiiií, nooooó...

La misteriosa voz arrastraba ahora las vocales y ondulaba su dicción. Pero no parecía dispuesta a inclinarse por ninguna de las dos alternativas porque aún repitió varias veces su dubitativo mensaje antes de callar tras oírse un estruendoso y agudo chirrido final. Aquello ya no le pareció natural a don Zacarías, malició que algo extraño ocurría y su gozo mutó de inmediato en atribulada desconfianza. Pero se propuso investigar el origen de aquel raro fenómeno y corrió a la sacristía para encender las luces del templo. San Tigrido se le había aparecido tras una humilde imagen y quien ahora fuera podía esconderse en cualquier otro rincón del templo. Sin dudarle un instante abrió el cuadro eléctrico, iluminó toda la iglesia de golpe y se apresuró en volver al centro del templo para observar... Y justo en ese momento se abrió el portillo de acceso a la vicaría y Herminio Candelero, el electricista de Villavieja, asomó por él.

- Don Zacarías, hoy no podré acabar el montaje porque se acaba de averiar el transformador de la megafonía. Seguiré mañana y entonces, con su permiso, anclaré también un segundo altavoz en la fachada porque el del campanario va bien pero no es suficiente.

El mundo se le vino encima, le temblaron las piernas y fue incapaz de articular una respuesta. Se había olvidado de las fiestas del pueblo, de la verbena, de la megafonía y de las pruebas de sonido... Tan solo tuvo fuerzas para hacer un vago gesto de conformidad y despedida a Herminio Candelero antes de derrumbarse en un banco próximo. Y allí estuvo sin moverse durante unos segundos, sin pensar en nada, frustrado y bloqueado por su nuevo fracaso. Tras reponerse, se sintió avergonzado y entonces pidió fervorosamente perdón ante el altar poniendo a Dios por testigo de que jamás volvería a intentar aquella aventura por mucho que le asaltaran las dudas. Y también se dijo que aquel era su problema particular, que era un descreído indigno de ayuda y que tendría que pechar con ello en solitario sin molestar a ningún santo.

- Don Zacarías, ¿me abre la puerta de la calle de la vicaría?
-Herminio Candelero había vuelto sobre sus pasos interrumpiendo sus pensamientos-. La dejó cerrada y no puedo salir.

- Sí, un momento.

Con andar torpe y cansino, don Zacarías se dirigió primero a la sacristía para apagar las luces del templo. Y de regreso, envuelto en una oscuridad casi absoluta, se fijó en que la lamparilla de la hornacina de san Tigrido se había consumido. Volvió atrás para tomar otra nueva,

la encendió y la colocó junto a la imagen casi con desgana, como si tan solo cumplierse con una rutinaria obligación. El cura se santiguó ante ella y la contempló durante unos instantes sin formular mentalmente un solo reproche aun cuando se le notaba dolido y desilusionado. Iluminado por la minúscula llama, el santo guardaba la misma expresión de siempre, distante, beatífica y ligeramente bobalicona, con la mirada prendida en la bóveda del templo en eterna búsqueda de algo perdido.

Escoltado por Herminio, se dirigió entonces hacia la vicaría arrastrando los pasos y el alma bajo el peso de la nueva frustración. Pero, justo al ir a cruzar el portillo de acceso, una voz grave susurró a sus espaldas.

- Muchas gracias, Zacarías.
- ¿Qué dices, Herminio?
- Yo no he abierto la boca, señor cura.
- No sé, me pareció que hablabas.
- Pues no he dicho nada...

Un profundo escalofrío sacudió entonces su cuerpo. ¿Lo había imaginado? Sin duda, se dijo... ¿Pero y si no?... Confundido, abrumado y al tiempo ilusionado, despidió al electricista y se retiró a la soledad de su cuarto en busca de descanso tratando al tiempo de olvidar lo vivido porque no podía volver a las andadas, se añadía. Lo había jurado y él era hombre de palabra.

Aun así, esa noche tardó mucho tiempo en dormirse, en parte agobiado por la sorpresa y las renovadas dudas y en parte emocionado por el rescoldo de esperanza que enciende la fe. Finalmente, ya muy avanzada la madrugada, cayó rendido en un sueño profundo y plácido. El sueño de los justos.

